

# Cronicas de Andrade I - Viento de acero

Lucas Daniel Simons

Image not found.

# Capítulo 1

CRÓNICAS DE ANDRADE

VIENTO DE ACERO

SIMONS, LUCAS D.

Viento de acero: Crónicas de Andrade I – 2da Ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Formato Digital.

ISBN: 978-987-45842-5-0

1.Literatura fantástica. 2.Narrativa Fantástica. 3. Novelas Fantásticas. I. Título.

Autor: Lucas D. Simons

Diseño de Tapa: German Ponce Torres

<https://www.facebook.com/CDANDR>

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Este libro no puede reproducirse total o parcialmente, por ningún medio conocido o por conocerse, así como tampoco se permite su almacenamiento, alquiler, transmisión o transformación en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, magnetofónico, mecánico, fotocopia y/o digitalización sin el expreso conocimiento y consentimiento, por escrito, del autor.

Su infracción será penada por la ley 11.724 y 25.446.

Los hechos y/o personajes de la presente publicación son ficticios, cualquier semejanza con la realidad es pura casualidad.

Recomendado para audiencias juveniles 10 + ERB 2016.

Los nombres, lugares, imágenes y personajes de la historia están inspirados en distintas culturas y eventos ocurridos tanto en oriente como

en occidente.

Todos los personajes, lugares, imágenes y hechos están registrados como propiedad intelectual del autor. Copyright 2015-2016-2017 > Queda terminantemente prohibida su uso para usufructo y/o alteración o reproducción indebida.

## Prólogo - Destino

Dicen que el destino es una fuerza ineludible.

Como la marejada que asola las costas, golpeando contra la roca y transformándola en acantilados.

Dicen que cuando el destino llama, como el tañido de una campana en medio de una torre lejana, acudimos sin pensarlo, atraídos por una fuerza a la vez mágica y terrible. Esta historia se remonta a tiempos aciagos. Tiempos de guerras y conflictos ya pasados. El hombre dominaba esta tierra, y en su afán de conquista, arrasaba con todo y con todos, sin importarle las consecuencias de sus acciones.

Esta es una historia sobre el destino, y sobre aquellos predestinados a grandes cosas. Sobre sueños, soñados sobre la fría piedra, sobre reflejos en las charcas que ha dejado la lluvia, y sobre sombras ocultas en los corazones de las personas.

Capítulo 1 - Arys Estaba completamente solo. Siempre lo había estado. No había manera alguna de eludir la situación. Al principio, estaba confundido, perdido. Paso hambre durante meses, viviendo de las migajas que la gente le arrojaba, simplemente para apartarlo de su vista, para aplacar esa sensación horrible que provocaba en las personas el hecho de ver a un niño desnutrido y sucio en las calles de una ciudad tan perfecta como Astur. Hubo un tiempo en que, desesperado e inexperto, probó suerte con el raterismo.

Las primeras veces, tan solo consiguió un buen azote de parte de unos guardias, por haber intentado arrebatarse la cartera a una dama.

No era algo de lo que estar orgulloso, el muchacho lo sabía, pero aun así, seguía intentando obstinadamente no pasar hambre. Había algo en él: un fuego ardiente, que le impedía rendirse a su suerte, y morir de hambre. Por las noches lo mantenía abrigado, a pesar de los duros días de invierno, y de día le daba energía para sobrevivir, y recordar el pasado.

Era la llama de la venganza, que encendía su corazón; recuerdos

demasiado dolorosos como para olvidarlos. Traición, muerte y orfandad.

Y si bien muchas veces, el joven resultaba castigado por sus fechorías, poco a poco iba convirtiéndose en un pícaro, astuto y veloz ladronzuelo.

Con el correr de los meses, sus dedos se volvieron ágiles y diestros; sus pies eran dos borrones apenas distinguibles, mientras trepaba por los tejados, saltaba entre los tenderos del mercado y acechaba en las plazas concurridas.

Manos y pies endurecidos por la vida en la calle, por la lucha constante para sobrevivir. De ser distintas las circunstancias, esas manos hubieran estado ocupadas con libros, y con un arco y una espada de juguete. Más recuerdos dolorosos. Recuerdos de tiempos mejores.

Arys resollaba, en un callejón oscuro. Se había adormecido unos instantes, y había comenzado a recordar. No le gustaba recordar.

Sintió el olor de un perfume familiar, y escuchó la risa de una joven mujer que pasó a unos metros del callejón, acompañada de un caballero. Algo en ella avivó los recuerdos.

Manos bondadosas, manos suaves.

Observó desde las sombras como la pareja se alejaba, por una calle lateral, paralela al mercado de Astur. Los siguió con la mirada, eran una joven pareja de nobles, muy bien vestidos. Doblaron en un recoveco en la distancia, Arys suspiró melancólico y otra vez más comenzó a recordar.

Paseaba con sus padres por la villa. Su padre enseñándole a montar a caballo. Risas y caricias. Su madre le enseñaba como cerrarse el botón de la capa. Juegos y alegría. Su padre le enseñaba a empuñar una espada por primera vez. Estocadas, florituras, y la sonrisa de aprobación del hombre. Esa sonrisa, que Arys había heredado. Que había perdido, como tantas otras cosas.

Se acercó a un barril abandonado donde solía refugiarse. Allí, tenía un cuenco con agua de lluvia. Bebió un sorbo y se lavó la cara para despertarse. Volvió a guardar el cuenco y tapo el barril, con sus escasas posesiones a buen resguardo. Uno quizá pensaría, que un pequeño mendigo con el rostro limpio continuaba siendo un mendigo al fin y al cabo; pero las viejas costumbres siempre quedan arraigadas, son las que más tardan en abandonarnos.

El callejón olía a pescado podrido y a queso rancio, y a una sutil mezcla de orines y alquitrán, pero era lo más cercano que tenía a un hogar, y era bastante seguro. O quizá era demasiado sucio como para que hasta el

ratero más pulgoso y desesperado de Astur viniera a entrometerse.

De todos modos, Arys era, en cierto sentido, respetado entre los bajos fondos de la gran ciudad del Norte. Se había hecho con pocos amigos desde que había llegado hacía dos inviernos, con la ropa hecha jirones, golpeado y ensangrentado. Pero también se había ganado el respeto de algunos de los personajes más funestos de estos lares.

Uno de esos personajes era "Papa Grillo", un viejo ratero y ahora perista de la zona de los bajos arrabales. Un viejo desdentado y desaliñado, pero que sabía más del mundo que cualquier erudito de tres al cuartos. Esta mañana, Papa Grillo esperaba como era su costumbre, que Arys le trajera algo, y a su vez, el hombre tenía algo para intercambiar con él. Muchas veces comida, pero otras tantas, ropa de segunda o tercera mano, un par de zapatitos de su talla, o un par de botas no muy destrozadas.

-¡Hey, hey! – Lo saludó el hombre desde un callejón aledaño a su improvisada vivienda –¿Cómo anda mi mochuelo esta mañana?

-Libre de piojos, por ahora – respondió Arys sonriendo, con los dientes demasiado perfectos para ser los de un bribonzuelo callejero.

-¡Que hermosa sonrisa! Siempre te digo, esa sonrisa terminará metiéndote en líos...

-¡Ah cállate! ¡Viejo Grillo!

El viejo ladrón sonrió amablemente. Le tenía mucho aprecio al joven, a pesar de todo, no era un ladrón sin corazón, y muchas veces había intentado acercarse a Arys, ayudarlo, pero siempre se encontraba con una gran muralla. El viejo sabía que no debía hurgar en el pasado del niño, así que se limitaba a ayudarlo en lo que podía, a veces, hasta le regalaba cosas con excusas tontas, o le compraba objetos a casi el triple del valor normal.

-¿Qué me has traído hoy? – preguntó el viejo a Arys.

El jovencito se encogió de hombros y hurgó en sus bolsillos. La noche anterior había estado sumamente atareado. Extendió sus manos hacia el viejo, sobre las palmas había varios botones de plata, un par de camafeos de marfil y un anillo de engarce de oro un tanto deslucido.

Papa Grillo lanzó un silbido de admiración.

-Que preciosidad – exclamó tomando el anillo de engarce. Le dio unas cuantas vueltas y se lo guardó en el bolsillo. También examinó con premura los botones y los camafeos, esta vez extrajo un pequeño paquetito de tela y los metió en el interior, luego volvió a guardarlo. Su

chaquetilla ajada traqueteaba con el peso de incontables baratijas, bien a resguardo en los bolsillos ocultos entre la tela.

-Bien, ahora lo tuyo – anunció con solemnidad el viejo, y, tomando un alargado paquete envuelto se lo tendió a Arys, sonriente y expectante.

Arys tomó el paquete, un tanto extrañado. Lo desenvolvió con rapidez, con una avidez, un hambre apremiante que había sentido de pronto. Una sensación extrañamente familiar recorrió su brazo al sostener una vaina de madera lacada y trabajada prolijamente, que contenía una espada alargada, corta, al parecer, con una empuñadura de madera. Pero era demasiado liviana. Con un tanto de decepción, Arys comprobó que se trataba de una espada de prácticas, también de madera, casi un juguete.

“Claro – pensó un tanto amargado – Debo parecer un niño tonto...”

-Me costó bastante conseguir una. Ya es difícil conseguir armas decentes, y mucho menos una de verdad, pero... ¿te gusta no?

Arys no sabía que decir. Sintió como una lagrima se le escapó de súbito y miró al viejo un tanto atontado. Papa Grillo sintió como se le anudaba el estómago y se le encogía el corazón. Había visto al niño incontables veces, sobre la colina al atardecer, bajo el viejo roble, lanzando estocadas al árbol, practicando su interminable y exótica danza hasta caer rendido. Se acercó dubitativo, y extendió los brazos para abrazarlo. Arys cayó en la cuenta, pero esta vez no rechazó el contacto. Por primera vez, le devolvió al viejo un abrazo tan fuerte que casi lo descostilla. Sorprendido el viejo soltó una risita.

-Ya, ya... no ha sido para tanto.

Antes de decir otra cosa, notó que el muchacho se apartaba y volteaba rápidamente. En pocos segundos desapareció, con sus veloces pies se alejó en dirección a aquella colina al norte de la ciudad.

-Anda, si no le he dado todo lo que tenía – el viejo sostuvo atónito el saco lleno de provisiones y alimentos. Un par de mudas de ropa. Medias de segunda mano y unas botas nuevas. Las que Arys tenía ya le estaban apretando.

Retornó al callejón un tanto cabizbajo, pero sonriente al mismo tiempo. ¡Lo había abrazado! Tal como su nieto solía hacer cuando era pequeño.

-Bah, soy un viejo tonto- se quejó Papa Grillo, mientras colocaba las provisiones en el escondite oculto bajo el barril.

Luego de unos instantes, se lo pensó mejor y dejó también unas monedas de cobre sobre el saco de tela. Alcanzaría para que el muchacho tuviera

un par de comidas decentes. Suspiró, colocó el barril en su lugar y espió fuera del callejón, por si algún bribonzuelo lo había seguido. Sus ojos expertos le dijeron que todo era seguro, pero por si las dudas, decidió permanecer en los alrededores, cuidando las cosas de Arys.

-Después de todo, soy un viejo sentimental – se dijo a sí mismo, mientras ocupaba su ocasional puesto en uno de los callejones contiguos al de Arys.

## Capítulo 2 - La colina

Era una mañana despejada de mediados de primavera. De esas típicas mañanas donde los niños juegan a diestra y siniestra por los campos, correteando de aquí para allá.

Arys los observaba, desde lo alto de una colina, al norte de la ciudad de Astur. Era su lugar favorito. Su lugar de paz. Allí nadie lo molestaba. Ninguno de los otros niños se acercaba a él. Todos pensaban que estaba loco, y Arys lo prefería así. No necesitaba amigos, no necesitaba a nadie. Ahora tenía una espada. Era una espada de madera, pero era mejor que una rama de roble.

Ahora que Arys tenía su espada, sentía como si hubiera recuperado parte de lo que le arrebataron. Parte de su identidad. Con el soplo de una brisa se le erizaron los cabellos de la nuca, una sensación de euforia lo embargó, era como volver a nacer. Asumió la quinta posición del Kataär, con la mano extendida hacia adelante, y comenzó su danza. Los otros niños lo miraban y reían. "miren a ese vagabundo loco otra vez con su vara de madera"

Aun con sus burlas no conseguirían quebrantar su determinación. Algún día, el cumpliría con su destino, se convertiría en el Viento de Acero, uno con la espada. Ese era su nombre, el significado de su vida. La marca del sino.

Giro con el viento, practicando y entrenando su cuerpo y su mente. Ya no era Arys quien dirigía la espada, sino la espada la que cobraba vida e imponía su mandato. Quebrar el aire en un silbido mortal. Por unos instantes, Arys dejó de ser un niño, y su espada dejó de ser un simple juguete.

El muchacho cambió el ritmo de su danza, ahora comenzó a lanzar estocadas y cortes, al ritmo de la brisa primaveral. Era la sutileza de una hoja al posarse sobre el suelo, y el filo de las espinas de la rosa.

Luego dio una voltereta, cuidó sus pasos, como si caminara sobre hielo

quebradizo. Repitió una y otra vez lo que había aprendido de su padre.

El sudor perlaba su rostro y su cabello enmarañado. Sus ojos seguían el filo de una espada que en realidad no estaba allí. Acompañaba su danza, seguía los mismos patrones. Era la espada de su padre, eco de un pasado distante, recuerdos que Arys temía tanto perder.

De hecho, el mayor temor del muchacho era olvidar. No le tenía miedo al dolor, ni a la oscuridad, ni siquiera a los monstruos de las historias que solía contarle su madre. El olvido. Ese era el mayor temor del niño que había perdido todo, menos sus recuerdos.

Y mientras retomaba una vez más el entrenamiento, agotador, pero necesario para no olvidar nunca, no se percató del mundo que lo rodeaba en lo más mínimo, ni siquiera de los cuatro hombres que lo vigilaban desde lejos, bien apartados para no ser vistos. Los cuatro vestían capas negras, con bordados rojos, con una flor de loto roja bordada en el lado izquierdo.

Arys descansó unos instantes, guardó su espada y se sentó contra el árbol. Observando como los niños jugaban. Se permitió unos instantes de meditación antes de retomar su duro entrenamiento. Era necesario, evitar distracciones. Aquellos niños nunca sabrían lo dura que era la vida en realidad. No, para ellos todo era sencillo. Y Arys no los culpaba por ello, ni los envidiaba tampoco. Simplemente no lo sabían. La vida era dura para Arys, y para muchos otros huérfanos de la guerra, que ya se había prolongado por tres largos años.

Tres años durante los cuales Arys había vivido, crecido y había quedado huérfano como tantos otros. Sus padres, y su hermana pequeña, víctimas de un conflicto sin sentido. La Guerra de Sucesión, la llamaban. Y todo porque los Guardias del Rey, habían cometido la equivocación de permitir a un asesino infiltrarse entre ellos. Y ahí fue cuando todo se fue al diablo. Todos se apuntaron con el dedo. Algunos culparon a los Katari, de la Tempestad de Acero; otros al Loto Carmesí y los hermanos de la casa del Duelo.

Arys no sabía quién era el culpable. Solo sabía que cuando el Rey murió, todos estaban ansiosos por acusarse mutuamente. Y mientras tanto, el príncipe estaba desaparecido, y no había heredero al trono. Algunos anunciaron la muerte del príncipe, aunque no tenían evidencia de la misma, y entonces el verdadero conflicto comenzó. Todos los nobles y advenedizos; primos por parte de madre, primos lejanos, cualquiera con dinero suficiente como para contratar voceros, mercenarios, letristas y a parte del Clero, reclamaron su derecho de ascensión al trono.

Mientras tanto, las guerras fronterizas y las viejas rivalidades estallaron sin remedio. Los padres de Arys fueron víctima de la traición de sus

propios súbditos, y también terminaron muertos en una insurrección. El muchacho había escapado a duras penas, gracias a la ayuda de su vieja nodriza, que lo ocultó en un carro de provisiones.

Y aquí estaba Arys, dos años y medio después, y a punto de quedarse dormido a la sombra del viejo roble.

Decidió que el descanso había concluido y volvió a desenvainar su espada de madera. Unos niños que pasaban cerca corriendo tras una pelota de trapo se burlaron de él, pero no les hizo caso, y asumió la segunda posición del Kataâr, de Luna Creciente. Era una postura de guardia, eficiente y cerrada, ideal para combatir contra varios al mismo tiempo. Arys estaba cerca de perfeccionarla, o eso al menos creía. Lo cierto es que su entrenamiento nunca se había completado del todo. Pasarían años antes de que el muchacho pudiera dominar la técnica de su padre por sí mismo. E incluso más tiempo antes de poder aplicarla. Pero primero debía salir de su situación, y eso significaba robar más cosas para Papa Grillo.

El pobre viejo le había conseguido una espada, y él apenas le había dado las gracias. Pero así debía ser, era mejor no involucrarse. Aunque Arys sabía que Grillo era un buen hombre, para ser un ladrón, nunca estaba seguro de sus intenciones. Y lo mejor era mantenerse alejado, después de todo, no sería la primera vez que alguien había intentado aprovecharse de él.

Dio siete pasos continuos, danzando con la guardia de la Luna Creciente, rotando las caderas, y girando los pies en la dirección opuesta al sol. Siempre siguiendo a su sombra, como un contrincante imaginario. A los pocos minutos ya estaba sudando de nuevo. El arte de la espada era en verdad exigente; entrenaba mente y espíritu a la vez que fortalecía el cuerpo. También le enseñaba a estar alerta ante la más mínima perturbación.

Y fue así que Arys notó la presencia del hombre encapuchado caminando colina arriba. Se puso en guardia de inmediato, y saltó hacia un costado, guareciéndose detrás de una de las ramas bajas del roble. Cuando el hombre llegó a la sima, Arys lo observó de pies a cabeza.

Vestía una túnica negra, con grabados en rojo. Una flor de loto roja adornaba la solapa izquierda de su capa cerrada. Era sin duda alguna, un espadachín errante de la Casa del Duelo. Portaba una espada, que sobresalía ligeramente de su cinturón, y su expresión era calma y solemne. Arys notó que otros tres hombres aguardaban al pie de la colina, pero no habían hecho ningún movimiento extraño; ni intento alguno por rodear la colina. Aun así, el muchacho no bajó la guardia ni un instante.

Se miraron unos instantes, sin pronunciar palabra. Fue el hombre el que

rompió aquel incómodo silencio.

-Has elegido un lugar bastante curioso para entrenar –comenzó a decirle -  
¿Por qué has escogido este sitio? – indagó el hombre señalando con la  
vista el roble y la colina, reparando en la infinidad de surcos de tierra en  
el pasto, producto de incontables horas de entrenamiento.

Arys dudó unos instantes, miró hacia los lados, buscando una vía de  
escape.

-No temas – le dijo el hombre alzando las manos lejos de su espada –  
Solo tengo curiosidad. De un espadachín a otro – añadió guiñando un ojo  
amistosamente.

Algo en la expresión serena del hombre calmo los nervios de Arys. No  
corría peligro alguno, no de momento.

-Para vigilar mí entorno. No hay mejor lugar que este para entrenar. Así  
puedo saber quién me está observando, y si alguien está a punto de  
atacarme.

-Interesante – el hombre se rasco la barbilla – Está claro que percibiste mi  
llegada a pesar de que no estabas mirando en mi dirección. ¿Cómo te  
diste cuenta que estaba subiendo la colina?

Arys se encogió de hombros.

-No lo sé, el ruido de la grava, las pisadas de sus botas, señor – agregó  
Arys respetuosamente.

-Hmm, pero yo no he hecho ruido alguno.

-Su perfume – añadió Arys un tanto ofuscado – Me llegó con el viento.

-Ah – el hombre sonrió abiertamente – Eso si te lo creo.

-Huele a flores – agregó Arys – en esta colina no crecen las flores.

-Ciertamente – asintió el hombre con una inclinación de cabeza – Dime  
muchacho ¿has pensado alguna vez en ser pupilo de algún espadachín?  
¿O un caballero? Tienes aptitudes.

La pregunta descoloco a Arys. ¡Claro que había pensado antes en eso!  
Pero por supuesto, no podía confiar en nadie. Mucho menos en un hombre  
que se aparecía de la nada, así como así, y más que nada en un  
integrante de la casa del Duelo.

Quiso contestar, pero no encontró las palabras. Afortunadamente el hombre miró hacia abajo, donde a los tres hombres se les había sumado un cuarto, que vestía lo que parecía ser una toga de Monje de la iglesia de la Luz Radiante. Intercambiaron unas palabras, y los hombres de la túnica negra hicieron una señal al interlocutor de Arys. Este asintió con la cabeza y volteó a donde estaba el muchacho.

-Bien, no hace falta que respondas a lo siguiente ahora. Pero escucha esto: durante los próximos tres días vamos a hospedarnos en la Posada del Oso Tuerto, en el barrio de la Escalada de Astur. Si estás interesado en abandonar tu entrenamiento solitario, y unirte a nuestra hermandad, te esperaré hasta la última hora del tercer día, antes del toque de la media noche – el hombre lo miró fijamente, como sopesándolo. Luego lo miró fijamente - ¿Has entendido?

Arys asintió y el hombre le sonrió.

-Hasta pronto – le hizo una ligera reverencia y partió a reunirse con los demás colina abajo.

Arys se quedó anonadado. No se esperaba nada de lo que había sucedido, y se sorprendió aún más considerando la oferta del extraño hombre. ¿Por qué le había hecho unas preguntas tan vagas? ¿Por qué no le había dicho su nombre, ni había preguntado el suyo? ¿Qué estaría haciendo la Hermandad del Loto Carmesí en una ciudad tan alejada como Astur?

Se quedó allí parado, en la cima de aquella colina, con la espada de madera todavía en la mano, viendo a aquellos hombres extraños alejarse.

### Capítulo 3 – Izran

Dentro de siete días, sería la examinación del tercer nivel. Izran lo sabía, y estaba sumamente nervioso. Encerrado en una apartada sala de lectura en la biblioteca de la torre, se quemaba las pestañas intentando descifrar los glifos de nivel intermedio.

Se acercó aún más al borde de la mesa, donde la luz que atravesaba el vitriolo rectangular de la ventana le permitía ver mejor que con la lámpara de cristal mágico. Estaba en el segundo piso de la Torre del Círculo de Val Azimut, y aún a tan elevada altura, podía oír el griterío de los niños que jugaban en la calle.

Por un instante, deseó compartir la alegría que transmitían en aquel jolgorio, pero luego se recordó a sí mismo, que si quería progresar en sus estudios, tenía que sacrificar algunas cosas. Si quería salir algún día del Círculo, como Hechicero, y volver a ver a su familia.

Izran sabía con certeza que su familia lo extrañaba. Por lo menos su madre y su padre. No pensaba lo mismo de su odioso hermano mayor, que siempre había sido el predilecto de su padre. Aun así lo extrañaba. ¿Y su hermana pequeña? Probablemente ya tuviera cinco o seis años. Se parecía mucho a su madre.

Izran sacudió estos pensamientos de su cabeza. Eran una distracción. Lo cierto, es que desde que había mostrado aptitudes para la magia, hacía tres años, lo habían visitado cada vez con menos frecuencia. Estaban asustados, desde luego. Y aunque los padres de Izran fueran una gran familia noble del Sur, seguían siendo sureños, y ahí, en Val Azimut, ser sureño era sinónimo de ignorancia. Hicieras lo que hicieras, dijeras lo que dijeras o fueras a donde fueras, la mirada prejuiciosa de los residentes de Val Azimut te seguía si eras un muchacho sureño, estudiante de magia. Todos esperaban grandes cosas de los hijos de los nobles norteños, grandes elementalistas y conjuradores de maravillas sin igual. Si eras un aprendiz de mago, nacido en el sur, todos esperaban que estallaras en mil pedazos, o que desaparecieras, arrastrado a alguna dimensión oscura por demonios y otras calamidades. Adoradores de dragones y Nigromantes, es todo lo que el Sur había procreado en el imaginario colectivo cuando de magia se trataba, nada más y nada menos.

Izran tenía un solo objetivo: demostrar que todos se equivocaban, demostrar que los sureños valían tanto o más que los norteños. Izran sería el mago más poderoso que el mundo habría de conocer. Su nombre sería leyenda, e infundiría temor y reverencia en los corazones de sus pares y de los legos.

Pero para que su sueño pudiera cumplirse. Para que Izran lograra su cometido, existía un gran obstáculo y este era el Colectivo de Magos. El sumo consejo de la torre de Val Azimut, que debería juzgar si se encontraba en condiciones para pasar de ser un simple aprendiz a un acólito de tercera categoría. Un acólito que treparía lentamente las escaleras de la torre de marfil hasta granjearse un lugar entre el Colectivo.

Pero para que eso sucediera, primero debería aprobar el examen de tercer nivel. Y si quería lograrlo, debía estudiar a más no poder. Sacrificaría horas preciosas de sueño, y esa misma tarde, lograría aprenderse de memoria los siete complejos rúnicos necesarios para la creación de una barrera mágica.

Además estaba planteándose seriamente aprender algún tipo de magia elemental básica. Aunque era sumamente complicado sin la tutela de un maestro, y todos fallaban al intentarlo. Pero en algunas ocasiones, algún alumno brillante era la excepción a la regla y lo lograba por su cuenta. Izran no tenía absolutamente nada consigo, más que una ferviente

ambición. Era su motivación, su canon, su razón de ser. Algún día, sus ambiciones darían fruto y lograría sus objetivos.

Hasta entonces: estudiar, estudiar, estudiar.

Así que, volteo la página y hundió su rostro en el pesado manuscrito. Mientras hacía un considerable esfuerzo en no reparar en el murmullo proveniente del exterior.

“Siete partes iguales, de siete puntos focales, de siete secciones de las líneas cardinales.

Hacia el Este, dos partes. Hacia el Oeste, dos partes. Hacia el Sur una parte. Hacia el norte Dos Partes.

Constituyen una estrella de siete ramificaciones. Grabándose una runa en cada una de las direcciones de las líneas cardinales...”

El murmullo se intensificó, e Izran carraspeó ofuscado, era una costumbre que había adquirido con los años y que era motivo de burla para muchos estudiantes. La interrupción del silencio le molestaba tanto como el hecho de encontrarse a miles de kilómetros de su hogar.

“... Eph, la runa de base, sobre la punta de la estrella sobre la línea cardinal Sur.

Nyth, la runa de enfoque, y Leith, la runa de constructo, sobre las puntas A y B de las líneas Cardinales del Norte; en tanto que debe considerarse que A apuntaría hacia el noroeste y B debe apuntar hacia el noreste...”

Unos pasos por detrás hicieron que Izran se desconcentrara nuevamente. El jovencito volteó pero no vio a nadie caminando cerca de él. Volvió a enfrascarse en la lectura, mascullando una maldición.

“Arph, runa de contención, sobre la punta A, cardinal Este. Feith, runa de estructura, sobre la punta B, cardinal este...”

-¿Qué haces?- murmuró una voz en su oído.

Izran volteo con tal brusquedad, que el libro resbalo de la mesa. Por un instante pánico se apoderó del muchacho, si el libro se rompía, acabarían por prohibirle la entrada a la biblioteca. Afortunadamente la persona que lo había hecho desconcentrarse, poseía buenos reflejos, y había atrapado el libro en el aire.

La persona en cuestión era una niña, unos años mayor que Izran. Se llamaba Haru, y tenía el cabello color arena, típico del Norte de la provincia de Val Azimut. Era la hija de un gran comerciante de Sedas, y,

según se decía, el hombre más poderoso de la región de Carant.

-¡Haru! – exclamó Izran sorprendido - ¿Qué haces aquí?

-Vine a ver que estabas haciendo – confesó con tono de abatimiento, mientras ojeaba el pesado volumen con parsimonia - ¿Glifos, eh? Puedo ayudarte con esto, conozco un modo sencillo de aprender esta representación.

Haru le sonrió tímidamente, quitándose el flequillo del rostro. No era la primera vez que lo ayudaba con sus estudios, y los métodos de la chica, aunque poco ortodoxos, siempre daban buenos resultados.

-Aquí, mira -le indico con el dedo - si trazas una línea entre todos los puntos, uniendo los siete puntos cardinales, formas un polígono de siete lados. Si visualizas esto antes de canalizar el hechizo, la barrera se formara con mayor rapidez y será estructuralmente más sólida.

Izran había considerado antes aquella idea, que no parecía tan descabellada. Pero había ciertas cuestiones que le hacían dudar.

- Aunque la barrera sea más sólida, me costara demasiada concentración, no estoy seguro de poder hacerlo bajo presión.

-La manera tradicional suma puntos adicionales, pero es defectuosa, imperfecta - opino Haru - A mi parecer, alguien la cagó en grande cuando hizo estas transcripciones.

Izran rio con ganas. Era la primera vez en mucho tiempo que lo hacía. Y no le importaron en absoluto las miradas mordaces que recibió de parte de los demás aprendices.

- ¿Quisieras venir a otra parte a estudiar? - le sugirió Haru - Tengo galletitas - añadió sonriente agitando una bolsa de papel bastante cargada.

Izran le sonrió. Si cualquier otro estudiante se le hubiera acercado con una bolsa de galletitas, lo hubiera mandado a pasear en el mejor de los casos. Pero con Haru era distinto, más allá de que fuera una cara linda, era su única amiga en el círculo.

Así que aceptó de buen grado, cerró el pesado volumen y se lo llevó consigo al mostrador de la biblioteca, registró su nombre y el volumen que tomaba prestado y partió con Haru hacia el salón principal de la torre.

Iban bajando juntos las escaleras cuando se toparon con un grupo de acólitos de primer nivel, que los miraron con suspicacia. A cada paso que

Izran daba, desataba la polémica. Afortunadamente nunca lo molestaban cuando estaba con Haru, la chica inspiraba respeto por algún motivo.

-¿Qué tal si vamos a los jardines? Sugirió Haru, feliz de tener compañía para pasar el rato. De acuerdo - aceptó Izran, con tono jovial. Dieron una vuelta por el Hall Central antes de retirarse por una gran escalera en espiral que descendía a uno de los tantos patios que se abrían en grandes arcadas bajo la torre.

Se decía que la enorme estructura podía verse a la distancia desde la otra punta del continente. Y, siendo el edificio más grande del mundo conocido, no era de extrañarse que la torre de Val Azimut pudiera verse a una distancia considerable.

A Izran le gustaba pensar que aquel era el lugar más seguro del mundo para un mago. Estar rodeado de gente con " el don" resultaba reconfortante, y con acceso a cantidades realmente estimulantes de conocimiento arcano, el joven aprendiz se sentía más en casa que allí en su antiguo hogar.

-¿Estas prestando atención? – La voz de Haru hizo que se sobresaltara – ¡No, desde luego que no!

-Perdón Haru, no te enfades.

-¿Estabas pensando otra vez en tus padres, no? – preguntó la chica con tono de preocupación.

Izran apenas asintió. Los extrañaba, incluso extrañaba a su estúpido hermano mayor. El único que había sabido ganarse el amor y el respeto de su padre.

-Lo estás haciendo de nuevo – lo reprendió Haru – Ya, lo entiendo, es difícil. Yo voy a ayudarte, Izran, y juntos lograremos salir del Circulo como dos magos hechos y derechos.

-¿Lo prometes? – preguntó Izran con seriedad.

Haru, aunque era un año mayor que él, estaba en el mismo nivel de estudios. Por alguna razón, no había conseguido impresionar a ninguno de los maestros como para ser puesta bajo su tutela.

-¡Lo prometo! – Haru arqueó el meñique y se lo tendió a Izran.

Izran estrechó el meñique de Haru con el suyo y dijo: "¡Promesa y nunca olvides!"

-Promesa y nunca olvides – repitió Haru sonriente – Ahora volvamos a los libros...

Haru se quedó ensimismada. Estaban sentados en una banca en medio del os jardines, y una sombra pasó por detrás e Izran, el muchacho volteó y abrió los ojos sorprendido. Ante él, estaba parado un hombre, con una gran túnica negra. El hombre se quitó la capucha y dejó ver unas facciones jóvenes y hermosas. Parecía tallado en mármol, con sus cabellos largos y negros, y su piel pálida, y esos ojos azules brillantes y penetrantes.

Era Illkadam Valandris, y era el mago más poderoso del círculo de Val Azimut. Quizá del país. Quizá el mago más poderoso del mundo, y, para algunos arriesgados, el mago más poderoso de la historia.

-Saludos, aprendices – el hombre les hizo una leve inclinación de cabeza y ellos se quedaron atontados unos segundos, hasta que finalmente respondieron – Espero estén aprovechando este hermoso día de otoño. Falta poco para los exámenes.

-Sí, maestro – respondió Haru excitada – Estamos estudiando.

-Así parece. ¿Barreras Mágicas? Espero verlos en el examen de admisión. Estoy buscando un nuevo aprendiz. Espero mucho de vosotros, no me decepcionen. ¡Buenas tardes!

Y sin más, con un movimiento de su capa, desapareció. Dejando a Haru y a Izran aún más perplejos.

-¿Viste...? – preguntó Haru atónita.

-¡Desapareció! – exclamó Izran - ¡Increíble!

Illkadam Valandris siempre causaba esa impresión, a todos cautivaba esa manifestación de poder, su porte, su vocabulario y lenguaje corporal. Era sin duda alguna un príncipe entre los hechiceros del círculo, e Izran lo sabía. Algún día alcanzaría aquel estatus, y sería como Valandris.

Luego de aquella súbita interrupción, Haru e Izran continuaron estudiando arduamente hasta que el sol se ocultó en el horizonte.

"Algún día, seré como él" pensaba Izran, mientras las horas pasaban, sentado junto a Haru, en los hermosos y floridos jardines de Val Azimut.

Capítulo 4 – Bianca

Bianca estaba terriblemente aburrída. Encerrada, solitaria, triste y

aburrida.

Sin más para hacer que practicar horas y horas sus oraciones, plegarias y leer aburridos tomos sobre historia de Andrade, el país de los ocho territorios. Un país que ella nunca tendría el placer de recorrer a su gusto, pues estaba atrapada en un convento desde hacía dos años casi.

La iglesia de la luz radiante era su vida ahora, su razón de ser. Pero hace unos años, Bianca llevaba otro tipo de vida. Una muy distinta, una vida más feliz. Pero la guerra se la había arrebatado, así como le había arrebatado a su padre.

Desde la ventana de su alcoba, Bianca observaba el paisaje de innumerables tejados. Sabía que se encontraba en alguna ciudad del Sur, por el estilo de las construcciones, pero llevaba viviendo en aquel monasterio unos dos años, y ni siquiera le habían dicho donde se encontraba. ¡Era una barbaridad! Tenerla encerrada sin decirle porqué, ni siquiera podía preguntar sobre su paradero sin que la madre superiora le hiciera un regaño.

“Es por tu propio bien, niña querida” –le decía siempre.

No es que Bianca fuera una malagradecida. La mantenían vestida, bien alimentada, en una habitación grande para ella sola. La dejaban pasear por los patios y los jardines del convento, siempre bajo la estricta mirada de las Hermanas. Pero aun así, no dejaba de sentirse atrapada, presa.

Las guerras de sucesión ya se habían extendido por más de tres años. Si bien Bianca entendía la raíz del conflicto, no sabía con certeza quiénes se disputaban el trono de Andrade en la actualidad.

Había dos familias nobles con derecho a la sucesión.

En primer lugar estaban los Fareys, de Indra, la provincia del Noreste. Eran militares de antigua estirpe, y se decían a sí mismos, la familia noble de más antiguo linaje, descendientes por línea materna de los primeros reyes de Andrade. La casa mayor de Fareys, liderada por el duque Edmund Gant Fareys, era la facción con más poderío militar de Andrade, y creían tener derecho absoluto a través de la fuerza.

En segundo lugar, los Galldwyn, de Morays, provincia principal del Sur. Eran la antítesis de los Fareys, pero su linaje era igual de antiguo. Descendía por línea paterna de los primeros reyes de Andrade y su poderío económico era tan antiguo como su linaje. Baldor Galldwyn, el conde de Morays, controlaba toda la actividad económica del Sur, y se decía que era el hombre más rico del continente.

Como el Rey no poseía herederos, estas dos familias se habían disputado el derecho de sucederlo desde hacía ocho años, y la guerra civil que había provocado la muerte del Rey Alldyn Veorlund II, era en su mayoría responsabilidad de ellos. Y por supuesto, todas las cosas que vinieron con la guerra, trajeron como consecuencia, grandes cambios en la vida de Bianca.

“Eres especial” – le decían – “Debemos protegerte” –le recordaban.

Bianca sabía que su padre algún día vendría a buscarla. Siempre lo hacía. Siempre la visitaba en la casa que ella tenía antes de que todo esto empezara. Su hogar, en el Este, junto a su madre. Bianca apenas la recordaba, pero al mirarse en el espejo, y ver sus rizados cabellos rubios y sus ojos color avellana, se le venía a la mente un recuerdo borroso, de una mujer de larga cabellera rubia y rizada, que le llegaba por la cintura. Una sonrisa amable, unas manos suaves, y un abrazo cálido.

Todo lo que Bianca recordaba de su padre, en cambio, eran las idas y venidas. Todo en absoluto secreto.

–“Es un agente del Rey” – le explicaba su madre – “Debe viajar mucho y en secreto”

Eso es lo que le decía su madre. También recordaba su rostro: Bondadoso y barbudo. Sus brazos fuertes y robustos cuando la alzaba. Y su risa pegajosa, que contagiaba a todo el mundo.

Bianca suspiró. “¡Basta de recuerdos!” - se dijo a sí misma.

Siguió estudiando historia, hasta encontrarse con alguna que otra alusión a una tercera familia con derecho a la sucesión: Los Valiant. Poco se sabía sobre ellos, más que su linaje era antiguo, anterior quizá a los reyes de Andrade. Se decía que eran de los primeros hombres que conquistaron la región, y la unificaron bajo un mismo estandarte. La espada y las siete llamas. O siete lenguas de fuego. Era el emblema de la familia Valiant. Y también era estandarte Imperial de Andrade, cosa que llevaba a pensar en una relación entre la casa real de los Veorlund y los Valiant.

Pero los Valiant, habían desaparecido, sin dejar rastro. Todo lo que habían dejado como legado, era el emblema de su casa, y alguna que otra mención en los libros históricos.

Si hoy existiera algún heredero de los Valiant, sería por derecho propio, sanguíneo e histórico, el legítimo heredero al trono.

¿Y la casa de Veorlund? – Bianca meditó unos instantes sobre lo que

sabía.

El Rey Alldyn Veorlund II, se desposó una vez, con Ariadna de la casa de Galldwyn, y habían concebido un niño, que ahora estaba desaparecido. Ariadna falleció tiempo después, sin darle más herederos, y el Rey nunca había contraído matrimonio nuevamente.

Eso es todo lo que Bianca sabía. O todo lo que podía saber al menos. Sin más libros que leer, la muchacha volvió sus ojos al atardecer, sobre los tejados de aquella ciudad desconocida, pero en la cual habitaba desde hacía dos años.

Deseaba tanto poder salir y explorar aquel lugar. ¿Por qué la protegían tanto? ¿Qué ganaban con ocultarla del mundo de aquella forma? Si tan riesgoso era para ella el mundo, solo porque su padre había sido un agente del Rey, ¿por qué no la dejaban vivir con su madre en el campo, alejada de todo aquel ajeteo?

El jolgorio que se escuchaba a lo lejos provenía de la plaza del mercado. Bianca estaba casi segura de que habría miles de personas comerciando a últimas horas, antes de que los tenderos cerraran sus puestos. Abrió la ventana que daba hacia el patio del monasterio. El tejado de la principalía estaba justo debajo de su ventana, pero era casi imposible con aquella altura bajar sin romperse los huesos. Detrás de la principalía había un muro de casi cinco metros de alto, coronado con espigas de metal afilado.

¿Por qué tanta seguridad en un convento? ¿Quién querría robar a la iglesia?

Bianca resopló ofuscada. No había escapatoria posible. Se conformó entonces con mirar más allá del muro, hacia los tejados que se veían, y que probablemente eran hogares familiares, de gente pudiente, y de buena familia. Hogares con un padre y una madre, y quizá un par de hijos malcriados, pero un hogar en fin. Y era todo lo que Bianca quería, pero era la única cosa además de su libertad de lo cual estaba privada.

Tamborileó los dedos sobre su escritorio de madera de roble. La laca del mueble ya se estaba desluciendo, y seguramente no pasaría mucho hasta que le trajeran uno nuevo. Para ser Hermanas de la Luz Radiante, no carecían de recursos. Eso le molestaba un poco a Bianca. Ya le costaba mucho acostumbrarse al encierro, sin que le estuvieran cambiando los muebles constantemente. Y de todos los muebles que le habían traído, aquel escritorio era su favorito. Era amplio y cómodo, y estaba justo a su altura.

Bianca no era una niña muy alta, más bien menuda para su edad. Con tan solo diez años, le costaba llegar a las repisas más altas de la biblioteca,

aún parada en una silla.

¿Cuánto media? ¿Metro cuarenta y cinco, metro cincuenta? Estimando así, no había forma de saberlo. Muchas veces intentó medirse usando el marco de la puerta como referencia, que por convención, debería tener al menos 2 metros de altura. Pero dado que la puerta de su alcoba era bastante elevada para una puerta regular de doble hoja, le costaba mucho tomarla como referencia.

Se puso de pie y se estiró de forma impropia para una dama. Pero le importaban un comino los modales, ya que iba a estar encerrada toda la tarde, al menos podía relajarse y recostarse un rato. Tomó otro volumen de la biblioteca, esta vez, un libro de cuentos populares y leyendas de Andrade; procedió a recostarse sobre un diván forrado de terciopelo, sin otra preocupación en mente que la lectura.

Ya había comenzado a hojear la contratapa y la aburrida introducción del autor a los cuentos populares y su origen simbólico, cuando un súbito golpe en la ventana le llamó la atención. Miro hacia afuera desde el diván, pero no vio absolutamente nada. "El viento" – se dijo a sí misma, y con un encogimiento de hombros que no carecía de afectación, retomó su lectura.

Pero pocos instantes después, sintió un golpeteo en el marco de la ventana. Y un sonido de aleteo. Bianca dejó a un lado el libro y se acercó al escritorio de madera, y tomó la llave de la ventana de uno de los cajones. Se acercó lentamente, dudosa. Pero cuando estuvo lo suficientemente cerca, el miedo en su semblante, se transformó de súbito en preocupación. Se apresuró y descorrió el pestillo, y le dio tres vueltas a la cerradura de la ventana. Abrió las hojas dobles de par en par y dejó que la criatura cayera aleteando desesperada, sobre la alfombra.

Era una paloma blanca, y tenía un ala herida. La arrastraba por el suelo con sonoros quejidos y gorjeos, e intentaba levantar el vuelo batiendo el ala sana, lo cual solo provocaba que callera rodando.

-¡Pobrecita! – Bianca se apresuró y tomó un paño de lana con el que solía limpiar el escritorio, cubriendo al ave, la levantó y la llevó hasta el diván. Allí se sentó a examinar a la pobrecilla criatura, intentando ver que le había sucedido. No había señales evidentes de que un halcón la hubiera atacado, pero sí pudo sentir los huesos del ala crujiendo. Era imposible que volviera a volar, y, probablemente, resultaría sacrificada si se la llevaba a una de las hermanas.

Pero Bianca no estaba dispuesta a dejar que eso pasara.

-Ya verás – le dijo al ave, con voz apaciguadora – Te pondrás bien en un

instante.

Hacía mucho tiempo que Bianca no practicaba el ritual de curación. Se lo habían prohibido terminantemente. Pero poco le importaba lo que le prohibieran. Ella tenía un don. Era especial, según le decían las hermanas. "Y si uno tiene un don, debe utilizarlo para el bien"- se decía a sí misma. Sin embargo le costaba recordar las palabras.

Las murmuró en voz baja un par de veces para asegurarse de que el orden era correcto. Luego se concentró y extendió sus manos sobre el ala herida del animal. La paloma presintió que Bianca solo quería lo mejor para ella, así que se quedó inmóvil, esperando su destino. La niña murmuró unas palabras, y una tenue luz emanó de sus palmas. Tan solo duró unos instantes, mientras Bianca seguía murmurando aquella letanía de palabras antiguas y olvidadas. Pero fue suficiente y el ave pronto se repuso. Su ala estaba otra vez sana, y la criaturilla la agitó alegremente, mientras Bianca reía a carcajadas.

¡Funcionó! ¡Bravo! – se felicitó a si misma - ¡Te dije que te pondrías bien!

La paloma gorjeo y agitó las alas, elevándose, lista para emprender el vuelo.

-¡Espera! ¡Alto! – Se quejó la niña- Vas a llenarme de plumas la alcoba.

Bianca corrió hacia la ventana que estaba replegada y abrió las hojas de par en par, haciéndole señas al ave para que partiera. La paloma no tardó en comprender que su libertad le había sido devuelta, y emprendió raudo vuelo hacia la vastedad del cielo, mientras Bianca reía encantada.

La observó alejarse, lentamente, hacia el cenit. Su blancura contrastaba contra el anaranjado del cielo. Y allí, sobre los tejados, una figura se elevó, cerca del murallón del monasterio.

Era un joven muchacho, y sostenía una resortera. Un arma para matar pájaros. Bianca se ofuscó al instante y estaba a punto de gritarle cuando notó algo extraño en el niño. En primer lugar, estaba de pie sobre el tejado más alto en los alrededores, luego notó dos cosas más: el niño portaba una espada en el cinto, y vestía en harapos.

-¡HEY! – Le gritó desde lejos - ¡ESA ERA MI CENA!

Bianca no supo que responderle. El joven la miró fijamente. Sus ojos tenían un inquietante brillo, aún en la distancia, Bianca lo supo, y supo además que no era un niño normal. La visión duró solo unos instantes, ya que poco después, se sintió un griterío en el patio, y varias hermanas, alertadas de la presencia del joven extraño, fueron corriendo a buscar a

los guardias.

Tan rápido como había aparecido, el joven cazador de palomas desapareció, dejando a Bianca asombrada.

-¿Cómo hizo para trepar hasta allí? - se preguntó asombrada.

## Capítulo 5 – La rueda

Arys venció la resistencia del viento y conservo el equilibrio. Balanceándose sobre el borde del tejado, se impulsó y giro en el aire, aterrizando del otro lado del callejón, sobre el tejado vecino. Sus pies estaban envueltos en vendas de tela, pero además, los tenía curtidos por noches y días enteros de incursiones por los tejados.

Esa noche había salido a probar suerte con la resortera improvisada que había fabricado, pero debido a ciertas circunstancias inesperadas, su presa había huido.

"Estoy seguro de haberle dado a esa paloma" - se dijo a sí mismo.

De todas formas, por la tarde, había conseguido robar un buen trozo de pan, y por lo tanto no estaba preocupado por la huida de la paloma. Sin embargo, sus pensamientos volaban nuevamente hacia aquella ventana, y lo que sus ojos habían visto a través de ella. Aquella niña parecía estar atrapada. Aunque no la pasara tan mal como Arys, y los otros niños de la calle. Había algo en su mirada, que hablaba de una tristeza inexpresable a través de las palabras. Una tristeza que Arys cargaba consigo, y que por eso sabía reconocerla con solo mirar con atención.

Estaba en el llanto de cada niño que quedaba tendido sobre una charca, vestido en harapos. Estaba en el solitario deambular de los limosneros, y de los pilluelos que vagaban por las calles. Y estaba en el corazón de cada ser viviente, al cual le arrebataban algo muypreciado.

Pero la tristeza era el menor de los problemas que Arys cargaba consigo. Un par de ojos negros lo observaban desde un callejón. Siguiendo cada paso, cada voltereta, cada balanceo sobre el filo del abismo. A ese par de ojos pronto se sumaron otros dos. Un par de figuras encapuchadas se arrimaron hacia el borde del callejón.

-¿Es él? - pregunto una voz profunda, llena de autoridad.

El primer par de ojos asintió.

- ¿Que quieren los del loto rojo con él? - pregunto otro de los hombres al

vigía.

-No lo sé - respondió el vigía- Supongo que nada bueno.

-Estamos perdiendo el tiempo aquí- se quejó el hombre ofuscado - No es por el que vinimos.

-Yo soy el que determina por qué estamos aquí, K'tara - interrumpió la primera voz. El tono era de advertencia - No lo olvides.

El primer hombre recapacito, inclino la cabeza y se llevó la palma de la mano al pecho.

-¿Han visto como se mueve?- pregunto el vigía- Es el andar del viento.

- En efecto - acordó la voz autoritaria, mientras el hombre se arrimaba hacia el borde del callejón, siguiendo con la vista al niño.

-¿Cómo es posible? - se quejó el otro hombre- Es solo un mocoso.

-D'ejareë- sentenció solemne el vigía.

-Puede que Bardyr tenga razón, y si es así ya lo sabremos - anuncio el jefe- Bardyr, sigue al niño. K'tara, yo y los demás seguiremos buscando.

El vigía asintió y se inclinó al igual que lo había hecho su compañero. Luego, los tres hombres partieron, desapareciendo entre las sombras.

Arys, sin saber que una sombra lo seguía desde lejos, continuo con sus andanzas. Poco después de la medianoche, y luego de dar muchas vueltas, franqueo uno de los muros exteriores de uno de los almacenes de la casa del gobernador. Los guardias estaban roncando sobre la torre del patio y no advirtieron al ágil muchacho, que se deslizó bajo sus narices hacia la puerta del almacén.

El muchacho extrajo una Ganzúa del dobladillo de su harapiento pantalón, y comenzó a trabajar con la cerradura. Aguzo el oído, sintiendo el tintineo del mecanismo mientras la aguja hacia el trabajo de girar las bisagras y el garfio iba encajando las muescas. Se escuchó un suave "clic", y la cerradura se abrió. La puerta chirrió suavemente; un sonido que era música para los oídos del muchacho.

Arys entro en el almacén, y el aroma de los quesos y los chacinados curados lo golpeo de improviso. Tomo su bolsa de arpillera y metió un par de tiras de salchicha y media horma de queso dentro. No quería pasarse, solo se llevó lo suficiente como para no ir muy cargado. Cerró el saco con una cuerda y se lo echo al hombro. Luego lo pensó mejor y se

guardó un par de bolsitas de especias en los bolsillos. Las especias eran caras y Arys no las necesitaba para sobrevivir, pero Papa Grillo seguro agradecería el regalo.

Y silencioso como la noche, Arys se escabullo hacia el exterior, cerrando tras de sí la puerta. Regodeándose de su triunfo sobre los guardias ineptos, Arys se dispuso a disfrutar de su cena succulenta. Tomo la hogaza de pan robado y lo corto al medio con su navaja de bolsillo, que era además de un utensillito valioso, la única arma verdadera que poseía. Luego tomo la horma de queso y corto unas fetas, y lo mismo hizo con el salchichón, queapestaba a pimienta y otras especias, pero que en conjunto, conformaban un succulento emparedado, y la mejor cena que Arys había tenido en meses.

Cuando hubo terminado, guardo el resto para las siguientes semanas, y pensó también en darle unas cuantas salchichas a Papa Grillo, que siempre había sido bueno con él. Se guardó las cosas en su saco de arpillera, y se dispuso a partir hacia su callejón, cuando, de repente sintió la presencia de alguien más sobre el tejado.

Dio un salto hacia atrás y clavo los ojos en el hombre vestido de negro que lo vigilaba. Por un instante, los ojos de ambos se cruzaron, y entonces, la mirada de Arys se desvió hacia la vaina alargada y la empuñadura de una espada que sobresalía por un costado de la capa del hombre.

La mano de Arys fue instintivamente hacia su espada de madera, y su cuerpo adopto una postura defensiva. En ese momento los ojos del hombre se abrieron de par en par, como si ahora estuviera viéndolo por primera vez. En una fracción de segundo, el extraño encapuchado alzo las manos en señal de paz.

-No temas- le dijo con una voz suave - No voy a hacerte daño.

Arys no supo que hacer. ¿Era uno de los hombres del Loto Carmesí? Lentamente, el extraño individuo llevo las manos a su capucha, y la echo hacia atrás, revelando unas facciones hermosas y angulosas. Se acercó dando unos pasos lentos y elegantes, unos pasos que Arys conocía bien.

-Eso que haces... iconozco esos pasos!- le dijo Arys, con una mezcla de rabia y de sorpresa.

-Si -confeso su interlocutor - Se llama el Andar del viento.

-¿Quién eres? - le grito Arys.

La persona en cuestión soltó una risita delicada y amistosa. Entonces Arys lo noto, no era un hombre, sino una mujer.

-Mi nombre es Bardyr, y soy una Kataari, un espadachín del viento. Pero eso lo sabes, ¿verdad?

Arys asintió cohibido, y un tanto avergonzado de haberle gritado a una mujer.

-¿Puedo sentarme? - pregunto Bardyr, arrimándose al descanso donde Arys había estado sentado, y sobre el que yacía su bolsa.

Arys asintió y la mujer se sentó con gracia. Luego palmeo el suelo indicándole a Arys que se sentara junto a ella.

-No temas, no muerdo - insistió Bardyr.

Arys se acercó tembloroso, hacía mucho tiempo que nadie le hablaba con tanta naturalidad, excepto claro, Papa Grillo.

Se sentó junto a Ella, a una distancia de poco más de un metro, suficiente como para hablar, pero con cierto margen para poder huir si fuera necesario.

-¿Cómo te llamas? -Pregunto Bardyr con amabilidad.

-Arys - respondió este.

- ¿De donde eres Arys? -continuo la mujer

-Del norte - respondió un tanto incómodo.

Bardyr asintió y cruzo las piernas, sentándose en la posición del loto. Se quitó la espada del cinto y la puso junto a ella. Era una espada larga y recta, Con empuñadura en cruz, finamente adornada con gemas y filamentos de plata. Arys la imito, dejando a un lado su espada de práctica.

-Quien te enseñó, Arys?- pregunto Bardyr.

-¿Qué cosa?

-El Kataâr, el arte de la espada.

-Fue mi padre -dijo Arys lleno de orgullo.

-Ah, ya veo – dijo Bardyr un tanto más seria.

-¿No vas a preguntar por él? – inquirió Arys con un ligero tono desafiante.

-Siento que no debería hacerlo –afirmó Bardyr, con tristeza – Debo suponer que estas solo.

Arys asintió.

-Y que por ello has recurrido al robo para sobrevivir –añadió la mujer, con un dejo de reproche en la voz – ¿Te has puesto a pensar alguna vez en las consecuencias de tus actos?

-Sé que robar está mal pero...

-No me refería a eso – le cortó Bardyr señalando con la mano al saco – Sino a lo que ello implica – al ver que el niño no comprendía, la mujer suspiro y se relajó – Es D'ejareê – le explicó con voz compasiva- Es ser y dejar Ser; también significa la rueda que siempre gira, pero también es la mano que gira la rueda. Es el camino a seguir, pero también es el camino de vuelta ¿Comprendes lo que quiero decir?

-¿Algo así como el destino? – arriesgó Arys, en un intento de cortar con el sermón.

-No estarías desacertado- asintió un poco satisfecha - Pero el destino no existe, en tanto no creamos que existe.

Arys entrecerró los ojos, su rostro denotaba incredulidad.

-Voy a darte un ejemplo –le dijo de súbito, y tomando el saco de Arys se puso a revolverlo – Hoy has robado comida, y especias. Lo has robado del almacén del gobernador. El gobernador tiene un cocinero que está a cargo de preparar su comida, y el cocinero a su vez tiene a cargo a varios aprendices. ¿A quién crees que culparan por los suministros faltantes?

-Culparán al ladrón que se coló en la despensa y forzó la cerradura – afirmó Arys – Pero nunca sabrán quién fue. No pueden culpar al cocinero.

-¿Ah, no? – Bardyr tomó uno de los saquitos con especias, lo olió y puso cara de asco, luego lo sostuvo frente a la cara de Arys – Podrían aludir a que el cocinero quería vender las especias, e hizo parecer que todo fue un robo al azar. Podría entonces el cocinero querer evitar el castigo, y podría acusar a uno de sus aprendices –señalo Bardyr con tono serio -Entonces dicho aprendiz pagaría caro el crimen que no cometió, pues nadie estaría dispuesto a responder por él. Los guardias se mantendrían al margen por temor a ser castigados, o quizá se pongan de acuerdo con el cocinero,

solo para chantajearlo pasado un tiempo. – continuó con su monologo y cada palabra que salía de sus labio provocaba que pequeñas gotas de sudor cayeran por la espalda del joven ladrón -Pero el aprendiz culpado injustamente, sería castigado. Ese aprendiz perdería su empleo, y quizá una mano; ese aprendiz quizá tenga familia, esposa, e hijos pequeños. Quedarían en la ruina. Una familia se destruiría. Los niños perderían a sus padres, o serían vendidos o dados en adopción en el mejor de los casos. O acabarían en la calle, como tú.

-Creo entender, en parte – confesó Arys avergonzado –Pero el gobernador es un hombre malvado...

- Y los hombres malvados seguirán siendo hombres malvados, a pesar de que falten un par de salchichas en su despensa ¿verdad? – dijo Bardyr con un tono un tanto más jovial – Pequeño Arys, podríamos hablar horas sobre la Rueda que siempre gira, y sobre todas las consecuencias de tus acciones – argumentó Bardyr con tono filosófico- De las que has tomado, y de las que probablemente tomarás –agregó finalmente, y tomando su espada, se puso de pie sobre el descanso del tejado – Desafortunadamente esta noche no tengo más tiempo. Pero podríamos continuar hablando en otro momento, y podría continuar enseñándote sobre el D'ejareê, pero desafortunadamente, no tenemos más tiempo.

-¿No vas a invitarme a que me una a los Kataari? – preguntó Arys, recordando que también tenía la posibilidad de afiliarse con el Loto Carmesí, si así lo deseaba.

-Quizá... quizá no – respondió evasiva la mujer – Pero ahí es donde el D'ejareê tiene su única regla fundamental: "no forzar a nadie a tomar un camino que no está dispuesto a tomar". Eso también es D'ejareê, y ya he hecho bastante mal esta noche, revelándome ante ti, e influenciando tu joven mente.

Arys no quería que Bardyr se alejara. Había muchas cosas que quería preguntarle. Pero por sobre todas las cosas, estaba desesperado por la compañía. Ya no quería estar solo. Ya no quería el olvido, ni el frío, ni el hambre, ni la angustia.

-¿Volveré a verte? – le preguntó al fin, quería seguirla, irse con ella, pero toda la charla sobre el destino había hecho estragos en su mente, impidiéndole saber si era lo correcto.

Bardyr le sonrió afablemente, antes de colocarse la capucha y dar dos rápidos saltos hacia atrás.

-Si es D'ejareê, nos veremos otra vez – dijo en tono misterioso.

Y desapareció, bajo la capa de la noche insondable, que ya estaba por convertirse en un prematuro amanecer. Arys sintió el mordisco del sueño, y allí se quedó, recostado junto a su saco de arpillera. Atrapado en la espiral del destino.

## Capítulo 6 - Haru

Era una mañana soleada, y Haru se despertó sonriente. Corrió las cortinas y abrió las ventanas de la pequeña alcoba que compartía con dos aprendices.

Estas protestaron y se revolviéron entre las sábanas, y a Haru no podían importarle menos sus protestas.

Sonrió mientras se cepillaba el pelo frente al espejo, luego se vistió. Se lavó el rostro y las manos en una tinaja encantada, que se vaciaba y se llenaba automáticamente con el más ligero roce de los dedos.

Una vez estuvo lista, tomó sus apuntes y sus libros y los colocó en un morral. Abrió la puerta de la habitación y salió aprisa hacia el pasillo, giró en una esquina y descendió por la gran escalera de mármol que llevaba hacia los pisos inferiores de la torre.

Izran la estaba esperando en uno de los patios de prácticas, que esa mañana estaba bastante vacío. El joven aprendiz compartía el espacio de trabajo con dos acolitas de primer nivel, pero cuando estas vieron el pesado volumen que Haru extrajo de su morral, se miraron recogieron sus utensilios y papeles y se retiraron a toda prisa.

-Mejor así – dijo Izran asintiendo, mientras revisaba el suelo embaldosado sobre el que iban a trabajar.

-Temen que explotemos algo, o que volemós por los aires nosotros mismos – dijo Haru meditando – Tamaña hipocresía, como si ellas nunca hubieran sido aprendices – se quejó la muchacha.

-Déjalo así Haru – le espetó el joven - ¿Cómo es que dicen las mujeres norteñas? Si te preocupas, te arrugas – sentenció solemne.

-Ha, ha, muy gracioso. Dejemos los dichos de comadronas para más tarde y concentrémonos en el estudio. Ponte a trazar esos grabados, que yo prepararé los glifos.

Les llevo media hora trazar las líneas de energía con tiza sobre el suelo de baldosa, y media hora más en verificar que apuntaran en la dirección correcta. El trazado estaba situado justo al frente de una pequeña máquina con forma de cañón, que estaba preparada para suministrar hechizos con distinta intensidad, y arrojarlos con solo chasquear los

dedos. Luego volvieron a verificar el trazado y movieron la maquina un poco hacia la derecha, con considerable esfuerzo, ya que la máquina, a pesar de no tener mucho tamaño, si era bastante pesada. Cuando acabaron los preparativos, estaban exhaustos.

-No hay manera de que un acólito pueda hacer esto solo – se quejó Haru – esto es trabajo para tres o cuatro magos, no aprendices, sino magos dichos y derechos.

Izran verifico una vez más el trazado de las líneas, que formaban un polígono de siete lados. -Ahora lo más difícil -anuncio Haru, ojeando el manual - ¿quién habrá sido el que escribió esto? - sacudió su melena rubia de un lado a otro.-No lo sé, pero ya lo verifique tres veces. Supongo que debe ser una protección imperfecta, pero debe funcionar, o no estaría entre los libros de consulta.

Haru contemplo el diagrama en su totalidad, estaba completo, según parecía. Había llegado la hora de poner a prueba su efectividad.

-Si solo hubiera una forma de hacer esto más rápido - se quejó la joven - Dicen que el maestro Valandris puede invocar doce o trece de estos en simultáneo, sin recurrir a trazados.-Eso es magia avanzada, Haru, aún no está a nuestro alcance. Ya es difícil trazarlos a mano, imagínate hacerlo mentalmente, y que tu convicción sea suficientemente fuerte como para poder lograr una barrera decente.

La joven aprendiz se encogió de hombros y sonrió. Luego miro el manual y arqueo una ceja, miro el trazado que Izran había hecho y volvió a consultar el manual.

-Te has equivocado en el trazado de aquel meridiano - señalo con el dedo - es ligeramente distinto al original.

-Lo sé - dijo Izran, con un dejo de picardía - Así será más efectivo.

-¿Estás seguro?- inquirió Haru dubitativa- Casi parece como si formaras un arco o una jaula en vez de una barrera.

-Quizá ambas - respondió Izran - Ya lo veras, funcionara mejor. Y no es lo único que he cambiado.

Haru comenzó a verificar el diagrama y noto una serie de cambios sutiles. El trazado de Izran era más complejo, mas críptico. Algunas líneas se entrecruzaban demasiadas veces, casi con desprolijidad, pero aun así, Haru decidió confiar en su amigo. Pero no podía dejar de pensar " ¿Que se trae entre manos?" Suspiró con impaciencia e Izran la miró con reproche.

-Bueno, ya lo verás.

-¿Estás listo? – preguntó Haru. Izran asintió suavemente – Voy a encender la máquina.

Y dicho esto, se alejó y se puso en posición detrás del aparato, apuntando hacia el centro del trazado. Izran se colocó en el centro del dibujo, y lanzó la tiza a un lado, con decisión, ya no había marcha atrás.

-Voy a disparar – anunció Haru,

-Bueno – masculló Izran, un tanto indeciso - ¡Espera!

Haru lo miró sobresaltada.

-¡Ponlo en el nivel inferior por favor!

-Ya – contestó la joven – No soy tonta, no pienso rostizarte.

-Ya verás, funcionará – insistió el muchacho, y haciendo acopio de su voluntad, se concentró, canalizando la energía mágica a través del dibujo.

Cerró los ojos y se imaginó el trazado, cada una de sus partes, y la energía fluyendo a través de él. Imaginó la formación del escudo, un globo invisible de energía latiendo, pulsando. Una barrera indestructible. Se imaginó entonces al cañón mágico disparando, y la bola de fuego impactando sobre la superficie invisible de la barrera. Sintió un sacudón a su alrededor, y abrió los ojos.

El cañón humeaba, Haru se tapaba la boca atónita ante la expresión de horror del joven.

-¿Qué...? – Izran miró confuso a su alrededor, podría sentir la energía fluyendo en torno a él.

-¡Pensé que estabas listo! – Se quejó – Pero...

-¡Funcionó! – grito emocionado Izran- ¡Otra vez!

Haru puso las manos sobre las placas de control del aparejo, el cañón vibró amenazador, y una refulgente bola de fuego salió despedida de la boca del arma hacia Izran. Y entonces, la candente llamarada desapareció. La barrera vibró con un sonido seco, como el rasgar de las cuerdas de algún instrumento.

-Dale más potencia – pidió Izran a Haru.

-No estoy segura...

-Tú ponle más potencia – insistió.

Esta vez, la llamarada fue el doble del tamaño de las dos primeras. Pero la barrera apenas sintió la diferencia. La magia se disipó como si nada.

-Es raro, ya debería haberse terminado el efecto – dijo Haru consternada - ¿Qué cambiaste en el diagrama?

-Una o dos cosillas – dijo Izran sumamente orgulloso – Creo que estoy listo para la prueba. ¿Pasamos a lo tuyo?

-Yo también estoy lista – anunció Haru con una sonrisa -¿Quieres ver? – preguntó arqueando las cejas.

-¡Claro que sí! – Respondió Izran – Espera desarmaré el escudo y...

-¡NO! – Le gritó Haru - ¡Espera! No será necesario.

Izran se encogió de hombros y abrió la boca para preguntar que se disponía a hacer, pero luego, notó que su amiga se paraba en una posición extraña.

-¿Qué haces? – preguntó intrigado.

-Ya lo verás, ahora silencio, tengo que concentrarme – respondió Haru.

Pasados unos segundos, la joven comenzó a recitar unas palabras, y mientras lo hacía, Izran notó que el aire se volvía cada vez más frío a su alrededor. De pronto, la mano de la joven se extendió hacia adelante, con un leve brillo azulado, y en la palma de su mano apareció una pequeña esfera con un resplandor titilante. La esfera creció lentamente hasta alcanzar el tamaño de una calabaza pequeña, y entonces Haru se volvió hacia él.

-¿Listo? – preguntó sosteniendo la orbe, que titilaba amenazante.

Izran asintió boquiabierto, no podía dar crédito a sus ojos.

Haru lanzó la esfera hacia adelante, y el orbe lanzó un chirrido amenazador, volando por el aire a una velocidad impresionante. Izran se acuclilló instintivamente dentro del grabado, y cuando esta impactó, el escudo se sacudió y el sonido de cristales rotos invadió la sala de prácticas. Cuando Izran juntó el coraje necesario para abrir los ojos, notó que ya no estaba rodeado por una cortina invisible, sino por una cascada

cristalina que rodeaba en forma de globo al escudo. Estaba encerrado en una gran esfera de hielo.

-¡Magia elemental! – Gritó asombrado, y su voz retumbo dentro de su prisión -¿Desde cuándo?

-Desde el semestre pasado, he intentado y finalmente lo logré. El secreto es ir probando elementos hasta encontrar uno con el que seas compatible. Deberías intentarlo.

Izran deshizo el grabado y la campana de cristal colapso lentamente, hasta generar una abertura del tamaño necesario. Entonces, dio un brinco y se alejó del hielo, antes de que se precipitara por completo.

-Haru, ¡es peligroso! – Le dirigió una mirada acusadora y la joven revoleó los ojos con hastío – Sabes que no lo tenemos permitido, las reglas...

-¡Están hechas para romperse! – Se quejó Haru – Además, es todo una situación controlada.

“Están hechas para protegernos de nosotros mismos” – pensó Izran para sí mismo, aunque no dijo nada y asintió – Te felicito Haru, es grandioso.

-Gracias, Izran – aceptó ella orgullosa de sí misma – Aun así creo que tu barrera protectora es aún más impresionante. Yo diría que podría rechazar cualquier hechizo.

-¿Eso crees? – pregunto el muchacho sumamente esperanzado.

Haru asintió y sonrió. A pesar de que se había arriesgado mucho con la magia elemental, Izran sabía que no estaba del todo prohibido el trabajo con elementos en hechizos básicos. Decidieron que era hora de tomar un pequeño y merecido descanso y los dos juntaron sus elementos de trabajo. Ya estaban a punto de retirarse, cuando escucharon los sonidos de unos pasos que se acercaban a la sala de trabajo. Izran pensó que se trataba de un grupo de estudiantes de nivel avanzado, los cuales siempre utilizaban el salón de prácticas hacia la hora del mediodía.

Inconscientemente puso una mano protectora sobre el hombro de Haru y la apartó a un lado, contra una de las columnas laterales. Haru protestó pero Izran le solicitó silencio. Los pasos y las voces se intensificaron, y algo en el sonido de esas voces le dijo que se trataba de dos personas discutiendo.

Cuando las figuras entraron a trompicones en el salón de prácticas, Izran pudo ver que uno de los dos era Illkadam Valandris, el Gran Maestro. El otro era Fornost Bisc, el maestro de alquimia. El rostro de Valandris estaba demudado por la ira, y gesticulaba históricamente mientras

empujaba a Bisc hacia adentro del salón.

-Te he dicho que me dejes en paz, Bisc – Valandris subió el tono de su voz, e Izran escuchó atentamente.

-No voy a dejar de molestarte hasta que me consigas una muestra de sangre, Illkadam – soltó cada sílaba de su nombre con creciente desprecio – Todos los maestros estamos sumamente preocupados, y comenzamos a pensar que tu compromiso con el círculo no es tan profundo como aparenta ser...

-¡Mi compromiso con el círculo! – Los ojos de Valandris dieron una vuelta completa y gesticuló ampliamente - ¡Querrás decir mi deuda para con la Orden!

“¿La Orden?” – pensó Izran mientras la discusión se iba a las manos.

Valandis aferro el fieltro de la túnica del maestro Bisc y lo arrimó a su rostro.

-Escúchame bien Bisc, no voy a poner en riesgo mi posición por alguna superchería divinatória – aseveró con furia, mientras sacudía al otro hombre hacia la salida – No es cierto, ni es posible. Lo que está ocurriendo tiene que tener otra explicación.

Bisc aferro las manos de Valandis y se soltó lentamente de su presa.

-¿Y qué me dices de lo ocurrido en el círculo la semana pasada, eh? – Bisc comenzó a acorralar a Valandis con su fría cólera, mientras lo presionaba con el dedo, marcando sus palabras con cada piquete – Seis acólitos fueron drenados, y ocurrió de la noche a la mañana.

Valandis suspiró con hastío y volteó en dirección a la salida, instando a Bisc a que se retirara.

-No hemos terminado, Valandis – señaló Bisc antes de irse – Quiero esa muestra de sangre.

Valandis maldijo en una lengua extraña, y volteó súbitamente hacia donde Izran y Haru estaban ocultos. Pasaron unos segundos, y el maestro se relajó, haciendo crujir las vértebras de su cuello y sus dedos. Luego, dio una vuelta elegante y se retiró.

Izran sostuvo a Haru unos minutos, para asegurarse de que no regresaran, luego, aflojo lentamente su presa.

-¿De que hablaban? – preguntó esta cuando Izran la soltó.

-No lo sé – respondió este, separándose lentamente de la columna de mármol – Pero entendí algo acerca de una muestra de sangre y sobre unos acólitos drenados.

-Eso no sonaba nada bien – confeso Haru con un estremecimiento.

Izran negó rotundamente, y se preguntó a qué se refería el maestro Valandis a su deuda con la Orden. Supuso que la única forma de averiguarlo, sería convirtiéndose en aprendiz del gran mago, y, dadas las circunstancias, debería hacer algo más que un simple escudo para impresionarlo.

“Sí” – pensó para sus adentros – “Algo que habrá de impresionarlo”

-Capitulo 7 – Por una manzana

Bianca despertó sobresaltándose. Había escuchado algo extraño en el patio de la abadía. Voces subidas de tono, pero demasiado lejanas para comprender de qué discutían. Se arrimó a la ventana para ver qué pasaba, pero la vista desde allí era muy limitada; el patio y la entrada estaban ocultos tras una arcada de piedra, justo a la vuelta de la esquina.

Bajo su ventana discurría un pasillo estrecho y alargado, que bordeaba todos los edificios de las residencias. Se vistió presurosamente y golpeo la puerta de servicio de su alcoba. Pocos segundos después, una de las hermanas que la cuidaban se asomó por la puerta.

-¿Que se le ofrece señorita? – pregunto sumamente cordial.

-Me gustaría dar un paseo por el patio – expreso la niña, con tono suplicante – Quiero ver los Alelés.

-Tengo que consultar con la Madre Superiora – se excusó la monja  
–Permítame, señorita.

La mujer quiso cerrar la puerta, pero Bianca se aferró del pomo y empujo con fuerza.

-iPor favor! – Miro a la hermana con expresión compungida – La madre superiora se tomara mucho tiempo y la mañana se ira volando. Solo quiero pasear un poco, me siento atrapada – agregó por último, cruzando las manitos y abriendo sus ojos grandes y azules.

La hermana la miro primero con dureza, luego, su rostro fue mudando a la

aprehensión, un atisbo de lágrimas asomo pro la comisura de sus ojos.

-¡Esta bien, está bien! ¡Pero no me ponga esa cara! – Aceptó la monja – Y póngase el hábito señorita, es una invitada, pero debemos disimular su estancia en la abadía lo más posible.

Bianca casi salto de alegría. Las salidas al exterior no planificadas eran raras, y salió a toda prisa hacia su vestidor. Allí se colocó el hábito y el gorro de las hermanas de la Luz Radiante. Se miró en el espejo. Era una hermana en miniatura. Nadie notaría que no pertenecía en realidad a la iglesia.

-Estoy lista – gritó emocionada.

-Ya, ya – contesto la hermana – Vámonos, pues.

Salieron juntas de la habitación, caminando tomada de la mano, como las hermanas solían hacer cuando tenían una novicia a cargo. Y Bianca estaba dispuesta a ser la novicia perfecta, con tal de salir y curiosear un poco por el patio.

Siguieron por el largo pasillo hasta un hall con unas puertas amplias de madera, que daban paso a un descanso de una enorme escalera de mármol en espiral. Descendieron lentamente, saludando a las hermanas que trepaban con dificultad los escalones. Luego salieron al hall central, y de allí caminaron sin prisa hacia el patio. Bianca estaba exultante, muy emocionada. Sería un día fantástico.

La luz del sol la cegó cuando salieron al exterior, cubrió su rostro con su manita temblorosa, hasta que sus ojos se adaptaron lentamente a la claridad del día.

¡Mil Gracias hermana! – Bianca le sonrió a la monja, quien se mostró sorprendida por la euforia de la niña.

Grethel – respondió la monja – Puede llamarme Grethel, señorita.

Bianca asintió, la hermana la dejó ir, y la niña corrió desesperada hacia los arbustos floreados que rodeaban la abadía. Comenzó a oler las flores, pero no olvido que su deseo inicial era curiosear sobre las voces que había escuchado. Camino hacia unos cerezos en flor y correteo entre los pétalos que alfombraban el suelo de piedra del patio. Había muchos canteros con arbustos floreados y algunas bayas, que Bianca considero seriamente en probar, pero se arrepintió luego de volver a escuchar una acalorada discusión proveniente del gran arco de piedra que daba a la entrada de la abadía.

La niña volteo a mirar a la hermana Grethel, que estaba distraída admirando a unas grandes mariposas amarillas que revoloteaban entre unos plumerillos. Aprovecho entonces para acercarse a la entrada de la abadía, y al camino de acceso a la misma, que conducía a un gran portón de hierro. Junto al portón, Bianca notó que había un grupo de gente discutiendo. Tres personas del lado exterior, y el Abad Francis, que al parecer estaba negándoles la entrada al monasterio.

Algo andaba mal. Bianca recordaba haber visto otras veces esas ropas. Eran trajes negros y rojos, con capuchas negras. Las tres personas que discutían con el abad portaban espadas, que traían vagamente ocultas en sus capas.

El que parecía el líder gesticulaba con el dedo, y apuntaba al Abad Francis. Este último negaba fervientemente y dejaba bien en claro que no estaba de acuerdo en que los hombres entraran.

Finalmente, uno de los hombres le dio un codazo al que discutía con el abad, y señaló hacia el arco del patio, justamente hacia Bianca. La niña sintió que debía ocultarse, pero algo le impidió moverse. El miedo, o quizá un presentimiento extraño. El hombre que hablaba con el abad le dirigió un vistazo y asintió, luego se despidió con una inclinación, que el abad respondió a su vez con un ademán firme con el dedo.

Bianca se ocultó rápidamente y volvió corriendo hacia los canteros de flores, se sentó como si nada sobre una de las piedras junto a los alelíos y esperó la llegada del abad. Un minuto después este apareció, renqueando, con su polvorienta túnica marrón, sumamente desgastada. El abad era un hombre enjuto, afeado por la edad, que otrora seguramente había sido buen mozo. Tenía unos ojos azules pálidos y tristes, y una sonrisa difusa. Cuando miró a Bianca, su expresión de hastío y ofensa cambió rápidamente al horror, y abrió sus ojos con sorpresa. Su cara palideció y se acercó rápidamente a la hermana Grethel, quien observaba a Bianca merodear por los canteros.

-¿Que está haciendo la niña aquí? – Preguntó nervioso – Quien la ha dejado salir de su alcoba?

-He sido yo, Abad Francis, no creí que fuera propicio para una niña estar encerrada en una mañana tan bella – respondió con sorna.

Bianca se balanceo nerviosa sobre el cantero. Grethel seguramente tendría problemas con la madre superiora, pero el Abad no podía comandar directamente a las Hermanas de la Luz, pues pertenecía a una orden distinta de la Iglesia, y su palabra no tenía jurisdicción en el monasterio. Si bien, era el guardián de los terrenos de la abadía, el

monasterio estaba a cargo de la Madre Superiora Helena.

El abad susurró unas palabras incomprensibles, y la hermana Grethel palideció. Al cabo de unos segundos se acercó y aferró con firmeza la mano de Bianca.

-Debemos irnos, señorita. Creo que el abad tiene razón, no deberías estar en los patios a estas horas, podría ser riesgoso.

-¿Porque? – Quiso saber Bianca – No entiendo que hice mal.

-Nada, niña, tu no hiciste nada malo – la consoló Grethel – Somos nosotros los adultos los que hemos hecho algo terrible.

Y sin más palabras, la condujo lentamente hacia su alcoba, donde permaneció el resto del día encerrada, meditando sobre la actitud del abad, y sobre la sobreprotección a la que era sometida a diario. Una suerte de aprisionamiento por bondad cubría con barrotes su estrecha realidad, como la jaula que impide que un pájaro pueda alzar el vuelo. Pero ocasionalmente tenía la ocasión de mirar hacia el exterior, y siempre podía soñar con esos pequeños y raros momentos en los que podía alcanzar un breve atisbo de una vida normal.

Desconsolada, lloró con amargura, deseando con fuerzas que su padre viniera a rescatarla de aquel lugar insólito, donde la normalidad era considerada anormal, y una niña no podía pasear por los patios y oler las flores, sin suscitar el descontento de sus anfitriones. O debería llamarlos, sus carceleros.

Al mediodía unas hermanas le trajeron el almuerzo, que consistía en una hogaza de pan, una sopa de verano tibia, quesos y una manzana roja y succulenta. Comenzó a beber la sopa con parsimonia, enfrascada en sus pensamientos, mientras las hermanas limpiaban su alcoba, cambiaban sus sábanas y tendían la cama. Se llevaron el cesto de la ropa sucia y dejaron una muda de ropa limpia dentro del ropero. Bianca miró su manzana con aprehensión y la colocó sobre el escritorio, contemplándola como si fuera su única compañía en aquel mundo reducido.

Si tan solo pudiera hacer algo para salir de aquel lugar solitario. Si tan solo supiera que hacer para conseguir ser libre. Miró a la manzana con un repentino disgusto. Como si el brillo carmesí del fruto reflejara una sonrisa burlona. ¡Cómo se atrevía a mofarse de su desgracia!

Bianca saltó de su silla como el resorte de un cojín que se rompe. Abrió la ventana con un estruendo y tomando la manzana burlona, la arrojó con fuerza, pasando el paredón, hacia el tejado de una de las casas que

bordeaban la abadía.

Una mano pálida y ágil asomó de entre las tejas de arcilla, e interceptó el rojizo proyectil en medio de su vuelo hacia la libertad. El joven vagabundo había vuelto a aparecer, y sostenía la manzana frente a su rostro, luego volteó a mirar hacia donde estaba Bianca boquiabierta arrimada a la ventana. El muchacho dio un brinco, voló por el aire como si el vacío no significara nada, voló como un cervatillo que salta un arroyo en medio de una carrera por el bosque. Aterrizó, grácil, sobre el paredón de la abadía, a unos metros de donde estaba Bianca. Y allí se sentó, contemplándola como un gato mira a un ratón indefenso, acorralado contra una pared de un callejón. Sus piernas colgaban balanceándose sobre la pared, con una naturalidad absoluta, como si se mofara de la fuerza de gravedad que podría hacerlo caer hacia una muerte segura, acompañando cada balanceo con un mordisco al jugoso fruto que Bianca había desechado.

-¿Cómo te llamas? – preguntó el joven, como para romper aquel incómodo silencio.

Bianca no supo que responder. Se quedó allí parada, viendo como aquel bribón la miraba con sorna. Aquel bribón que había herido a una pobre avechilla. La niña divisó la resortera, que colgaba inerte a un costado del cinto mugroso que sostenía los pantalones del muchacho. El resto de sus ropas harapientas, mostraban cierto desgano por la higiene personal, que el joven exhibía con descaro, como si la mugre fuera un estandarte de su condición orgullosa de pobreza. Su rostro estaba perlado por el sudor, y manchado de hollín, que enmarcaban un oscuro antifaz, rodeando unos ojos grises e inteligentes.

-¿Te has quedado muda? – El muchacho ladeo la cabeza y miró la manzana – Pensé que no la querías, espero que no te moleste que me coma tu basura.

-¡No! – protestó Bianca, sin saber bien porqué.

-¿Te molesta? – Preguntó el joven con una sonrisa – Pues me voy entonces. ¡Gracias por la manzana!

Se dispuso a levantarse, pero Bianca lo detuvo con un grito:

-¡Espera! – El joven se detuvo y volvió a mirarla con aquellos ojos grises curiosos – Me llamo Bianca.

El joven asintió y le sonrió. Tenía los dientes blancos y brillantes. Algo raro para ser un niño callejero.

-Mucho gusto, Bianca. Mi nombre es Arys – el joven hizo una pequeña inclinación con la cabeza, y Bianca sintió vértigo al pensar que podría

caerse con facilidad - ¿Eres una monja? – preguntó a continuación.

Bianca negó rápidamente.

-Ah, ya veo. Eres una huésped – aclaró Arys asintiendo para sí mismo – Eso es raro, pocos son los huéspedes que la abadía acepta en estos tiempos tan turbulentos. Debes ser la hija de un noble o algo por el estilo – aseveró el joven, mientras volvía a darle unos mordiscos a su manzana y se frotaba la barbilla pensativo - ¿Me equivoco?

Bianca se quedó pasmada, no supo si negarlo o asentir. La verdad es que el joven la tomó por sorpresa. No era cualquier bribón callejero. Algo en él le decía que era de confianza. Pero, también se sentía reacia a hablar con un desconocido de esa forma. “¡Pero que tonta soy!” – Pensó – “Finalmente, alguien con quien hablar, no lo arruines...” – se frotó la cara para despejarse y volvió a dirigirse al joven Arys.

-¿No es peligroso estar ahí sentado? – fue todo lo que se le ocurrió decir.

Arys se encogió de hombros y le dio un mordisco final a su manzana. Solo quedó el cabo, que sostuvo frente a él unos instantes, y finalmente, lo devoró de un solo mordisco, haciendo que a Bianca le diera un escalofrío.

-Apártate de la ventana – le dijo Arys, y se puso de pie sobre el paredón haciéndole señas a Bianca para que se moviera. Esta no entendió que es lo que el muchacho pretendía hasta que lo vio mirando hacia el abismo que separaba la pared de la ventana de la alcoba.

Justo en el último instante, Bianca se apartó, y el joven voló hacia adelante, dio una voltereta y entró por la ventana en picado, rodó por el suelo una vez y terminó de pie en medio de la alcoba. Apenas si hizo ruido al aterrizar. Y Bianca contempló fascinada al joven, que era apenas un cabeza más alto que ella, y realizaba poses e inclinaciones hacia un público inexistente, jactándose de su actuación.

-¿Cómo lo has hecho? – Preguntó Bianca atónita - ¡Es increíble!

-Práctica – respondió Arys con naturalidad – Practico a diario, y no hago otra cosa en todo el día más que correr por los tejados y saltar entre ellos – se encogió de hombros nuevamente.

Bianca lo observó de pies a cabeza. Ahora que lo miraba más detenidamente, le pareció que estaba bastante bien alimentado para ser un niño callejero. Vestía una camisa de lino con un chaleco desgastado de cuero negro. Sus harapientos pantalones estaban sostenidos por un cinturón de cuero desgastado, del cual colgaba una vaina alargada “Un espadachín” – pensó Bianca algo emocionada. Los pies del joven estaban cubiertos por vendas grisáceas y sucias. Se los había envuelto con

cuidado, vendando hasta por encima del talón, y luego había cerrado el vendaje sobre las mangas de sus pantalones de lino deshilachados.

-¿Qué tanto me miras? – Arys la hizo volver a la realidad - ¿Puedo sentarme? – señaló la cama con dosel y Bianca asintió. El muchacho se dejó caer sobre la cama, curioseando con los dedos la suavidad del relleno de plumón – Hace como cuatro años que no veo unos de estos – aseveró con total franqueza – Y bien, ¿de dónde eres Bianca?

-Ah... del Norte – respondió ella, mientras arrastraba un cojinetete hacia la cama, para sentarse sobre él – Del norte de Weiss.

-¡Ah!, la gloriosa capital de Andrade – respondió Arys- Yo era del Sur, de Asabant.

-¿Y que hace un sureño tan al Norte de Andrade? – preguntó Bianca ladeando la cabeza, y fijándose con creciente nerviosismo en el rostro cubierto de hollín de Arys – Espera, quédate quieto – le espetó poniéndose de pie. Fue hacia su escritorio y tomó uno de sus paños de su tocador, y se acercó a Arys.

-Quietito – le ordenó, mientras le limpiaba el rostro – Ya, así está mejor.

El joven la miró sorprendido y Bianca le sonrió amistosa.

-Eh, gracias... supongo – dijo Arys, mirando el paño mugriento que Bianca sostenía - ¿Qué hago aquí? No lo sé, supongo que Astur estaba a medio camino entre Asabant y Weiss, así que vine aquí, a buscar..., olvídalo... - dijo de pronto como desechando un libreto demasiado grotesco – Me escapé de Asabant hace casi tres años.

-¿Por qué? – preguntó Bianca, y casi se arrepintió de hacerlo, pues el rostro ahora limpio de Arys dejó entrever un atisbo de la tormenta que se agitaba con furia en su interior. Esos ojos grises resplandecían con una furia metálica, gris como las borrascosas cumbres del Norte.

-Por la guerra – respondió con simpleza – Soy huérfano – agregó casi con orgullo.

-Ah – respondió Bianca – Supongo que... perdón.

-¿Por qué? – inquirió Arys negando con la cabeza – No tenías por qué saber. ¿Hace cuánto te tienen presa las hermanas?

-Ah... tres años casi – reflexiono Bianca – Desde el comienzo de la guerra civil.

-La guerra es una porquería – agregó Arys con saña – Nos caga la vida a todos.

Bianca no estaba acostumbrada al lenguaje soez, y sintió como sus mejillas se coloreaban ante la mención de semejante palabrota. Arys pareció notar lo y suspiró con cansancio. Se puso de pie y comenzó a pasearse por la alcoba. Se detuvo sobre el escritorio y sobre el cazo con la sopa, que ya estaba helada y señaló el queso y el resto del pan.

-Nada Mal, ¿eh? – Sonrió juguetón – Las hermanas no te matan de hambre al menos.

-Puedes comerte el resto si quieres, ya no tengo más hambre – insinuó Bianca, imitando a Arys y encogiéndose de hombros. El niño sonrió y se entretuvo curioseando sobre los libros y papeles de estudio que estaban sobre su escritorio, mientras se comía los restos del almuerzo.

Bianca aprovechó para seguir conversando con él sobre cosas mundanas. Sobre qué hacía por las tardes, sobre si la madre superiora era una mujer malvada, sobre si el Abad se estaba quedando pelado. Se le llenó el corazón de alegría mientras Arys le relataba sobre la vida en las calles y sobre las cosas que hacía para entretenerse, aunque dudo si reírse o no cuando le contaba sobre sus ocasionales robos a las despensas y los grandes comerciantes.

-No deberías arriesgarte – le dijo mientras Arys ojeaba unos papeles con las anotaciones de Bianca sobre la historia de Andrade – Podrían atraparte y encerrarte o peor.

-O podrían cortarme las manos, si – dijo como si no le importara – Primero tendrían que atraparme y dudo mucho que lo hagan – añadió y tomando una de las hojas del escritorio y un lápiz se puso a corregir algunas cosas del texto que Bianca estaba estudiando mientras devoraba la hogaza de pan– Esto está mal – dijo entre bocados - los Valiant no están relacionados con los Veorlund, sino con los Valandris, que son una rama menor de la familia Valiant – escribió un par de cosas ante la mirada sorprendida de Bianca – Además es Valyant, con "y". El escudo de armas de los Valyant es un halcón negro sobre campo de plata, y el escudo de los Veorlund es un estornino sobre gris, y dos ramas de laureles.

-¿Sabes sobre heráldica? – preguntó Bianca sorprendida.

-¡Pues claro que se sobre heráldica! – dijo Arys como si resultara lo más obvio – Así que te gusta la historia... ¿por qué te interesan tanto los Valyant? – preguntó con suspicacia.

-Ah... pues porque creo que son interesantes... son la casa noble más antigua de Andrade, y herederos de un linaje de leyenda. Además

también podrían ser los legítimos herederos del trono.

-Mira por donde – Arys arqueó las cejas y puso una expresión meditabunda – Eso sí que no lo sabía. Sea como sea – dijo el muchacho poniéndose de pie – están todos muertos, ¿no es así?

Bianca asintió y le ofreció a Arys otro paño para que se limpiara, este lo aceptó y se restregó el rostro una vez más.

-¿Cómo me veo? – preguntó sonriente.

-Más limpio, y guapo – Bianca dijo esto casi sin pensarlo, y de inmediato se arrepintió. Sintió como sus mejillas se ponían coloradas.

Arys también se sonrojó pero lo disimuló mucho mejor, sacudiendo sus cabellos rubios y mirando hacia la ventana.

-Debería irme, no quiero que tengas problemas – le soltó de repente.

Bianca asintió y se levantó de la silla. Arys hizo otro tanto.

-¿Volveré a verte? – Preguntó la joven angustiada – ¿Volverás?

Arys la miró y suspiró, finalmente acabó por sonreírle.

-Claro que sí –respondió encogiéndose de hombros – volveré a esta noche, y me darás otra manzana, ¿de acuerdo?

-iDe acuerdo! Después de la Octava campanada, las novicias vuelven a dormir, no habrá problemas.

Arys asintió y se arrimó a la ventana. Calculo las distancias, tomó impulso y salto hacia adelante. Cuando Bianca se asomó por la ventana, Arys ya estaba subiéndose al paredón, y de allí saltó al tejado. La saludo con la mano y desapareció. Bianca dejó escapar un suspiro.

iTenía un amigo! Estaba sumamente feliz. Saltó hacia la habitación y dio vueltas como loca hasta que se arrojó hacia el escritorio y se puso a leer los papeles que Arys había estado corrigiendo. Se fijó en las correcciones y los detalles; el joven tenía una letra pulcra y de caligrafía refinada. ¿Había recibido una buena educación? Parecía la letra de un joven noble, más que la de un niño callejero. Dijo que procedía de Asabant, era una provincia del Sur, bastante pintoresca, Bianca solo había visto pinturas de la región en la sala de mapas que su padre tenía en su casita en Weiss.

Bianca tomó consciencia de la falta que le hacía tener a alguien con quien hablar. Extrañaba a su madre, extrañaba a su padre, y ahora, extrañaba a Arys. Lo extrañaba a la vez que envidiaba su libertad, esa capacidad

acrobática tan destacada. ¡Era como un príncipe que venía a rescatarla de su terrible prisión de aburrimiento! Sacudió la cabeza para alejar los pensamientos tontos de su mente, pues debía tener sumo cuidado, si alguien los descubría, de seguro le harían daño a Arys, quizá hasta lo entregaran a la guardia.

Sacudió la cabeza una vez más, y revolvió los papeles en busca de sus anotaciones, solo para poder distraerse en algo. Pero no podía. No podía dejar de pensar en su nuevo amigo y de todas las historias que le había contado. Ansiaba conocer la ciudad, y el mundo que la rodeaba. Pero estaba atrapada en aquel monasterio, hasta que su padre volviera a buscarla.

Si es que volvía.

Lo cual planteaba un nuevo inconveniente. Si su padre nunca volvía a rescatarla, quedaría atrapada en el monasterio para siempre, convirtiéndose en una hermana de la iglesia de la Luz Radiante. Ese, era su mayor temor.

Pero ahora existía una nueva alternativa. Ya habían pasado dos años desde que los sirvientes de su padre la habían confinado a aquella prisión en la abadía; si su padre no volvía pronto, Bianca escaparía, y se iría lejos. Quizá le pidiera a Arys que le ayudara a escapar. "¡Si!" – Pensó con renovada convicción – "Eso es lo que haré"

Convencida de que tenía otras alternativas, Bianca se entretuvo con sus libros. Y así paso la media tarde, y esperaría allí hasta el retorno de su amigo. Quizá cuando volviera, podrían hablar más sobre historia de Andrade y de la familia Valyant.

## Capítulo 8 – Decisiones

En la calle principal del barrio de la Escalada, Arys se detuvo frente a la puerta de una posada. El cartel traqueteaba empujado por el viento. Era un cartel de madera barnizada, con la forma de un oso con un ojo ciego. Rezaba "El Osos Tuerto", y Arys entró sin reparos.

Cuando el tabernero lo vio entrar dio un grito ahogado, como si la peste hubiera entrado por la puerta. Le lanzó un par de gritos ininteligibles y azotó la barra con una vara de madera, pero Arys no se amedrentó en absoluto, es más, lo ignoró y siguió avanzando hacia las mesas abarrotadas de personas.

Entonces el hombretón salió de atrás de la barra y avanzó amenazante hacia el muchacho. Justo en el momento en que estaba por alcanzarlo con la vara de madera, un grito amortiguado se escuchó desde las mesas del

fondo.

Un individuo encapuchado alzó la voz y tanto el tabernero como la multitud se quedaron en el más absoluto silencio. Fue como si el tiempo se congelara. Pero el hechizo duró solo unos instantes, y entonces, lentamente, el tabernero retrocedió a regañadientes, y los parroquianos volvieron a sus bebidas y sus tarros de estofado humeante.

-Hola – dijo el hombre, dirigiéndose a Arys - ¿Gustas sentarte con nosotros?

No era el mismo hombre que lo había invitado a la taberna aquel día en la colina, sino uno de sus acompañantes, pero su voz era amable y tenía un acento sureño que le resulto familiar. ¿Era de Asabant? No, de Morays. Lo guio hasta la mesa donde otros dos hombres los aguardaban. Uno de ellos era un hombre de barbilla afilada que acababa en una barba de chivo, la cual acariciaba mientras lo observaba con sumo interés. El otro, era aquel individuo de la colina, el que se le había acercado. Faltaba uno, pero supuso que estaría en otro lado, y le quitó importancia. Los tres hombres vestían túnicas negras y rojas, y portaban espadas variadas, que ocultaban en sus vainas.

-Bienvenido – lo saludo el hombre de la colina – Soy Caleb, de la casa del Duelo.

Asintió y los otros dos lo saludaron con la cabeza.

-Mi nombre es Assad – saludo el hombre de barba afilada – Tienes potencial muchacho, puedo verlo.

-Y mi nombre es Lokar – dijo el sureño bonachón – Espero estés cómodo, ¿quieres comer algo muchacho?

Arys asintió con alegría, no iba a rechazar una comida gratis, a pesar de ya haber almorzado una manzana y un poco de queso y pan.

Se sentó en un taburete, mientras Assad y Caleb lo observaban con atención.

-Bueno, como verás, aún estamos aquí – le dijo Caleb en tono jocosos – Y supongo que no iremos a ningún lado en estos días. Aún hay tiempo para que resuelvas tus cosas, antes de venir con nosotros – le sonrió afablemente – Si es lo que quieres, claro –añadió Assad, interrumpiendo.

Arys asintió, y Lokar le puso un pote de estofado caliente y lleno de especias sureñas, lo cual, fue un detalle que agradeció. Se puso a devorar la comida, mientras Caleb le explicaba ciertas cosas sobre la escuela del

loto Rojo.

-No somos como nos pintan en las historias – explico con seriedad, mientras Assad acompañaba sus palabras con leves asentimientos – No somos una orden secreta, ni somos asesinos. Somos guardianes de Andrade, y somos seguidores de la Senda del Duelo.

-La senda del Duelo comenzó hace muchos, muchos años, con la creadora de nuestra escuela. La llamaban Mila, el Loto Rojo – añadió Lokar, en aquel tono solemne y bienintencionado- Mila fue la primera en conseguir descifrar el arte de la espada, y compuso en armonía su arte, en la cima de una montaña en el sur, llamado el Pico de Ream.

-Así es – asintió Assad – Y desde entonces, sus discípulos se han congregado allí y siguen transmitiendo de generación en generación el Arte de la senda del Duelo.

Arys asintió pensativo, tenía muchas dudas y quería aprovechar para subsanarlas.

-¿Y porque la Senda del Duelo? – preguntó frunciendo el ceño.

-Buena pregunta – dijo Lokar – Es una historia triste, y preferiríamos contártela cuando veas nuestra escuela, si es que deseas ir con nosotros claro. ¡No queremos obligarte! Pero nos preocupa que tu talento se desperdicie.

-En efecto – añadió Caleb solemne – Piénsalo, tienes mucho potencial, y nosotros podríamos convertir ese potencial en algo aún más grandioso.

Arys volvió a asentir, y se le cruzo por la mente su encuentro con Bardyr, de los Kataari. Quiso saber si los rumores de su enemistad con el Loto Rojo eran ciertos, así que se arriesgó un poco y presionó a sus interlocutores.

-¿Y que hay con los Kataari? – Preguntó de súbito – Estoy más familiarizado con su estilo de la espada, el Kataär.

Caleb asintió, mientras que Assad arqueó una ceja y Lokar carraspeó.

-Lo sabemos, te hemos estado observando – confesó Caleb con seriedad – Desde hace unos días.

Arys arqueó una ceja, mientras revolvía con un trozo de pan el fondo del cuenco de estofado. No le extrañaba que lo hubieran estado vigilando.

-Y sabemos – agregó Assad – que una mujer de los Katari se te ha

presentado.

Arys asintió y conservo la calma, se esperaba que hubieran descubierto eso, lo que no se esperaba era que los tres se miraran y sonrieran al unísono.

-¿Y cómo era? – Preguntó Lokar- Danos detalles muchacho.

-¡Lokar! – lo reprendió Caleb, dándole un golpe no tan discreto por debajo de la mesa.

-¿Qué? – Se quejó el hombretón sureño – Tengo curiosidad ¿es verdad que visten como hombres?

-Eso parece – confirmó Arys – al principio pensé que se trataba de uno de ustedes.

Lokar lanzó una carcajada monumental y suscito la mirada curiosa de varios de los presentes. Assad sonrió discretamente y Caleb resopló ofuscado, lo miró fijamente y le indico que se acercara un poco. Arys se arrimó y el hombre se inclinó para hablarle en un susurro.

-La verdad es que hemos venido a averiguar que se traen entre manos los Kataari ¿Estas al tanto del conflicto entre nuestras dos escuelas, verdad?

Arys asintió, sabía que la rivalidad entre los Kataari de la tempestad de acero y los Hermanos de la casa del Duelo existía desde siempre. Pero también sabía que ambas escuelas de espadachines estaban implicadas de alguna forma o relacionadas con el disparador de la guerra civil, es decir, la muerte del Rey de Andrade.

-Bueno, mira... voy a serte sincero – le dijo Caleb, mientras los otros dos hombres adoptaban una actitud seria y comedida – Estamos aquí para averiguar sobre los conspiradores Kataari, y buscamos pruebas de su implicación en el asesinato del Rey de Andrade – el hombre miró por el rabillo del ojo, a un cuarto individuo que le hacía señas desde la puerta de la taberna – No quiero decirte lo que tienes que hacer muchacho, pero, me gustaría que pase lo que pase, tuvieras cuidado con ellos – su voz denotaba absoluta seriedad y Arys apreció cierta premura en el tono del hombre, como si su preocupación por él fuera genuina – Prométeme que tendrás cuidado.

-Lo prometo – aceptó Arys, y miró a Assad y Lokar, los cuales asintieron.

-Bien, me retiro – miró a Lokar y Assad y se levantó – cuídate muchacho. Y ustedes dos, ya saben qué hacer.

Arys se quedó de improvisto con los dos hombres del Loto Rojo que le sonrieron afablemente. Lokar le ofreció más comida pero Arys la rechazó, por primera vez en mucho tiempo, estaba realmente satisfecho, en más de un sentido. Assad se puso a explicarle un par de las cosas menores sobre la escuela del Loto Rojo y cuáles eran sus reglas, y Lokar le contó que, efectivamente, su provincia natal era Morays, y se mostró gratamente sorprendido de que Arys fuera de Asabant.

Continuaron charlando por más de una hora, conociéndose mejor, y aunque Arys omitía ciertos detalles sobre su familia, les confesó como había acabado viviendo en las calles de Astur. Assad sorprendió tanto a Arys como a Lokar al revelar que él también había quedado huérfano, hacia unos treinta y ocho años y por motivos similares a los del joven.

-No pareces tan viejo – le dijo Lokar con cierto descaro.

-Es porque me conservo bien, gracias por el cumplido – respondió Assad con una sonrisa misteriosa.

Finalmente Arys les dijo que debía irse, y Lokar se mostró bastante dolido, y le suplicó que se quedara otro rato. Pero cuando les contó que tenía una cita con una amiga, los dos hombres sonrieron con picardía y rieron bonachones. Comenzaban a agradecerle. Quizá los acompañara después de todo.

Cuando salió de la taberna Lokar le dio un apretón de manos intenso y un golpe amistoso en la espalda que casi lo hace trastabillar. Assad había desaparecido de la vista, pero cuando Arys estaba a punto de partir, reapareció y traía consigo un fardo de telas dobladas.

-Eran del hijo del tabernero – explicó mientras se las daba a Arys – pegó el estirón esta temporada y ya no le sirven, están casi nuevas.

Arys no sabía que decir. Dudaba mucho que las ropas fueran un regalo por parte del tabernero, y miró agradecido a los dos hombres sonrientes, mientras se apresuraba por ponerse el atuendo, que consistía de una camisa de lino azul clara y unos pantalones borgoña. Se colocó su viejo cinto con la espada y se miró los pies descalzos.

-Te vendría bien un buen baño – le dijo Lokar con un guiño – pero te ves bien, habrá que hacer algo con esos pies.

-Mejor así, no estoy acostumbrado a usar calzado – confesó Arys, y, por alguna extraña razón, se sintió avergonzado.

Se despidió y se fue a toda prisa a encontrarse con Papa Grillo, quería contarle lo que había sucedido antes de irse con los hombres del Loto Rojo. No quería irse sin despedirse del viejo, después de todo, había sido

bueno con él, y, en cierto modo, le quería.

Al llegar a los barrios bajos, tardó poco más de media hora en encontrar al viejo. Estaba en una esquina de la plaza del mercado, probablemente esperando a algún contacto que le trajera mercancía. Cuando lo vio acercarse se le iluminaron los ojos.

-¡Hey! ¡Mírate nada más! – Le dijo sorprendido - ¡Estas hecho un señorito!

-Hola viejo Grillo, ¿Cómo has estado?

-Mal, pero acostumbrado –dijo con una sonrisa afable – ¿Y tú? ¿De dónde sacaste esas prendas?

Arys le contó todo en lo relativo al Loto Rojo. Sobre Caleb, Assad y Lokar, y sobre lo amables que habían sido con él. También le contó sobre Bardyr, y su conversación acerca del bien y el mal, y la rueda del destino. Cuando terminó su historia, Papa Grillo se quedó pensativo unos momentos, luego caminó hacia el callejón y le indicó a Arys que lo siguiera.

-Sabes – le dijo mientras caminaba lentamente – me temía que este día llegara, pero... por otro lado, estoy feliz, porque tienes una oportunidad para irte de la ciudad, dos de hecho. ¿No es acaso lo que querías? – le preguntó arqueando las cejas inquisitivamente.

-Sí, bueno... no lo sé – Arys pensó en Bianca, su nueva amiga. Si se iba, la abandonaría, quizá para siempre. Pensó en su confinamiento solitario en aquel monasterio.

-¿Hay algo que te molesta? Temes tomar la decisión incorrecta, ¿verdad?

-Conocí a alguien – confesó Arys deteniéndose a mitad del callejón – Una niña.

-¿Eh? No me digas – el viejo le sonrió - ¿Y cómo es?

-Es como yo... es decir... está sola también – le explicó con voz queda.

-Ah, ya – el viejo asintió y le dio unas palmadas en la espalda – Has hecho una amiga, justo en un momento difícil. Pero no tengas miedo, pues, si congeniaron una vez, bien podrían hacerlo más adelante. Siempre podrás venir a visitarla, ¿no es así?

-No lo sé – respondió Arys. Ahora que lo pensaba, había perdido de vista su objetivo principal: encontrar a los culpables del asesinato de sus padres

y llevarlos ante la justicia.

Era tal como Bardyr le había dicho. La rueda del destino no se detenía nunca, y las decisiones que tomara alterarían el curso de su historia para siempre. Quizá fuera un error irse con el Loto Rojo, y quizá fuera un error buscar a Bardyr hasta encontrarla y suplicarle que le enseñe el camino del D'éjaree y el Kataar. Tomó su cabeza con ambas manos e intentó serenar sus pensamientos, mientras Papa Grillo lo miraba de reojo.

-Bueno, ya muchacho – le palmeo el hombro – no dejes que te afecte tanto. ¿Qué tal si vas a ver a esa tal Bianca y le cuentas lo que sucede? Hay muchas formas de mantener el contacto hoy en día ¿Qué tal por correspondencia? ¿Hmm? Sabes escribir, ¿verdad?

El muchacho asintió, y se despidió de Papa Grillo, prometiendo volver a verlo una vez más antes de irse. Luego partió hacia una calle lateral, y desapareció por una esquina.

El viejo lo miró partir, con una sonrisa triste. Su corazón pesaba, pero se sentía feliz por saber que el muchacho podría salir finalmente de las calles.

## Capítulo 9 – Reencuentro

Arys corrió por las calles de Astur a toda velocidad. Los escaparates de los tenderos pasaban como borrones a ambos lados, mientras buscaba el camino hacia los tejados cercanos a la abadía. Siguió corriendo hasta que encontró una polea con montacargas pequeño, que los peones utilizaban para bajar los fardos desde los almacenes. Salto sobre la plataforma y pisó la palanca, y la polea rechino, tirando de la soga con fuerza e impulsando la plataforma con Arys sobre ella hacia arriba.

El joven saltó y cayó sobre el tejado de uno de los almacenes, riendo a carcajadas, mientras uno de los peones le vociferaba una sarta de imprecaciones. Corrió y corrió, pisando las tejas con sus pies descalzos. Salto entre los paredones, y finalmente llegó a la casa frente a la ventana de la abadía. Y, como era temprano para la hora señalada, pensó que Bianca no estaría allí, pero se equivocaba. Podía verla a través del cristal de la ventana, moviéndose con nerviosismo de lado a lado de la alcoba.

Decidió dar una vuelta por los alrededores para hacer tiempo, así que continuo su recorrido por los tejados, tal y como lo hacía habitualmente. Esquivo una chimenea en su trayecto por la vertiente de un techo a dos aguas y saltó hacia el tejado contiguo. Las ropas nuevas le molestaban un poco, pero no le impedían moverse con libertad, así que caminó de aquí para allá, pensativo, meditando cuales eran sus opciones.

Y, mientras caminaba por los tejados, no sintió que lo vigilaban.

Desde otro de los tejados, uno de los compañeros de Bardyr, K'tara, lo observaba con ojos astutos y llenos de malicia. Observó el trayecto que hacía durante casi toda la tarde, y estuvo observándolo desde que Bardyr se le había aproximado el día anterior. El muchacho no le agradaba en absoluto, y no entendía el interés que los demás tenían por él. Para K'tara, el joven era un estorbo, y merecía ser eliminado. Pero ahora, mientras vigilaba al joven, había dado con el objetivo de su búsqueda. Y, al parecer, también los Hermanos de la casa del Duelo.

Al otro lado de la calle, uno de los encapuchados en negro y escarlata lo observaba con precaución, si miedo de mostrarse abiertamente. Así lo hacían los del Loto Rojo, no tenían necesidad de ocultarse en las sombras, pues confiaban demasiado en sus números y en sus habilidades, y K'tara pensó que esto era una estupidez. Saludó a su rival con una inclinación de cabeza, y el hombre encapuchado esgrimió una sonrisa enigmática. Sabía que tenía que huir ahora, así que se dejó caer, y corrió por el callejón. Cuando estaba por llegar a la salida, una figura encapuchada le cubrió el paso.

-¿Vas a alguna parte? – le dijo con un acento sureño.

K'tara no se detuvo, y el hombre desenvainó su espada curvada. El Kataari saltó hacia un fardo de bolsas y se impulsó contra la pared, para subirse nuevamente al techo.

-¡Ven aquí canalla! – le espetó el hombretón.

El espía lanzó una carcajada y continuo corriendo, saltó hacia uno de los tejados cercanos, y ni bien puso el pie en él, dos hombres más lo rodearon, con sus espadas desenvainadas. K'tara extrajo una pequeña esfera de su bolsillo y la arrojó contra las tejas. La esfera estalló y produjo una humareda negra y espesa.

Y mientras los hombres tosían y lo buscaban entre el humo, K'tara los evadió y corrió a avisarle a los demás. Esa noche debían actuar, antes de que el Loto Rojo continuara entrometiéndose.

Arys, que en ese momento estaba ocupado pensando en que iba a decirle a su nueva amiga, no notó lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Distinguió la humareda a lo lejos, pero no le dio la menor importancia. Ya estaba de nuevo en los tejados de los alrededores del monasterio. Eran casi las ocho, un poco temprano, pero supuso que a Bianca no le molestaría. Tomó una piedrecilla y la arrojó hacia la ventana. De inmediato, Bianca apareció y abrió los ojos sorprendida. Arys la saludo y

saltó hacia la muralla del monasterio.

-¿Qué haces aquí tan temprano? – le dijo en voz queda – ¡Espera! – se volvió hacia el interior de la habitación y fue hasta la puerta de servicio, pegó la oreja a la puerta y cerro el pestillo. Volvió hacia la ventana y le hizo señas para que pasara.

Arys saltó y se subió al alfeizar, luego se impulsó hacia adentro.

-Lo haces ver demasiado fácil – le dijo Bianca, un poco quejándose un poco en broma. Le echo una mirada de arriba abajo y sonrió al ver que tenía la cara cubierta con hollín nuevamente – Espera deja que te limpie.

Volvió a limpiarle el rostro con el paño y el muchacho estornudo, haciendo que Bianca saltara sorprendida. Ambos miraron con cautela hacia la puerta de servicio, pero no se escuchó ningún sonido.

-No te preocupes – le dijo Bianca en un susurro – La hermana Grethel no está en su alcoba, creo que esta abajo en la capilla, y se quedará allí unas dos horas más.

- Mejor así – Arys le sonrió y se acercó al escritorio – ¿Has estado estudiando historia de nuevo?

-Ahá, mira, encontré un par de cosas interesantes sobre la fundación de la Iglesia, creo que las hermanas lo pasaron por alto cuando me dieron los libros, algunos detalles son escabrosos.

-¡No me digas! – Arys arqueó las cejas divertido, hacía mucho que no leía un libro, así que le pareció una buena idea echarle un ojo a aquellos escritos – Hmm , Varamar Fells realmente es un historiador aburrido – le dijo mientras ojeaba el pesado volumen - prefiero a Anton Saffo, es la diferencia entre comer una manzana arenosa y una dulce y crocante.

-Ah, casi lo olvidaba – dejó escapar Bianca, mientras caminaba hacia el pequeño taburete de madera. Se trepó al mismo y fue hasta la parte superior de su armario, de donde extrajo una pequeña bolsa de tela – Mira lo que conseguí – le mostró el contenido de la bolsa, eran manzanas de color rojo escarlata y parecían sumamente apetitosas.

Se pusieron a comer las manzanas mientras hablaban sobre cosas banales. Discutieron sobre ciertas preferencias de los historiadores por utilizar la versificación poética para describir las batallas, y rieron burlándose de las exageradas producciones sobre la Guerra de Corint, que uno de ellos había descrito a través de una balada que carecía por completo de sentido estético.

-Son terribles – dijo Bianca entre risitas – Creo que cualquier bardo preferiría comerse su propio laúd antes que cantar estas baladas.

-¡Sí, ha, ha! – Arys se estaba divirtiendo como nunca y cuando Bianca comenzó a recitar uno de los poemas, fingiendo afectación y gesticulando exageradamente casi se cae del banquillo del escritorio - ¡Para, para ya por favor! – le dolían las costillas y Bianca también estaba colorada de tanto reírse.

-Bueno, está bien – aceptó dando un largo suspiro y secándose las lágrimas le dedico una enorme sonrisa al muchacho - ¿Y qué cuentas de nuevo? – le preguntó para cambiar de tema.

-Ah, hmm – Arys dudó, no quería contarle aún a Bianca que era posible que partiera pronto de Astur – Nada interesante , quiero hacerte una pregunta, Bianca ¿a ti te dejan escribir? ¿Enviar cartas?

-¿Correspondencia? – Bianca arqueó las cejas sorprendida por la pregunta – Nunca he tenido nadie a quien escribir, pero sé que las hermanas mantienen correspondencia con su familia al menos una vez por semana... aunque yo no sé si pueda – agregó de pronto, pensando en el abad y en el incidente del otro día en el patio.

-¿Por qué no habrías de poder hacerlo? – Inquirió Arys un tanto disgustado – no es justo que las hermanas puedan y tú no. ¡No eres su prisionera! – agregó indignado.

-No, no lo soy – admitió Bianca suspirando – Pero en cierto sentido, no puedo tener contacto con el mundo externo, podría ser peligroso para mí.

-¿Y eso por qué? – quiso saber Arys.

Bianca temía este momento. No podía decirle la verdad. Por más ganas que tuviera de contarle todo a su nuevo amigo ¿podía confiar en que mantuviera el secreto? Los segundos pasaron y un silencio incómodo se alzó entre los dos, separándolos como un gran abismo. Bianca escuchó al muchacho respirando agitadamente, esperando una explicación, sus labios se movieron, deseando tener palabras que pudieran franquear la distancia, palabras honestas que explicaran la verdad de su situación. Pero no podía, no aún.

Decidió guardar silencio y Arys volteó incómodo hacia la ventana. Se resopló con fastidio y se rasco la cabeza, luego volteo a mirarla con esos ojos como cuchillas de hielo y le dijo:

-Es posible que parta mañana, lejos de Astur.

A Bianca se le hizo un nudo en el estómago. ¡Se habían conocido hace tan poco! Y ahora Arys se iba a ir lejos, y la abandonaría, igual que su padre, y su madre. Sintió aflorar las lágrimas y Arys se movió hacia ella, balbuceando, no sabía cómo consolarla, ella se puso de pie apartándose de él. De pronto, a lo lejos, el sonido de un trueno. No, de una explosión, cortó el silencio como un cuchillo. Arys se puso en alerta y corrió hacia la ventana, mientras que Bianca enjugó sus lágrimas, y miró hacia la puerta desorientada. Abajo se escuchaba gritar a las hermanas, y al Abad Francis, que vociferaba dando órdenes.

-¿Qué fue eso? – preguntó Arys, intentando vislumbrar que es lo que ocurría.

Bianca escuchó el traqueteo de unas sandalias por el pasillo, y supo que la hermana Grethel regresaba. Abrió los ojos con gran pánico y tomó a Arys del brazo, arrastrándolo hacia el armario. El joven no tuvo tiempo de preguntar, Bianca le puso la mano sobre la boca y lo empujó dentro del mueble, cerrando la puerta con fuerza, justo en el momento en que la hermana Grethel abría la puerta de par en par.

-Oh, señorita, es terrible, ¡Terrible! Debemos irnos de inmediato, no hay tiempo... ¡deje sus cosas, sígame a prisa! – la tomó de la mano y la arrastró fuera de la habitación. Dentro del ropero, Arys escuchó el sonido amortiguado de la voz de la hermana, pero pudo entender el pánico subyacente detrás de ellas, algo había pasado, y la niña, si no todos en el monasterio estaban en peligro.

Pateó con fuerza la puerta del mueble, y el armario se abrió de golpe. Salto hacia el suelo y su espada de prácticas golpeó el parque de la habitación. Fuera se escuchaba un gran bullicio. El griterío de las hermanas y del Abad, mezclado con un sonido que Arys no escuchaba hacía tres años, pero que supo reconocer casi de inmediato. ¡Era el sonido de aceros entrechocándose! Corrió aprisa, sin dudarlo, hacia la puerta abierta de la habitación. Cuando salió al pasillo, divisó la figura de la hermana que arrastraba a Bianca, la niña volteó, las lágrimas y el miedo habían transformado su bello rostro, y Arys sintió algo que nunca había sentido en su corta vida. Terror, absoluto y total. El temor por alguien a quien apreciaba.

Corrió como el viento. Jamás había corrido tan rápido. Atravesó aquel pasillo como una saeta, volcando unos cuantos floreros y un par de estatuas del Portador de la Luz. Giró donde la hermana y Bianca habían desaparecido y se encontró con el descanso de una gran escalera en espiral. No había vuelta atrás, descendió a toda prisa, y se encontró con otro pasillo alargado, que se abría en dos direcciones. No sabía a donde ir, no sabía en qué dirección correr. Escuchó el entrechocar de los aceros y las voces enardecidas de los combatientes, y también los gritos de las

hermanas que huían asustadas.

¿Hacia dónde? Estaba paralizado. Izquierda, o derecha. Segundos después, escuchó un grito. ¡Bianca! ¡Hacia la derecha! Sus pies se movieron por instinto, y corrió en aquella dirección, listo para ir en rescate de su amiga.

10 – Espadas en la noche

La novena campanada sonó. O mejor dicho, hubiera sonado, de no haber sido por la explosión en la torre del campanario. La abadía entró en el más absoluto caos. Y las hermanas corrieron a buscar agua al pozo, tal y como K'tara había planeado.

-Se te ha ido la mano – lo reprendió Bardyr – Te dije ¡una pequeña distracción! ¡Pedazo de idiota!

-¡BASTA! – Desde las sombras surgió una figura imponente, era un hombre de tez morena y barba alargada - Centraos en la tarea que les encargue.

-Sí, Maestro Sargad – Bardyr y K'tara hicieron una señal con el brazo.

-¡Ha llegado la hora! – Sargad señaló hacia la abadía -K'tara, Bardyr y Loor, busquen a la niña, Colsom y yo iremos a por los del Loto Rojo.

-¿Crees que aparezcan? – preguntó un Loor, un hombre de tez blanca, con una gran cicatriz cruzándole el rostro.

-No lo sé – le respondió Sargad – Pero apresuraos, Arla y Talya solo podrán entretener a la guardia por una hora o dos.

Todos asintieron y saltaron usando las cuerdas hacia el patio de la abadía.

Sargad y Colsom fueron hacia el este, hacia el interior del patio, mientras que K'tara, Bardyr y Loor penetraron en el monasterio. Pocos instantes después, se escuchó al abad gritar, y las hermanas descubrieron a los intrusos.

Desde la oscuridad, el Loto Rojo observaba la situación con detenimiento. Varias sombras se movieron por los tejados, impacientándose a cada segundo.

Caleb, Assad y Lokar observaron con detenimiento desde la entrada de la abadía. Desde adentro les llegó el sonido del griterío.

-Ya, Caleb – instó Lokar, con su espada curva en la mano y listo para entrar en combate – ¡Démosle su merecido a esos bellacos!

Caleb alzó la mano, y fijo la mirada hacia el tejado de la abadía. Desde lo alto, un pequeño parpadeo de luz le indico que todos estaban en posición. A su vez, respondió con un pequeño espejo, haciendo rebotar la luz de una farola cercana. Vio como tres figuras encapuchadas descendían, hacia la oscuridad del patio lateral.

-¡Ahora! – Indicó, desenvainando la espada - ¡A por ellos!

Assad y Lokar asintieron y cargaron juntos contra la puerta de la abadía. La puerta se salió de sus goznes y calló con un sonoro restallido de latón.

-¿Hacia dónde fueron? – preguntó Assad, cuando una figura encapuchada en negro y escarlata les salió al paso.

-Son demasiados, debemos detenerlos – les dijo el encapuchado - ¿Órdenes, Gran Maestro? – volteó hacia Caleb, cuya mirada resoluta estaba enfocada en la torre del campanario.

-Assad y Lokar, a la torre, ayuden a las hermanas a apagar el fuego, luego, reagrupense con Tyo y Arnus – Luego tomó al encapuchado y lo condujo aparte, le murmuró unas palabras, este asintió y lanzó dos largos silbidos hacia la oscuridad.

-¿A dónde vas? – Le preguntó Assad agitado – No estarás pensando en...

-Debo hacerlo, el muchacho está en peligro – respondió Caleb.

-No es buena idea – susurró Lokar – pero ten cuidado – y asintiendo, arrastró a Assad consigo, que alcanzó a murmurar “Ten cuidado”, antes de desaparecer tras una arcada de piedra.

Caleb contempló las posibilidades, maldijo por lo bajo cuando uno de sus hombres le llamó la atención desde lo alto de un balcón.

-¡Mathos y Bryanna han entablado combate con los Kataari!

-¡Ve a ayudarlos! Yo iré a por su líder.

Así comenzó la batalla en la Abadía de Astur. Espadas en la noche, y dos facciones rivales, en busca del mismo objetivo.

Mientras tanto, Arys corría hacia Bianca, quien luchaba desesperadamente por soltarse de la presa de un hombre encapuchado, vestido de negro y azul. El hombre estaba armado con una larga espada, y Arys lo reconoció de inmediato. Un Katari, de la Tempestad de Acero. La Hermana Grethel

sangraba en el suelo, mientras se arrastraba lentamente hacia Bianca. Era una escena horrible. En ese momento, el hombre alzó la vista hacia Arys, y algo dentro del muchacho se quebró. Todos esos años, expuesto, desolado y abandonado a su suerte en Astur; la muerte de sus padres, el grito de Bianca y la sangre roja corriendo por el suelo, tal como aquella noche, en que había huido de Assabant. ¡Basta! – Gritó una voz dentro de él - ¡Pelea! ¡Detenlo!

Se quebró. Mientras desenvainaba su espada de madera, sintió que algo dentro de él se caía a pedazos. Se sintió liviano, veloz. Sus pies apenas rozaron el suelo mientras cubría la distancia que los separaba. Su voz fue una vorágine, un único grito, y el rostro sorprendido del hombre se alzó, al tiempo que levantaba su arma. Una espada verdadera. Pero Arys no fue por la espada, se lanzó en picado hacia los miembros inferiores del hombre, se deslizó y golpeó. Golpeó con una furia que no era propia de él, pero golpeó hacia los puntos vitales, el nervio ciático del hombre. El individuo lanzó un grito y soltó a Bianca. La niña abrió sus grandes ojos como zafiro, pero Arys no podía verlos, no podía ver nada. Solo veía el resplandor escarlata de la llama y la sangre, y su furia rompió las barreras de la inocencia, de la infancia. Romper el viento, quebrar el juramento, la danza de la luna. Repitió una y otra vez los golpes que su padre le había enseñado. EL hombre de los Kataari respondió con Azote de Irmyr y Hélice danzante. Sonrió despectivo ante la técnica básica y poco pulida de Arys, pero este no se amilano, aumento la velocidad, y fue un borrón, una chispa en el viento. El hombre alzó la guardia, pero Arys golpeaba desde abajo. El espadachín no estaba acostumbrado a que un niño le diera pelea.

El hombre cayó de rodillas, y Arys quiso rematarlo, pero volvió en sí. El hombre se limpió la sangre de la boca. El momento había pasado. Había perdido su cadencia, su furia se había enfriado. Tomo a Bianca del Brazo y corrió, arrastrando a la niña consigo.

Corrieron por el pasillo, y doblaron en una esquina. A la derecha, vieron la torre del campanario en llamas, y a varias figuras encapuchadas peleando encarnizadamente. Frente a ellos, dos encapuchados del Loto Rojo, una mujer y un hombre, peleaban contra tres Kataari. Arys los esquivó, pero uno de ellos atisbo movimiento y los siguió con el rabillo del hombro. Al girar en una esquina, Bianca estaba sumamente agitada, y Arys se detuvo para que tomara aire.

-¿Por dónde? – Preguntó Arys- Debemos ocultarnos.

-Por allí – le indico Bianca resollando – A la capilla.

Lejos, en el atrio, Caleb luchaba contra Sargad. Ambos dos, Maestros de la espada, ambos dos, sin ceder terreno al otro. Caleb sonrió, hacía mucho tiempo que no luchaba contra Sargad, el tiempo había sido ingrato

para con los dos.

-Ya estamos viejos para esto ¿no es así? –le espetó Sargad, como confirmando sus pensamientos.

-¡Detén esta locura Sargad! ¡Ya basta de pelear! – Le imploró Caleb – Ambos tenemos el mismo objetivo, no dejes que las viejas costumbres se conviertan en fanatismo.

-¿Fanatismo? Me decepcionas Caleb, tu maestra te enseñó mejor que esto –entrechocaron espadas y las chispas volaron, refulgiendo en la oscuridad. Alrededor de ellos, los gritos se iban aplacando, pero el entrechocar de espadas hacía eco en la noche como el sonido de una gran maquinaria – Así son los designios del destino, y La Primera Espada debería saberlo.

Caleb esgrimió su espada curva y lanzó una estocada y Sargad desvió el golpe giró y atacó. Caleb esquivó el corte y se puso en guardia a cierta distancia.

-La Primera Espada sabe bien lo que hace, a diferencia de ustedes, que pretenden librar todo al azar, dejando que el destino siga su curso. ¡Pero interviniendo no limpiarán su nombre! – le gritó mientras Sargad daba vueltas a su alrededor, buscando un punto ciego - ¿No lo entiendes? Los están manipulando, y tu Sargad, mejor que nadie, deberías ver a través de humos y espejo.

-El azar es la fuerza del D'ejaree, es la rueda que gira eternamente, Caleb , no puedes luchar contra la fuerza del destino, así como no puedes pelear contra la marea.

-Y tú estás a la deriva, Sargad, como una barca sin timón, como un perro en medio del desierto! – se lanzó de improviso, curvando su cuerpo en el aire, su capa trazo una gran espiral, y cuando Sargad atacó, se encontró a si mismo golpeando un trozo de tela vacío – Estoy aquí – gritó alguien a sus espaldas. Sargad se giró rápidamente, pero no lo suficiente. La sangre salpicó el suelo de roca del atrio.

El Maestro de los Kataari se tambaleo, aferrándose al costado de su rostro. Su mejilla tenía un corte profundo. Le sonrió a su rival y exhibió con orgullo su herida.

-Esta es la diferencia entre nosotros, Caleb, el compromiso. Yo te hubiera matado, pero tú, no estás preparado para sangrar por tu causa, así como tampoco lo estas para matar.

-Pues entonces, el D'ejaree no te ha enseñado nada, Sargad.

En ese instante, una serie de silbidos agudos se escuchó, y Sargad miró hacia la oscuridad con expresión de triunfo.

-¡No! – Gritó Caleb, mientras Sargad lanzaba una bomba de humo al suelo  
- ¡Vuelve, cobarde! ¡Enfréntame!

Sargad lanzó una carcajada, mientras Caleb circundaba el área, buscando a su rival, lanzando estocadas al aire.

Bianca y Arys encontraron su escondite. Abrieron la puerta de un empujón y entraron en la capilla de la Luz Radiante. Dentro, seis hermanas estaban agolpadas en un rincón, sollozando desconsoladamente. Arys empujó uno de los bancos y atranco la puerta. No sabía de donde había sacado la fuerza para mover el pesado banco, pero no le importaba en absoluto.

-Shh – les indicó a las hermanas – Cállense.

Atravesó la habitación y espió por la rendija de una de las ventanas. Afuera, el combate continuaba. Había varios cuerpos tirados en el patio. No alcanzaba a distinguir de qué facción eran, y un súbito temor se apoderó de él. Pensó en Assad, en Caleb y en Lokar, y también en Bardyr. Nunca había sido religioso, pero volteó a mirar la estatua imponente del Portador de la Luz, con la antorcha los ojos ciegos y la mano sangrante en señal de paz, y le pidió a quien quiera que pudiera oírlo, que ninguno de sus amigos resultaran heridos.

Bianca tironeó de su manga. Sus ojos estaban inundados en lágrimas. Se arrojó contra su pecho y Arys la abrazó con fuerza –Shh, tranquila, aquí estamos a salvo.

-No – una de las hermanas alzó la voz – No lo estamos. Todos estamos condenados, y es por culpa de esa mocosa – señalo a Bianca con un dedo tembloroso – La madre superiora se equivocó al acogerte, niña ingrata, itodo esto es tu culpa! – la mujer le gritó con todas sus fuerzas, y Bianca se puso detrás de Arys.

En ese momento, el muchacho se puso en alerta y alzó la espada de madera. Sintió movimiento detrás de la puerta de doble hoja. Se escuchó un rechinar de acero, y la banca que cubría la puerta se partió, las puertas se abrieron lentamente y una espada emergió de entre la unión de las dos puertas. Detrás de la espada, apareció un hombre joven, de rostro afilado y mirada despiadada. Sonrió al ver a Arys y su postura defensiva.

-Ah, miren al gran espadachín- se burló con una sonrisa de lobo- icon su

espada de madera!

-¡Atrás, Bianca! – Arys se interpuso, pero el hombre fue más rápido, y el joven no estaba preparado. Se escuchó un chasquido y de su espada solo quedó la empuñadura. El hombre no terminó ahí, y le propinó una patada en el estómago, arrojándolo con fuerza contra las bancas de la capilla. La oscuridad se lo tragó. Un dolor rojo y agudo se alzó desde atrás de su nuca. Escuchó un grito, y vio al hombre alzar a Bianca como si fuera una bolsa de papas.

Quería moverse, pero su cuerpo se negaba a obedecerlo. El dolor era demasiado, giró hacia un costado y cayó al suelo, el dolor se reavivó, trayendo consigo una seguidilla de recuerdos. El fuego, el humo, los gritos de su madre, su padre peleando por su vida. Se arrastró hacia la puerta, lentamente, se obligó a sí mismo a ponerse de pie. Su padre había muerto luchando, el no moriría sin luchar. Llegó hasta la puerta y luego hasta el pasillo. El hombre se alejaba con Bianca agitándose lentamente. A su alrededor, todo era caos y conflicto. Figuras de rojo y negro, y azul con gris, pasaban como borrones. Todavía sostenía el mango de su espada de madera, el regalo que Papa Grillo le había hecho. Estaba destruida, solo quedaba un trozo afilado. Pero era todo lo que necesitaba. Puso un pie delante del otro, en rápida sucesión, su equilibrio retornó, y también su fuerza. El dolor ya no existía, era una sombra del pasado. Solo podía ver a Bianca debatiéndose y el hombre alejándose cada vez más. Corrió hacia ella, siempre lo había hecho. Corrió hacia su destino.

K'tara tenía a la niña, lanzó un silbido de alerta, y los hombres se replegaron, abandonando la lucha. Lanzaron bombas de humo, y los hombres del Loto Rojo se desorientaron. Pero Arys no iba a perder su objetivo tan fácilmente, para él, ver a través del humo era cosa de todos los días. K'tara no supo que lo golpeo, pero perdió el equilibrio en medio de su huida. Cayó y Bianca se precipitó hacia el suelo. Afortunadamente no se hizo más que un magullón, y cuando levantó la vista, notó que estaba en el pasillo que bordeaba su habitación, y a lo lejos, vio que varios hombres encapuchados escalaban el muro ayudándose los unos a los otros. Los invasores huían, y la llevaban con ella. Pero su captor no contaba con Arys. Allí estaba, interponiéndose entre K'tara y su presa.

-Maldito mocososo, ¡que me has hecho! – K'tara se aferraba la pierna derecha – Voy a matarte.

Arys se había quedado tan solo con un trozo inservible de madera, pero aun así, podía usarlo para golpear los nervios de su enemigo. El problema era que este, tenía una espada verdadera, y estaba dispuesto a matarlo. K'tara se lanzó hacia adelante, y cortó el aire frente al rostro de Arys, este se echó hacia atrás de un salto, pero se tambaleó y cayó de lado. K'tara no le tuvo piedad, lo lanzó por el aire con un tremendo puntapié. Arys sintió que el aire se le salía de los pulmones. Intento respirar, pero sintió

un dolor terrible, se aferró el estómago y se debatió por forzarse a respirar. Fueron unos instantes aterradores, el dolor no remitió, pero pudo hacer entrar un poco de aire, y su desesperación disminuyó.

K'tara caminó lentamente y sin prisa. Iba a deshacerse del muchacho, y nadie podía detenerlo. La sabandija lo vio acercarse, y retrocedió lentamente – Eso es maldito mocososo, arrástrate como un insecto – le espetó lanzando una carcajada y alzando su espada.

Arys retrocedió más y más, hasta que se topó con un bulto en el suelo. Era un hombre, estaba agonizando. Aún en la oscuridad, Arys pudo reconocerlo como el cuarto individuo que estaba con Caleb, el hombre lo miró con sus ojos llorosos a causa del esfuerzo. Balbuceó algo, pero Arys no alcanzó a saber que decía, su brazo se movió, y entonces Arys entendió. La mano se movió con la poca fuerza que le quedaba, rozó la de Arys, que sintió que algo duro caía sobre su palma abierta. Los labios temblorosos volvieron a moverse "Syranna" – murmuró el hombre, y Arys comprendió.

Se puso de pie, ya no temía nada. Su enemigo vio lo que sostenía con la mano y lanzó una carcajada, cuando Arys alzó la espada y asumió la postura de la Luna Creciente. Era pesada, pero era un peso agradable. Una nueva sensación recorrió su cuerpo. No, ya había sentido esa sensación anteriormente. Recordó a su padre, recordó cuando le había prestado su espada. Era más pesada, era distinta. Pero era una espada de verdad. Arys sintió su filo susurrando en la oscuridad, mientras la espada oscilaba hacia el enemigo. K'tara lo subestimó, lanzó un golpe descendiente, y Arys utilizó la diferencia de alturas, y desvió el golpe. Y arremetió. Ya no había barreras, ni restricciones. No había recuerdos dolorosos, no había humo, ni sangre derramada, ni fuegos ardiendo en la oscuridad. Solo había viento y acero.

K'tara maldijo por lo bajo –Mocososo insolente – Le lanzó un puntapié, y el niño saltó hacia atrás. Aferró la espada con ambas manos, y se abalanzó sobre él. K'tara desvió los golpes uno tras otro. Estaba herido. Su pierna le impedía asumir una postura para el contraataque. Lanzó unas cuantas estocadas, pero el niño era demasiado rápido, y ágil. Nunca jamás había tenido que luchar contra un niño. Arys notó la duda en los ojos de su adversario, y lanzó una andanada de golpes. "Cortando la Luna" y "Golpe Radial". K'tara se defendió con "La Cara de la Montaña" y "Abanico Creciente". Respondió, y logró herir al muchacho en el brazo.

Arys apretó los dientes, ignoró el dolor, sintiendo la sangre cálida bajando por su brazo. Era un corte superficial, no había heridas graves. No existía el dolor. Volvió a atacar y su enemigo sonrió. Arys levantó la espada, y siguió la trayectoria del arma del enemigo. Entonces abrió los ojos con

horror, y el Kataari rio de forma espeluznante.

-iTira el arma, o la niña muere! – K'tara puso la espada sobre el cuello de Bianca, que intentaba desesperadamente no moverse.

Arys maldijo por lo bajo, pero no soltó el arma.

-iDije que tirarás el arma! – amenazó K'tara - ¿Quieres que la mocosa muera, eh? –el hombre volteó la vista un segundo y su mueca de burla desapareció de súbito.

-iK'tara! – una voz familiar y unos pasos se escucharon - ¿Que estás haciendo? Trae a la niña, idebemos irnos! – Bardyr apareció desde atrás del edificio, y miró alternando la vista entre Arys, la espada que sostenía, y a K'tara, como si no diera crédito de sus ojos – Hey ivamos!, ibaja el arma K'tara! Es solo un niño.

Arys la miró con furia, y alzó el arma, era una postura que nunca había usado antes. Era "Cortando las sombras", una postura ofensiva. Se preparó para combatir contra ambos si era necesario.

-iNo se la llevarán! – gritó con todas sus fuerzas. No sabía de donde venía esa fuerza. Pero por un segundo, se sintió como si pudiera enfrentarlos a ambos, y vencerlos. No se la llevarían.

Bardyr alzó las manos y se acercó lentamente a él. Arys la siguió con la vista, pero no se movió ni un milímetro, seguía apuntando con su espada al corazón de K'tara, listo para lanzarse contra él, y atravesarlo de lado a lado – Hey, Arys, déjalo así. Vámonos juntos ¿quieres? Podrás venir con nosotros, y con ella. ¿Su nombre es Bianca verdad? Sé que es tu amiga, no te preocupes – la mujer avanzó lentamente – No vamos a hacerles daño.

-iMientes! – Le espetó furioso, y le apuntó con la espada - iTodos ustedes mienten!

-Recuerda el D'ejärëe, Arys, recuerda lo que hablamos – le dijo Bardyr con calma – No queremos hacerles daño, ¿verdad que no K'tara? – se volteó y lo miró con furia, y K'tara resopló y retiró el arma del cuello de Bianca. Lentamente la ayudó a ponerse de pie – ¿Ya lo ves?

-Suelta el arma muchacho – Arys sintió el frío acero contra su cuello, incluso antes de percibir la presencia del hombre que la sostenía. Bardyr miró al recién llegado en tono de reproche, y con suavidad, le quitó el arma de las manos a Arys, la puso sobre el suelo junto a él, y le indicó a K'tara que se acercara.

El hombre que recién había llegado retiró la espada del cuello de Arys, y el muchacho pudo ver que tenía un corte en su mejilla. Su mera presencia inspiraba respeto, y parecía ser el jefe de los Kataari.

-Debemos irnos, llévenselos – Arys se sobresaltó al oír esa voz fría e indolente. Esa voz, ¡la reconocía! Lo miró fijamente. Miró al hombre que lo había amenazado por la espalda, como un cobarde. Comenzó a temblar de rabia – Vamos Bardyr, trae al niño. ¡K'tara, nos vamos!

-¡Tú! – Estalló Arys – ¡Eres tú! – los recuerdos inundaban su mente, los gritos de su padre, y la voz del hombre discutiendo. Los aldeanos rodeando a su padre, con azadones, lanzas y hachas - ¡Tú lo mataste! ¡Tú mataste a mi padre!

Bardyr retrocedió lentamente, mientras Arys temblaba, miró a Sargad confundida. Entonces el muchacho escuchó pasos, y reconoció el vozarrón de Lokar, y los hermanos del Loto Rojo - ¡Aquí! – gritó Arys, a la vez que le arrebatava una pequeña bolsa del cinto a Sargad. Y, arrojándola con fuerza contra el suelo, rodó y tomó su espada. El humo se extendió y Arys buscó a K'tara y a Bianca, pero alguien lo empujó y lo arrojó al suelo con fuerza. Escuchó los gritos de la niña. Estaba gritando su nombre. Y se alejaba. Rodó hacia un lado, buscando a tientas su espada. Los hermanos de la casa del Duelo llegaban, pero era demasiado tarde. Arys vio como Bardyr llevaba a Bianca mientras escalaba la pared, y se puso de pie. Sobre la pared, K'tara lo miró con desprecio y le sonrió victorioso.

-¡NO! – gritó Arys, y aferró con fuerza la espada. Y sin saber que estaba haciendo, su cuerpo se movió por sí solo, impulsado por la ira. Cortó el aire con la espada, y el aire reaccionó violentamente. Sobre el murallón, K'tara contempló la muerte aproximándose, y se arrojó al suelo, al otro lado del muro. Una explosión arrancó el yeso y las piedras del muro, y Arys cayó de rodillas, todavía aferrando la espada.

-¡Por aquí! – la voz de Lokar resonó en el pasillo, pero Arys no podía oírlo. Solo podía oír la voz de Bianca, sus gritos desesperados, llamándolo, pidiéndole ayuda. Le había fallado.

## Capítulo 11 – Palabras

Arys sintió que unos brazos fuertes lo levantaban suavemente del suelo. Vio la cara de Assad, tenía un corte bastante feo en la frente, pero le sonrió de alivio al ver que estaba bien. Lokar le palmeo la espalda, y se lo llevó en andas. Lo sentaron a un lado, mientras Caleb se arrodillaba junto al hombre que le había dado la espada a Arys. Otros hombres del Loto Rojo examinaban la pared con sumo interés. Un corte delgado y alargado la atravesaba, y un hueco de considerable tamaño coronaba la grieta allí donde los Kataari habían utilizado unos ladrillos sueltos para escalar el

muro.

-¿Estas bien? – Le preguntó Lokar – Ya, muchacho, nos iremos enseguida.

Arys no respondió y Caleb lanzó un silbido. Dos hombres lo ayudaron a levantar el cuerpo del aliado caído en batalla. El muchacho los siguió con la vista. Caleb se detuvo frente a él, miró la espada que aún colgaba de su mano inerte, luego volteó a ver el muro, y el daño que Arys le había provocado, aún sin saber cómo. Luego le tendió a Arys algo que el muchacho no supo bien que era. Estaba desorientado, y agotado. Con la mano temblorosa, aferró la vaina de madera labrada. Supo entonces lo que Caleb pretendía. Arys limpió la hoja de la espada con su ropa, y la guardó con dificultad en la vaina. Recién se daba cuenta de lo mucho que el arma le pesaba, y lo enorme que era. Le ofreció la espada a Caleb, extendiendo las manos temblorosas. Pero Caleb negó con la cabeza y le sonrió, y cerró las manos del muchacho en torno a la vaina del arma.

-¿Qué es lo que te dijo Arnus? – Le preguntó- Dímelo al oído, por favor.

Arys se acercó y susurró las últimas palabras del hombre al oído de Caleb. Por la mejilla del Maestro del Loto Rojo, rodó una lágrima solitaria. Asintió, comprendiendo una verdad que era tan grande e inmensa como la noche misma, y sonrió ante la última y brillante voluntad de un gran guerrero – Es tuya – le dijo simplemente – Vendrás con nosotros.

Lokar lo levantó y lo cargó con cuidado. Assad lo seguía de cerca sin perder de vista al muchacho. Su sonrisa era enigmática, y triste. Arys vio que había muchos más hombres del Loto Rojo, y que por cada uno de ellos, dos eran llevados en andas, heridos, o muertos. No lo sabía. El balanceo del hombre al caminar, y el cansancio, acabaron por vencer los últimos dejos de resistencia. Se durmió, pero no soltó la espada. Y así, Arys dejó la ciudad de Astur.

Sobre el tejado del capitolio, Bardyr observó como el Loto Rojo se alejaba, llevando consigo a quien estaba destinado a ser su discípulo. El viento sopló y se llevó consigo sus lágrimas, mientras sus labios pronunciaban una sola palabra: D'ëjarëe.

## Capítulo 12 – El examen

Izran se balanceaba nerviosamente sobre la banca. Había otros cuatro estudiantes antes que él, incluyendo a Haru. Ella no estaba en absoluto nerviosa, e Izran sabía porque. Estaba sumamente preparada para el examen, incluso, más de la cuenta. Seguramente excedería las expectativas. Él, en cambio, no estaba seguro de si lo que haría sería correcto. Se rascó el brazo derecho por debajo de la túnica. Lo que había hecho era peligroso, pero no le importaba, estaba dentro de las reglas.

Aunque había encontrado el manuscrito en la sección apartada de la biblioteca, no era en el área restringida. Estaba a salvo de ser reprendido, pero no estaba tan seguro de si lo que había hecho traía aparejados riesgos.

Sin embargo estaba satisfecho de sí mismo. Lo que había logrado, se correspondía con habilidades de alto nivel en hechicería. Se aferró de su brazo derecho, y Haru lo miró extrañada.

-¿Te pasa algo? – le preguntó haciéndose oír por encima del bullicio de los alumnos que ya habían rendido examen.

-No – respondió a secas – Solo estoy un poco nervioso – agrego luego, al ver que la joven no había quedado satisfecha con su respuesta.

El brazo le ardía, y no era de extrañarse. Sería mejor que dejara de rascarse o se abriría la piel hasta el hueso. Trató de despejar su mente y repasar las fórmulas mágicas que había aprendido ese semestre. Seguramente le harían varias preguntas difíciles. Dos estudiantes fueron llamados a la vez. Habían acelerado la velocidad. Y no era de extrañarse, pues ya había sonado la quinta campanada y todavía faltaban unas cuarenta personas.

Pasaron veinte minutos, y los estudiantes que habían entrado salieron cabizbajos. Los habían reprobado. Salieron caminando lentamente, mientras sus amigos intentaban consolarlos. Luego, las puertas del auditorio se abrieron de par en par, y uno de los maestros asomo la cabeza.

-Números doscientos veinte y doscientos veintiuno – grito con fuerza.

-Somos nosotros – respondió Haru, y lo tomo con fuerza del brazo.

-Ouch, ¡espacio! – le dijo Izran tomándose el brazo. Haru lo miró extrañada y entrecerró los ojos – Bueno vamos – le insistió – Terminemos de una vez – Haru asintió, mirando el brazo de Izran de reojo.

Ambos entraron por la puerta al mismo tiempo, y el maestro cerró la puerta detrás de ellos. El auditorio era una sala amplia, con grabados de protección por doquier, reforzada para proteger la integridad de siete maestros, sentados alrededor del centro de la sala, en taburetes de madera.

-Haru Illandre – llamó el maestro Berne, un viejito enjuto con gafas.

Haru dio un paso al frente y el interrogatorio inicio.

-Nombra los seis fundamentos de la magia – dijo uno de los maestros, al cuál Izran no pudo reconocer.

-La magia no tiene fundamentos, tiene principios fundamentales – respondió Haru, con una sonrisa suficiente.

El viejo asintió y aplaudió. Varios de los presentes asintieron.

-¿Quiere que los nombre? – preguntó Haru.

-No será necesario – le respondió el maestro Berne – Aunque puedes decirnos donde sería el mejor lugar para destilar pirofita –agregó rascándose la barbilla.

-En un lugar cerrado, sin ventilación, a una temperatura estable por debajo de los veinte grados – respondió Haru sin dudarlo.

El maestro Berne asintió y señaló a otro de los maestros. Era Anatolly, el maestro de medidas de defensa mágica. El maestro favorito de Izran.

-Nombra los seis puntos focales – le dijo con su habitual tono monocorde.

-Norte, Sur, Este, Oeste, Ascendente y Descendente – respondió la joven.

-Bien, suficiente, gracias – el maestro Berne señaló un banquillo que había a uno de los lados, y Haru se retiró y se sentó. Miro a Izran y le sonrió – el siguiente, Izran Valyant.

Izran dio un paso al frente. Todavía le picaba el brazo, pero ya no estaba nervioso. Quería terminar pronto y poder aplicarse algún ungüento o bálsamo sobre el brazo.

-Nombre cuatro partes del diagrama de heliotropo –dijo Anatolly sonriéndole, lo cual Izran agradeció, era una pregunta de cortesía, que siempre hacia a sus alumnos preferidos.

-Esquema, Vértice, Línea conductora y Sello de anclaje – respondió Izran, con la frente en alto.

Varios de los maestros se miraron, y entonces, uno de ellos carraspeo. Era Illkadam Valandis. E Izran sabía que la pregunta que iba a hacer, era terriblemente difícil. Valandis solo probaba a los alumnos que le denotaban interés, y era sumamente exigente. Pero Izran sabía que estaba listo.

-¿Cuál es el significado de “Caer’ ne éler caer’ se”? – preguntó, marcando

las palabras con un acento comedido y sumamente pulido.

-Significa "No hay razón, que no tenga razón de ser" – explicó Izran – es uno de los preceptos fundamentales del Grimorum Veritas.

Valandis asintió con una sonrisa, y hubo un murmullo de sorpresa entre los maestros. El élfico antiguo era un idioma complejo y se tardaba años en dominarlo a la perfección. Valandis acababa de tomar una cita al azar y la había traducido al élfico, y había comprobado si Izran tenía la capacidad para volver a traducirla. Izran sonrió satisfecho, las horas que había pasado estudiando el habla antigua no habían sido en vano.

-¿Que es un Nogard? – preguntó Valandis a continuación, sin darle tiempo a otro maestro a interrogarlo.

-Un dragón, por supuesto – respondió Izran, sorprendido por la facilidad de la pregunta.

Valandis sonrió nuevamente. Estaba intentando despistarlo, o poniendo a prueba su capacidad de razonamiento.

-¿Cuántos monolitos hay en Cairn Barak? – preguntó tomándose la barbilla.

Izran sabía que esa era una pregunta con trampa, así que la pensó unos instantes y respondió usando la lógica.

-Seis si miramos desde un punto elevado. Siete si nos acercamos hacia el centro. Y, si pudiéramos ver a través de la piedra que cubre el techo de la tumba hacia arriba, probablemente veríamos catorce – respondió Izran, y varios de los maestros ahogaron una exclamación. Izran miró a Haru, que estaba bastante sorprendida también.

-Y ya que estamos –pregunto Valandis en seguidilla - ¿Cuál es el nombre del hechicero que puso el encantamiento de Espejismo en Cairn Barak?

-Garandor el ciego – respondió Izran.

-¿Y en élfico? – preguntó Valandis, presionando.

-Vindwarf Areswe – respondió – O al menos así lo llamaban, aunque la traducción exacta sería "el tuerto", y no "el ciego".

Valandis dio unas cuantas palmadas. No había terminado.

-¿Cuál es la magia más peligrosa?

-La crono magia – respondió Izran, sudando profusamente.

-¿Cómo se le llama al efecto que sufren los Crono magos al desviarse de su Ámbito temporal?

-La enfermedad del viajero – respondió – Crono-displasia – agregó luego, recordando el nombre propicio de aquel terrible mal.

-¿Cuáles son los siete tabúes? – preguntó Valandis, con tono serio.

-La necromancia, la neuromancia, la hemomancia, la dracomancia, la demonología, la umbromancia y la oniromancia – respondió Izran, y los maestros se revolviéron incómodos ante el hecho de que un simple aprendiz supiera con tal detalle los siete tipos de magia prohibidas.

-¿Cuál es el plano elemental del fuego? – preguntó Valandis y un silencio de muerte cubrió el auditorio. Nunca en la historia, Valandis había hecho más de ocho preguntas a un alumno y mucho menos, preguntas de nivel Avanzado a un aprendiz.

-Ikaros, y su guardián elemental es Ifrit – respondió Izran.

Valandis miró fijamente a Izran y sonrió satisfecho.

-Creo que eso es suficiente ¿verdad? – Volteo a mirar a todos los maestros que asintieron temblorosos – Pasemos al área práctica.

Izran tomó asiento cuando el maestro Berne le ofreció el taburete y le indicó a Haru que se pusiera de pie.

-Señorita Illandre, pase al centro por favor.

Los maestros apartaron los banquillos y se pusieron a un costado del auditorio. Dejando un gran espacio abierto en el centro.

-Comienza tu demostración, por favor – insistió el maestro Berne.

Haru asintió, y se concentró. Separó las piernas y se puso en una postura cómoda, luego comenzó a murmurar unas palabras y balanceó los brazos, haciendo círculos con las manos. Una brillante esfera color celeste apareció en la palma de su mano derecha. La temperatura descendió considerablemente y Haru alzó el orbe titilante. Luego, de improvisto, lo lanzó con fuerza contra el suelo. Al contacto con el orbe, una capa de hielo se extendió por todo el auditorio, y llegó hasta donde Izran estaba sentado. Alrededor de Haru, una pared de hielo se levantó, alcanzando unos dos metros de altura, y rodeándola por completo.

Los maestros aplaudieron y comenzaron a cuchichear excitados, ante la perspectiva de tener a Haru como discípula. Izran podía ver que ya comenzaban a debatirse entre quien tendría la tutela de su amiga. Entonces, el maestro Berne agitó una mano, y la capa de hielo se esfumo. "Un glifo de disipación" –pensó Izran.

-Muchas gracias señorita Illandre, tome asiento por favor – le indicó el maestro Berne.

Haru se sentó junto a Izran sonriente y sumamente satisfecha. Izran la felicitó y Haru le palmeo el hombro, para infundirle ánimos. Entonces la chica notó que Izran no tenía una tiza para grabados por ningún lado y ahogó un grito. Izran le sonrió y le guiño un ojo.

-Señor Valyant, es su turno.

Izran se puso de pie y caminó hacia el centro de la sala. Podía sentir la mirada del Gran Maestro Valandis clavada sobre él. "Bien" – pensó Izran –"Quiero toda tu atención". Volteó una vez para mirar a Haru, que estaba sentada sobre el borde del taburete, sumamente nerviosa. Lo miraba con una mezcla de temor y sorpresa. Izran le sonrió.

-Comience por favor – le ordeno el maestro Berne.

Izran respiró profundo y alzó su brazo derecho. Era la hora de la verdad. No pasó nada. No hubo luces extrañas, no hubo grandes demostraciones de poder. Tan solo un joven aprendiz, de pie en medio de un comité evaluador del círculo, haciendo el ridículo. O eso pensaron muchos de los maestros. Hasta que Illkadam Valandis se puso de pie. Izran escucho el sonido de su silla al correrse, y sus pasos acercándose. Volteo para encararlo. Y el Maestro sonrió a su vez, sosteniéndole la mirada, luego, alzó la mano.

-'Incaedre' –gritó con fuerza.

Un relámpago se materializó y cayó sobre Izran. Con la fuerza del impacto, todas las ventanas del auditorio se rompieron en mil pedazos, el suelo tembló y se resquebrajo Haru lanzo un chillido de pánico y los maestros gritaron enloquecidos. Izran estaba de pie, con una expresión de triunfo. Su brazo derecho chisporroteaba con la energía residual, que estaba siendo rápidamente absorbida.

Los maestros se pusieron de pie, Haru corrió, sin importarle lo que Berne pudiera decirle, que, dicho sea de paso, estaba parado boquiabierto, sin saber bien que hacer.

-Ya ven – dijo Valandis, dirigiéndose al auditorio – El aprendiz Valyant acaba de sobrevivir a un hechizo de Relámpago Fulminante, lanzado con

todo mi poder. De no haber sido por los glifos de protección, este auditorio estaría reducido a cenizas. Pero lo más importante no es eso, sino el hecho de que este jovencito, siendo un simple aprendiz, haya sobrevivido sin un rasguño – hizo una pausa durante la cual todos los maestros se acercaron para examinar a Izran, quien esperaba de brazos cruzados – Y no nos olvidemos de la aprendiz Illandre, que hizo una grandiosa demostración de magia elemental y del hechizo “Muralla de Hielo”, por lo tanto, propongo que ambos sean ascendidos al rango de Acólitos del tercer nivel, y que sean puestos ambos bajo mi tutela – recalco la palabra “ambos” con un gran ímpetu, que resonó por todo el auditorio.

-¿Todos a favor? – dijo el maestro Berne un tanto distraído.

Uno a uno, los maestros alzaron la mano. Anatolly fue el primero en felicitarlo, luego, uno a uno los maestros se acercaron a felicitarlo por tan soberbio desempeño.

Izran abrazó a Haru y esta le devolvió el abrazo con torpeza. Cuando se separaron, la joven aun no daba crédito a lo que había oído. Era extraño que un maestro tomara más de un acólito a su tutela, y era muy extraño que Illkadam Valandis tomara siquiera un aprendiz.

-Mis felicitaciones, acólitos – les dijo el Gran Maestro – Los espero en mi oficina a la séptima campanada. No lleguen tarde.

### Capítulo 13 – Arcaenum

Valandis estaba sentado detrás del escritorio de una gran oficina circular, con las paredes abarrotadas de libros. Detrás del escritorio había una ventana de hoja doble y un pequeño diván de terciopelo rojo con cojines color púrpura.

Haru e Izran se habían presentado temprano, y las campanas de la torre aún estaban sonando cuando ambos golpearon la puerta de la oficina del Gran Maestro. Él les dirigió una mirada comedida, examinándolos lentamente mientras ellos aguardaban nerviosos detrás del escritorio.

-Siéntense – les hizo una seña y ambos obedecieron, sentándose en las dos pequeñas butacas que aparecieron de la nada. Los asientos conjurados parecían hechos a medida y eran sumamente cómodos – Así que, acólitos, ambos dos ahora están bajo mi tutela. Izran y Haru asintieron – Bien, sabrán que no siempre tomo discípulos, y mucho menos, dos a la vez. Pero por ustedes he hecho una excepción – les explicó con tono un tanto relajado – No me decepcionen – Haru e Izran negaron fervorosamente con la cabeza – Bueno, ahora... creo que llegó el

momento de darles la primera tarea como su tutor.

Los miró con seriedad y ambos se revolvieron nerviosos en sus asientos.

-Quiero que vayan al área restringida de la biblioteca –abrió el cajón del escritorio y extrajo dos pedazos de pergamino, sobre los cuales garabateo unas palabras, firmo, y estampo su sello – Denle esto al bibliotecario, y quiero que lean : “Etherzarum” , “ Mortalitasi”, “Ergum Thanos”, “Especificaciones de magia elemental”, “Piromancia, Criomancia y Aeromancia” –hizo una pausa durante la cual Haru extrajo un pequeño cuaderno de notas y escribió con lápiz los nombres de los libros –No creo que necesiten ayuda para encontrar los volúmenes, después de todo, el señor Valyant, está bastante familiarizado con el área restringida, ¿verdad?

Izran sintió un escalofrío, volteó para mirar a Haru que había palidecido. Lo habían descubierto.

-No te preocupes, joven Acólito, la curiosidad no es un defecto. Pero tontear con grabados rúnicos de nivel avanzado puede ser letal. Tenlo en cuenta para próximas experiencias – le sonrió indulgentemente e Izran no hizo más que asentir como un tonto y frotarse el brazo derecho.

Cuando salieron, Haru dio un portazo. Se acercó furiosa y lo aferró del brazo –Auch me haces daño – Se quejó, pero Haru no lo soltó, se lo llevó aparte y le levantó el puño de su túnica.

-¡Lo sabía! –Dijo la joven exponiendo la piel del brazo de Izran, que estaba sumamente enrojecida, y llena de grabados extraños que recorrían la circunferencia del brazo hasta el codo – ¡Diablos Izran! ¿En que estabas pensando? – Lo reprendió – ¡Mira estos trazados! Te has excedido para una primera vez, y además son runas de octavo nivel. No sé cómo has sobrevivido. ¿Alguien te ayudó? – le preguntó e Izran negó con la cabeza – ¡Pero mira nada más! Estas demente.

-Se lo que hago – le respondió Izran – Son todos glifos de protección y refuerzo.

-Sí, y cuarenta y nueve encantamientos silenciosos, sin mencionar los trece grabados rúnicos elementales, y el trazado de Absorción de Energía de Keofam. ¡Te has excedido! – Haru estaba furiosa, nunca la había visto tan enojada. Suspiró y sostuvo el brazo con el ceño fruncido – Vas a tener que venir conmigo, hay que ponerle un bálsamo a esto, antes de que se te caiga la piel a pedazos.

Izran supuso que no valía la pena discutir, así que se dejó arrastrar por los pasillos del tercer nivel de la torre, hasta la botica. Allí, Haru solicitó unos cuantos elementos y se lo llevó a un aula de alquimia vacía, donde

empezó a echar unas hierbas en el mortero y las apisonó con un ímpetu febril.

-Quédate quieto, mientras menos te muevas, menos se extenderá el daño.

Izran obedeció, mientras la joven preparaba el ungüento. Puso a hervir las hierbas molidas en un cazo, y le agrego unas cuantas sales y un poco de grasa de pato. De inmediato, el recipiente emitió una humareda color verdeazulado y un hedor nauseabundo – Trae el brazo aquí – le indicó Haru – Aprovecha el humo mientras se termina de cocinar – le aferró el brazo y se lo puso encima del recipiente humeante. El alivio fue inmediato, y sintió como los gases apestosos comenzaban a hacer efecto. La piel le cosquilleaba y la picazón remitió a medida que los poros de su piel absorbían las propiedades curativas de la panacea. Luego, Haru se cruzó de brazos y removió el cazo lentamente, si dirigirle siquiera una mirada.

-Tienes suerte de que el maestro Valandis y tú sean tan parecidos – le espetó al rato, mientras colaba la preparación en un pequeño recipiente y lo ponía a enfriar – No sé en qué demonios estabas pensando. ¿Runas de sangre y hueso? – miró a Izran con cierto enojo, y el muchacho bajo la cabeza cohibido – Podrías haberte equivocado en tan solo un trazado, y ahora tendrías un tentáculo en vez de brazo, o peor...

-Necesitaba impresionarlos, Haru –se defendió un tanto molesto – No todos podemos aprender magia elemental tan fácilmente.

Haru lo miró un instante, y luego, gradualmente, su rostro mudó en una sonrisa.

-Te das cuenta que lo que dices es una tontería, ¿verdad? ¡Usaste runas de sangre y hueso en tu propio brazo, en un grabado complejo de octavo nivel! ¿Y te cuesta trabajo aprender a usar un poco de magia elemental? ¿Sabes que solo uno de cada cuarenta magos puede hacer un grabado en piel exitoso? – Izran abrió la boca y giro los ojos a un costado, Haru abrió los ojos y comprendió de pronto – No, tu ni siquiera has leído las indicaciones, simplemente copiaste los diagramas... es...

-¿Increíble? – Preguntó Izran – La introducción me pareció demasiado aburrida

-iIrresponsable! – Haru tomó una cucharada del ungüento todavía caliente y se lo desparramó en la piel del brazo - ¡Idiota!

-iAuuuuuuch! ¡Quema! – lloriqueó Izran.

-Aguántatelo – le dijo y se volvió a cruzar de brazos – Podrías haber muerto – le dijo luego ladeando la cabeza y mirándolo con ojos tristes - ¿Serías capaz de hacer eso? ¿Eh? ¿Morirte y dejarme sola aquí, sin un solo amigo?

-Perdón – se disculpó Izran – no volveré a arriesgarme tanto.

-¡Patrañas! – Le dijo Haru ofuscada – Ni creas que te vas a librar tan fácil.

Las siguientes dos horas, se las pasó sermoneándole y purificando las heridas con diversas preparaciones, mientras Izran se disculpaba una y otra vez por no haber sido precavido.

-Tienes que reconocer al menos que fue impresionante – le dijo un tanto ofuscado, bastante cansado de que la joven le recriminara su arriesgada proeza.

-Sí, impresionante, y estúpido además – le espetó con seriedad, mientras le vendaba el brazo - ¿De dónde sacaste el “Arcaenum” para copiar el grabado?

Izran se encogió de hombros, haciéndose el ofendido, pero luego de una mirada asesina por parte de Haru recapacito – Del depósito inferior de la torre. Hay toda clase de cosas guardadas allí que nadie usa.

-Si nadie las usa es por algo, Izran. Las runas de sangre son peligrosísimas y están obsoletas, no sé cómo lograste que funcionaran – lo miró fijamente con sus profundos ojos verdes – El punto es que preferiste tomar un atajo peligroso, antes que aprender algo realmente valioso con lo que probar que eres un gran aprendiz.

-Esto es mucho mejor que la magia elemental – le espetó con brusquedad, y al ver que la mirada de Haru se endurecía, se retractó – Perdón, no quise insinuar que tu trabajo no sea bueno. Es simplemente que no es lo mío.

-¿Y qué me dices de la hemomancia? Es uno de los siete tabúes...

-Los grabados rúnicos en sangre están excluidos del “Maleficarum”, no es magia de sangre, sino una forma antigua de taumaturgia – le explicó – Algo más cercano a la magia pura, que utilizaban nuestros ancestros.

-Y los elfos – añadió Haru pensativa – Quiero que me muestres el volumen del cual copiaste los grabados.

-Luego, tenemos trabajo, ¿recuerdas? – Izran le sonrió dudoso y Haru

volvió a clavarle aquellos ojos inquisidores.

-Muéstrame – le ordenó. El tono de su voz le dijo a Izran que sería mejor dejarse de tonteados.

-Está bien – aceptó suspirando.

Pocos minutos después, Izran, con el brazo en cabestrillo, guiaba a Haru por los pasillos de la biblioteca. Tardaron unos quince minutos en recorrer los estantes del archivo hasta que Izran dio con el estante donde había encontrado el volumen sobre taumaturgia. Solo que el libro no estaba.

-¡Estaba aquí! – le espetó nervioso a una cada vez más impaciente Haru.

-Vamos al depósito de la torre, quiero ver el banco de trabajo y el Arcaenum que usaste – volvió a ordenarle.

Descendieron la escalera de la torre lo más rápido que pudieron, dado que Izran no podía aferrarse de los pasamanos y le costaba hacer pie en los escalones. Salieron al patio de la torre y retomaron la escalinata de piedra que continuaba hasta el subsuelo. Pasaron por mazmorras, archivos antiguos, y finalmente dieron con el depósito de artilugios mágicos.

Descorrieron el cerrojo, y caminaron a tientas entre muebles, bolas de cristal, mesas de encantamientos resquebrajadas y demás bártulos. Finalmente Haru encendió una antorcha mágica y pudieron guiarse. Izran no tardó encontrar una mesa redonda con un banquillo. Sobre la mesa había un pentagrama grabado con filigrana de un metal extraño, y los bordes de madera estaban recubiertos de runas plateadas. En el centro del pentagrama había una pequeña y afilada pluma. La pluma era de marfil y tenía una punta de brillante metal plateado, sumamente afilada. Era un Arcaenum, una mesa de grabados rúnicos.

-Hela aquí – le presentó Izran con su mano sana.

Haru se acercó a la mesa, y la miró con extrema precaución. Hizo una mueca y retrocedió.

-¿Qué sucede? – le preguntó el muchacho consternado.

-Eso no es un arcaenum normal – le indicó Haru preocupada – Mira los grabados, no son runas normales. Izran, creo que estas en problemas.

-Exageras, es una mesa de grabados normal – se acercó para mostrarle que un sucedía nada, y puso la mano sobre la superficie de madera grabada - ¿Lo ves? No pasa nada...eh, ¿qué...?

La mesa estalló en llamas. Simplemente ardió de forma brutal y espontánea. Haru ahogó un grito e Izran apartó la mano de inmediato, viendo como las llamas irregulares de color verdeazulado se tragaban el artilugio por completo, reduciéndolo en instantes a un montoncito humeante de cenizas. La pluma de marfil rodó al caer al suelo, y fue a parar a los pies de Izran el cual la miró consternado.

-¿Qué demonios sucedió? – preguntó Izran, levantando la pluma y examinándola con cuidado, temeroso de que también estallara en llamas.

-No lo sé – respondió Haru – Pero tengo un mal presentimiento.

#### 14 – El adiós

Izran esperaba de pie, solemne, hasta que Caleb terminara su discurso. Los hombres del loto rojo habían preparado una gran pira funeraria para sus caídos. Eran tres: Mathos, Bryanna y Arnus. Los nombres de aquellos que pelearon valerosamente resonaron en su mente, y un escalofrío recorrió su cuerpo, al oír el nombre de Arnus. Alzó la vista y Caleb lo estaba llamando, desde junto a la pira funeraria. Aferró su espada con fuerza, la espada que Arnus le había obsequiado, y camino con la frente en alto.

Al llegar junto a Caleb, este lo tomó por los hombros, y lo puso enfrentándose al grupo de hombres y mujeres, reunidos en semicírculo en torno a la pira.

-Nosotros, la Hermandad del Loto Carmesí, hemos jurado lealtad, y servicio a la justicia. Es una vida dura, llena de peligros. El camino de la espada, es un camino de sufrimiento, de sacrificio. Siempre caminamos sobre el filo, pero no dudamos nunca que es lo correcto, y que no es correcto – Caleb apretó los hombros de Arys con fuerza – Nuestros hermanos caídos lo sabían. Mantuvieron su juramento hasta el final: Rectitud, Valor, Justicia.

-Rectitud, Valor, Justicia – repitieron los demás al unísono.

-Por eso – continuó Caleb – los honramos, y entregamos sus cuerpos a las llamas, para que sean purificados, y que el viento lleve sus cenizas de vuelta a la tierra de donde provienen. Pero sus nombres nunca serán olvidados: Mathos, Bryanna, Arnus.

-Mathos, Bryanna, Arnus – repitieron, una vez más.

Caleb los miró con una mezcla de tristeza y orgullo.

-Todos sabemos, que por tradición, al morir uno de nuestros hermanos, sus espadas y sus nombres, quedarán guardados para siempre en la

Bóveda del Honor, hasta que alguien digno, muestre la valía suficiente, para hacerse con el manto, el juramento y las armas de sus predecesores – explicó el Maestro, mientras los presentes escuchaban en sumo silencio, un silencio cargado de respeto - Pero existe una tradición aún más antigua, que pocas veces somos dignos de presenciar. Es un rito ancestral, que ocurría antaño, cuando los Primeros Discípulos morían en batalla – Caleb empujó ligeramente a Arys, para que avanzara unos pasos – Arnus recordó esa vieja costumbre, y ayer, mientras moría, invocó el Ritual de Sucesión sobre este joven, a quién, sin lugar a dudas, consideró digno de portar su espada, y su manto – le indicó a Lokar que se acercara, y el hombretón avanzó decidido, portando una túnica cuidadosamente doblada. Caleb hizo otra señal y Assad avanzó portando una antorcha encendida.

- Hermano Lokar, entregad a nuestro nuevo hermano el manto de nuestra hermandad – le ordenó Caleb. El hombretón sureño avanzó tembloroso, y Arys notó que las lágrimas se escurrían de sus ojos a borbotones, y sus manos temblaron mientras le colocaba la pesada capa sobre los hombros, y se la ajustaba lo mejor posible.

Le quedaba enorme, y el muchacho tembló de pies a cabeza, a pesar de que la noche era cálida. Pero no le importaba. El significado de las palabras de Caleb, tenían gran valor para él. Aferró con fuerza el puño de su espada y vio que Caleb lo observaba.

-Hermano Arys, desenvaina tu espada.

Arys obedeció. Desenvaino a Syranna, que saltó de la vaina, casi como si estuviera viva. El acero refulgió en la oscuridad, y oscilo tembloroso mientras Caleb se acercaba. El hombre tomó la mano libre de Arys y la acercó al filo de la espada, y volvió a asentir – Acércate a la pira, Arys.

El muchacho obedeció, sabía lo que tenía que hacer.

-Repite conmigo: “Yo, Arys, juro solemnemente seguir el camino de la espada...”

-Yo, Arys, juro solemnemente seguir el camino de la espada – repitió Arys.

-“Con rectitud, valor, y justicia” – siguió Caleb.

- Con rectitud, valor y justicia – volvió a repetir.

-“Aquí, y ahora. Por la sangre de mis hermanos, y con mi sangre juro: proteger y servir al indefenso. Ser el filo que corta la oscuridad, la espada

que trae la justicia.

-Aquí, y ahora. Por la sangre de mis hermanos, y con mi sangre juro proteger y servir al indefenso. Ser el filo que corta la oscuridad, la espada que trae la justicia – repitió Arys, y miró a Caleb. Este asintió, y Arys pasó el dorso de su mano izquierda por el filo de Syranna. El mordisco del acero fue tibio y le produjo un ligero escozor. Ignoró el dolor lo mejor que pudo y levantó la mano sobre los leños de la pira, la sangre goteó lentamente, salpicando la madera y la tierra.

-Guarda tu espada muchacho – le ordenó Caleb, y Arys obedeció de inmediato – Acércate, di las últimas palabras de adiós a Arnus, Bryanna y Mathos. ¿Tienes algo que decir verdad? – Arys asintió y tembló, más por el dolor y la furia que venía reprimiendo. Se acercó a Assad, que le tendía la antorcha encendida y la aferró con su mano temblorosa.

-Yo, Arys, prometo traer justicia a Arnus, Bryanna y Mathos. Prometo hacer lo posible por seguir sus pasos y la Senda del Duelo. Por ser un gran espadachín, y por honrar sus memorias a cada momento. Por cuidar del legado que Arnus me confió, y de su espada, para que sea un instrumento del bien. Por mi sangre, algún día, perseguiré a los culpables, y traeré justicia a sus muertes. Detendré a Sargad, y a los Katari, rescataré a Bianca y la traeré a salvo. Y por mi familia, asesinada a manos de un vil cobarde, también buscaré la justicia. Algún día. Por mi honor, mi sangre y mi nombre – Arys miró a Caleb, con lágrimas en los ojos. El hombre también derramó silenciosas lágrimas y asintió, Assad le puso la mano en el hombro y guio su brazo con la antorcha, hacia los maderos.

La hoguera ardió, y los cuatro retrocedieron lentamente, hasta integrarse con los demás en semicírculo. En silencio, contemplaron como las llamas devoraban los cuerpos de sus hermanos. En silencio, pronunciaron el último adiós.

## 15 - La Primera Espada

Al este de Morays, se alzaba una gran cadena montañosa, cuya montaña mayor era el Pico de Ream. Entre las cumbres núblicas de Andrade, esta era por lejos la más alta. Se decía que alcanzaba los dos mil pies de altura y que su cima era inexpugnable.

Pero tal parecía, que los hermanos de la Casa del Duelo, ya conocían la zona mejor de lo que muchos hombres reconocían su rostro en un espejo. A la cabeza de la procesión, iban Caleb, Lokar y Arys, que hacía un gran esfuerzo para seguir el paso. Le habían quitado el gran manto perteneciente a Arnus, y le habían permitido llevarlo a buen resguardo, hasta que creciera lo suficiente como para que le quedara bien. A cambio le habían dado una pequeña capa negra y roja, forrada en piel, que lo

mantendría a salvo del frío de las montañas.

Treparon la ladera del pico de Ream siguiendo un camino escondido, que Arys nunca podría haber encontrado por sí mismo, sin la ayuda de un guía como Caleb. El hombre pisaba con seguridad, y hacía detener a toda la fila si consideraba que el camino estaba demasiado inestable, o los hacía pasar de dos en dos por algunos lugares.

Ascendieron y ascendieron, Arys jadeaba, pero no se rendiría jamás, pues sabía que esta solo era una pequeña prueba, y que muchos más desafíos esperaban por delante. Ya habría tiempo para un respiro más adelante. Pasaron dos horas, y el aire se tornó sumamente frío y seco, y Caleb los guio por una abertura que se abría en la cara de la montaña, como una gran boca de lobo, de afilados colmillos. Dentro, encendió una antorcha con la ayuda de un pedernal, y los guio por otra hora de caminata interminable, por una serie de grutas y pasadizos que caracoleaban y ascendían constantemente.

Lo primero que notó, fue que el aire se hizo más frío y seco, una corriente de aire le trajo el perfume de flores y otros aromas diversos. Finalmente Arys divisó una luz difusa que se confundía con el resplandor anaranjado de la antorcha que Caleb portaba. No tardaron en llegar hasta aquella luz radiante, y Arys no tardó en quedar boquiabierto ante el espectáculo natural que tenía frente a él. No daba crédito a sus ojos, los abrió y los cerró confundido, a medida que la fila de hombres encabezados por Caleb, avanzaba por una larga escalinata tallada en piedra, que serpenteaba alrededor de un gran valle casi en la sima de la montaña. En el centro del valle, había un lago, y Arys observó que sus orillas eran de fina arena blanca, y el agua era pura y cristalina, casi tanto que alcanzaba a ver el fondo, y los peces que se movían de aquí para allá.

Por todas partes, crecían matorrales de hierba con florecillas blancas, y unos extraños árboles con sus copas repletas de flores celestes y hojas blancas, cuyas raíces trepaban desde la piedra misma, adornaban el ascenso hacia una gran puerta de madera de doble hoja, tras la cual, se alzaba una serie de enormes edificios de piedra, con tejados rojos, y detalles en dorado y negro. Al llegar hasta la puerta, Caleb dio un largo silbido, y lentamente, las pesadas hojas de madera se abrieron, y Arys contemplo por primera vez su nuevo hogar: Había llegado a la Casa del Duelo, el templo del Loto Carmesí.

El joven quedó maravillado con la belleza y la pulcritud de aquel lugar, muy distintas a la suciedad y el desorden de la gran ciudad de Astur, a la que tanto se había acostumbrado. Por aquí y por allá, había varios grupos de personas vestidas de rojo y negro, practicando sus movimientos con la espada, y también con otras armas de filo, lo cual sorprendió bastante a Arys. Cuando le preguntó discretamente a Assad, este se encogió de hombro y le susurró misteriosamente "Tiempo al tiempo". De todos

modos, ya tendría tiempo para saber todo sobre aquel lugar.

Entre los edificios había un patio enorme, sembrado de aquellos árboles hermosos, y en cuyo centro se alzaba la estatua de una mujer con una túnica ceñida a un cuerpo esbelto. Sostenía en la mano izquierda una gran espada curva, que descendía hasta sus pies en diagonal. Arys calculó que la espada que la mujer portaba debía de medir por lo menos metro y medio de largo, lo cual era increíble para una mujer tan delgada. Los ojos de la mujer estaban cubiertos por una venda, y Arys no necesitó preguntar a Assad, pues supuso que se trataba de Mila, el Loto Rojo, fundadora de la Senda del Duelo, y de la hermandad del Loto Carmesí. A los pies de la estatua, la gente había depositado infinidad de flores rojas y lo que parecían ser pequeñas piedras preciosas color blanco perlado.

Contempló la estatua por unos segundos más, luego, noto que una multitud de jóvenes de variadas edades se congregaba en torno a Caleb, Lokar y Assad.

-¡Maestros, Bienvenidos! – grito una joven que no debería tener más de siete años, y de un salto, se trepo a los brazos extendidos de Lokar.

-¡Mi pequeña Aly! – Le dijo el hombre con un tono sumamente cariñoso - ¿Has estado practicando mucho me imagino?

La niña giró los ojos y rio desvergonzadamente mientras otros de los niños intentaban hacer que Lokar les prestara atención. Assad, por otra parte, parecía haber captado la atención de los jóvenes adolescentes, y mantenía una conversación apartado, con algunos discípulos y discípulas, mientras que Caleb había sido rodeado por una multitud de ancianos y adultos, con sus hábitos de la hermandad, y que no cesaban de hacerle preguntas. Caleb alzó una mano y la multitud hizo silencio. Los demás hermanos que los acompañaban no tardaron en tomar varios rumbos, regresando aparentemente a sus dependencias para descansar del viaje.

-Todo a su tiempo – les dijo Caleb – Dispersaos, y pronto tendré ocasión de contaros con más detalle lo sucedido durante mi viaje.

-Sí, maestro – respondieron al unísono unos cuantos. Arys notó que saludaban a Caleb juntando la palma izquierda extendida sobre un puño cerrado y con una ligera inclinación de la cabeza.

Los demás jóvenes y niños que estaban con Assad y Lokar, fueron dispersados a la fuerza por los adultos, que se los llevaron rápidamente a otra parte del patio, hacia un edificio de anchas columnas, que parecía ser una especie de salón de entrenamientos. Varios de ellos, incluida la jovencita que había saltado a los brazos de Lokar, le dedicaron una mirada inquisidora, pasando de su cabellos claros a la espada que portaba. Varios

de ellos cuchichearon excitados señalando específicamente el arma.

Arys se quedó solo con Lokar, Caleb y Assad, que se miraron e intercambiaron unos breves susurros, mientras el niño permanecía de pie temblando de ansiedad.

-Síguenos, Arys – le dijo simplemente Caleb.

Lo guiaron a través de innumerables pasillos entre las dependencias, cruzando patios pequeños, rodeados por caminos de tablones de madera finamente trabajados y barnizados. Arys se comía con la vista aquel enorme lugar, sin poder dar crédito a lo que veía. La gente, atareada en innumerables actividades, cotidianas, como si se tratara de un simple pueblo de las montañas, mientras que otros movían pesadas cargas en bolsas de arpillera y variados elementos de entrenamiento, como monigotes y postes de madera articulados, que Arys ya había visto hacia años, en los patios de la casa de su familia, en Assabant.

El camino de tablones de madera termino en una escalinata del mismo material, que ascendía hasta un edificio de piedra negra y tejados rojos, que parecía ser un templo. Ascendieron los escalones, y sortearon una gran puerta de madera, custodiada por dos grandes braseros de latón ennegrecidos, situados sobre sendos soportes de piedra. Una leña aromática y perfumada ardía en el interior de los braseros, y la suave brisa agitaba el humo espeso que emanaba de ellos, creando variadas formas serpenteantes.

Cuando Caleb empujó las puertas de madera, el rechinar de las mismas se elevó en el interior de aquel recinto con un eco reverberante, que daba cuenta de la vastedad, así como también, de la austeridad de aquel lugar. Unos llameantes braseros iluminaban el interior de aquella especie de templo, y una alfombra color rojo oscuro recorría el centro de la estancia. Al final de la alfombra, en el fondo del templo, había una butaca de madera, sobre la cual estaba sentada una persona vestida de blanco.

Al acercarse, Arys percibió que detrás de la persona había un gran telar colgado de la pared, una hermosa representación, de una única flor roja que crecía en medio de un tranquilo estanque, entre las hojas verdes iluminadas por el sol. Arys bajo la vista, y se encontró entonces, con un par de ojos que lo observaban atentamente. Los tres hombres se pusieron frente a la mujer de blanco, y la saludaron respetuosamente, con la palma encima del puño, e inclinaron la cabeza. Arys los imitó lo mejor que pudo, y la mujer lo observó, y le sonrió.

Decir que era hermosa, era una injusticia terrible. Pero bastaba la poca experiencia de Arys en el mundo, para comprender que se encontraba ante una criatura de una belleza, que inspiraba temor y reverencia con tan solo contemplarla. Su piel era pálida como la luna, y sus cabellos eran

negros como la noche. Sus ojos eran oscuros y profundos, verdes como el musgo, y como las hojas del abedul. La mujer volvió a sonreír, con sus blancos y perlados dientes, y Arys se estremeció. Algo en aquella sonrisa, denotaba peligro, y una sabiduría impropia de una joven beldad.

-Arys, ella es la Primera Espada de la Casa del Duelo, y Gran Maestra del Loto Carmesí: Chadra Lien.

Arys no supo si asentir o volver a saludar a la mujer. Se limitó a inclinar respetuosamente el cuerpo, y eso pareció satisfacer a Caleb, que le suplico que esperara y camino para reunirse con la mujer.

-Has demorado mucho, Caleb – le espetó la mujer, con un dejo de premura en la voz – Intuyo que traes malas noticias, cargadas de un gran pesar para mi corazón, y para la Casa del Duelo.

-Así es, Gran Maestra – Caleb se puso de rodillas e inclino la cabeza – Hemos fracasado en nuestra misión.

Arys pudo ver como la mujer inspiraba profundamente, como absorbiendo las palabras que salieron de la boca de Caleb, meditándolas, y saboreándolas. Lentamente, colocó su mano sobre la mejilla del hombre, y lo instó a ponerse de pie, guiándolo con suavidad maternal.

-Ah, Caleb – susurró Chadra – Dime sus nombres... por favor – su voz era una aguda nota que perforó el corazón de Arys como una flecha. Un súbito temor se apoderó de él, y aferró su espada de forma inconsciente. Chadra Lien lo notó y también dirigió su mirada a la espada que Arys sostenía. Una lágrima rodo por su mejilla, y el niño sintió una terrible necesidad de correr y abrazar a aquella mujer, suplicarle que no llorara.

Caleb negaba con la cabeza, Assad y Lokar parecían no poder levantar la vista del suelo. Luego Chadra caminó lentamente y paso entre ellos como una suave brisa, mientras su vestido blanco se arrastraba por el suelo alfombrado. Se puso de pie entre Arys y Caleb, y este volteó para observarlos. La mujer miraba la espada que Arys portaba con detenimiento. Finalmente, como si hubiera comprendido la cruel verdad, cerró los ojos y dejó correr las lágrimas, que manaron de ellos como una correntada.

-Bryanna, Mathos... y Arnus – susurró quedamente Caleb, y la Gran Maestra de la casa del duelo asintió, como confirmando algo que ya sospechaba desde el momento en que había puesto los ojos en aquellos hombres abatidos – Lo lamento tanto, Chadra – Caleb tembló, Arys notó que había pronunciado el nombre de aquella mujer con una pena tal que partía el alma. Supo que pocos hombres se atrevían a llamarla por su

nombre, uno de ellos era el Maestro Caleb.

Entonces, ante la sorpresa de Arys, la dama se puso de rodillas, y lo rodeó con los brazos, y lo acercó hacia su pecho. Las lágrimas afloraron de los ojos de Arys sin que este pudiera hacer nada para controlarlas. Toda la ira, toda la pena y el sufrimiento por haber perdido a su familia, manó hacia afuera en un sollozo incontrolable. Como si toda su vida se le fuera en aquel momento, como si la mujer hubiera sabido comprender su dolor, y ambos dos compartieran la pérdida, caminando lado a lado por un doloroso sendero hacia el entendimiento mutuo.

-¿Cuál es tu nombre, jovencito? – le preguntó con suavidad.

-Arys – susurró este, moqueando y enjugándose las lágrimas lo mejor que podía.

-Arys – volvió a pronunciar Chadra Lien, pronunciando suavemente las dos sílabas que conformaban su nombre, como un cántico triste y solemne – Cuéntame Arys, ¿cómo fue que Arnus murió? Cuáles fueron sus últimas palabras.

Arys dudó. Pensó en contarle una mentira. Pensó en decirle que el hombre había muerto de forma rápida e indolora. Pero por algún motivo, sabía que Chadra Lien sabría la verdad, y, a pesar de que hubiera sido una mentira bien intencionada, Arys no tenía la fuerza para mentirle a aquella mujer, de ninguna forma.

-Syranna – dijo Arys con voz queda, sorbiendo con la nariz, y haciendo un considerable esfuerzo para no llorar más – Fue todo lo que me dijo, y me dio esta espada.

Chadra asintió y se puso de pie, luego camino lentamente hacia su asiento y meditó unos instantes antes de sentarse con delicadeza. Tenía el rostro húmedo por las lágrimas, y el vestido mojado por las del niño.

-Cuéntame todo Caleb, cuéntame cómo fue.

Caleb comenzó a relatar toda la operación, ante un atónito Arys. Supo que el Maestro y Sargad se habían enfrentado, y que el cobarde Katari había huido para reunirse con sus hombres. Supo que el objetivo del Loto Rojo siempre había sido proteger a Bianca, aunque no menciona el porqué, por lo menos, no delante de Arys. También conoció la verdad acerca de los Katari y de cómo habían sembrado el terror en aquella iglesia, para distraer al Loto Rojo y poder raptar a Bianca sin inconvenientes. Entonces, para sorpresa de Arys, comenzó a relatar una parte de la historia que este ya conocía, pero que a estas alturas, era un borrón en sus recuerdos

difusos de aquella noche fatídica.

Supo que se había enfrentado a un alto rango de los Katari llamado Seoane, y que, armado con una simple espada de madera, lo había dejado lisiado a base de golpes en los tendones y en los nervios. Chadra pasaba la vista de Caleb a Arys, meditando cada palabra que salía de la boca del maestro. Luego, Caleb narró como Arys había intentado rescatar a Bianca, y como, armado con una espada ya quebrada, y entonces, acabó su relato diciendo que no sabía más detalles del combate en sí, pero que si sabía que Arys había sobrevivido tomando la espada de Arnus.

Entonces Chadra se volteó hacia él y le dijo: - Continúa el relato, Arys.

Arys titubeo, pero rápidamente se recompuso, y fue tejiendo lentamente, y articulando con gran esfuerzo los recuerdos, el relato de cómo había peleado contra K'tara, el despiadado que se había llevado a Bianca. Le contó cómo había llegado a toparse con Arnus, y como este le había confiado la espada Syranna, sin saber qué es lo que significaba en aquel momento. Luego, le contó lo que sintió al combatir usando una espada de verdad, y que su cuerpo se había movido de forma inconsciente, y que no recordaba bien por qué había salido vivo de ese entuerto. Le contó cómo había arrebatado la bomba de humo a Sargad, pero omitió el detalle de que había reconocido su voz de tiempos anteriores. Omitió el hecho de que Sargad era el responsable de la muerte de su familia.

-Desenvaina la espada, joven Arys – le ordenó Chadra Lien. Arys obedeció de inmediato. Y Syranna saltó de la vaina con facilidad – Ahora quiero que me muestres lo que sabes. Cualquier cosa estará bien.

Arys obedeció, y asumió la posición de Luna Creciente. Luego, ejecutó una serie de pasos básicos, seguidos de Golpe de la Tormenta, una técnica que su padre le había enseñado hacia años, para defenderse de múltiples adversarios. Luego bailó, con Syranna cortando el aire, parecía como si la espada no pesara nada en sus manos, pero aun así, Arys notaba la diferencia entre manipularla el acero, y una espada de prácticas. Finalizó lanzando una serie de estocadas, Cortando la Luna, Estrella Fugaz y Remolino salvaje. Todas las técnicas que su padre le había enseñado, ejecutadas con la mayor pulcritud y la destreza que pudo acumular. Cuando terminó, estaba realmente agitado. Le dolía el pecho y sentía que su corazón estaba a punto de estallar. Sintió que el aire era frío, y que se escapaba de sus pulmones con facilidad. La cabeza le dio vueltas, pero no se tambaleó, se mantuvo firme, parado frente a la Primera Espada, mientras esta lo escrutaba con expresión seria.

-Tiene potencial – afirmó luego de varios segundos, que para Arys fueron

eternos – Mucho.

Arys se sintió complacido, exultante.

-¿Debería enseñarle yo? – preguntó Caleb.

-Sí, y también Assad y Lokar – afirmó Chadra – Quiero que los tres lo preparen, lo moldeen y le enseñen todo lo que saben. Quiero que esté listo en tres meses.

Caleb emitió un resuello, y Arys miró extrañado como su rostro se ponía de un ligero tono blancuzco.

-¿Listo...en dos meses? – repitió Caleb, sin dar crédito a las palabras de Chadra Lien.

-Sí, así es. En tres meses, el joven Arys pasará directamente a mi tutela.

Arys quiso sonreír. La expectativa de ser estudiante de la Primera espada del Loto Carmesí era grandiosa. Pero por alguna extraña razón, se sintió cohibido. Miró el rostro de Caleb y la duda lo invadió. ¿Tres meses?

-Es imposible – musitó Caleb- Tardaría años en aprender todo lo necesario para...

-Tres meses Caleb – lo interrumpió la Primera Espada – Y te aseguro, Arys aprenderá todo lo que le enseñes a la perfección ¿Verdad? – Lo miró con aquellos ojos como esmeraldas, brillantes y letales, y Arys asintió rápidamente y sin dudarle – Bien, ya está resuelto. Llévatelo, Caleb. Y dale algo de comer, por favor, está demasiado flacucho.

Caleb asintió y se inclinó respetuosamente ante Chadra Lien, e instó a Arys para que haga lo mismo. La mujer les sonrió, y le dedicó una sonrisa especial al niño. Este dudó por un instante y luego le devolvió la sonrisa.

Momentos después, él y Caleb salían apresuradamente por las puertas de doble hoja y dejaban atrás el calor de la instancia que albergaba a la Primera espada, para internarse en el frío de los caminos del recinto de la Casa del Duelo.

## 16 – El puente

Caleb lo acompañó hacia los aposentos donde varios niños se encontraban cuchicheando con curiosidad, y los observaban mientras Arys y el Maestro caminaban por el pasillo de la residencia. Al llegar a una de las habitaciones, Caleb echó un vistazo alrededor y asintió.

-Esta estuvo vacía mucho tiempo, espero que no te moleste limpiar un poco de polvo- le explicó a Arys - Deja tu morral, pero trae tu espada. Comeremos y luego comenzaremos con tu entrenamiento.

-¿Ya? - Preguntó Arys sorprendido -¿Así de improvisado?

Caleb le echó una mirada enigmática que Arys no supo si interpretar como una reprimenda o un simple gesto de sorpresa.

-Tres meses. Tienes que estar listo. De lo contrario... - Caleb negó con la cabeza.

-¿Qué cosa? - preguntó Arys asustado.

-Nada... vamos, no perdamos tiempo - le indico el Maestro.

Caleb lo condujo hacia un recinto amplio, de paredes de piedra, con columnas de madera talladas que sostenían lo que parecía ser el segundo piso de un gran depósito. Era una armería, o al menos, eso parecía. Por doquier colgaban estandartes, estantes de armas y armaduras, y unos cuantos miembros del Loto Carmesí conversaban mientras inspeccionaban los utensilios y clasificaban herramientas.

El maestro se acercó a uno de estos individuos, de mediana edad y complexión robusta, intercambio unas breves palabras, y este cabeceó en acuerdo. Luego dirigió la vista hacia Arys que observaba con suma curiosidad, por unos instantes, el muchacho sintió como si esos ojos lo perforaran, analizando cada fibra de su ser.

Unos instantes después, el hombre se volvió hacia uno de los grandes aparadores, tomó unas cuantas cosas del mismo, las puso en una pila, y luego las metió en una especie de mochila. Volvió caminando lentamente, con la mochila colgando de una de sus manos. Se la extendió a Arys, y este la tomó, no sin cierta dificultad.

-Aquí tienes todo lo que necesitas, joven - le indicó el hombre - siempre que necesites algún material o pieza de armadura, puedes venir a verme, soy Morgu.

-Arys - contestó este perplejo. El hombre cabeceó y se retiró y Caleb carraspeó para llamar su atención.

-Nos vamos al comedor -le indicó a continuación.

Salieron al exterior, y transitaron por otro de los patios internos de aquel enorme lugar, que parecía infinito. Por doquiera había edificios, todos del mismo estilo, construidos sobre las laderas de la montaña, interconectados por filas de escalones y puentes de madera. Era una

verdadera fortaleza, y Arys comenzaba a comprender un ligero atisbo de lo que era la Casa del Duelo.

Cuando llegaron al comedor, un gran salón en medio de un enorme edificio que parecía el centro mismo de todas aquellas construcciones, notó que todos conversaban afablemente, mientras compartían los víveres dispuestos en abundantes cantidades sobre cornucopias y fuentes de plata. Arys nunca había visto tanta comida. Y cuando Caleb se sentó y le indicó que comiera, obedeció con gusto. Mientras picoteaba un poco de cada plato, Arys notó que los que terminaban, se encargaban de limpiar la mesa, y retirar su propio plato. Luego, con paciencia, lo llevaban hasta unas tinajas de piedra, los lavaban, y los dejaban ordenados sobre aparadores de madera.

Parecían una gran familia, sumamente pulcra y organizada. Arys los observó detenidamente. Sus modales, su forma de conversar afable y desenfadada, pero siempre respetuosa. La Casa del Duelo no era solo una escuela, era lo más parecido que Arys había visto a un hogar, en un largo tiempo. Y al entender esto, comenzó a ver las cosas con otros ojos.

No era simplemente un lugar donde la gente iba a aprender el arte de la espada. Los hermanos del Loto Carmesí, no eran una casta de guerreros ancestrales que perseguían una noble causa o seguían una especie de código de honor; eran muchísimo más que esto, y la casa del Duelo no era un lugar cualquiera en el mundo. Era un lugar único: era un hogar, un refugio y a la vez, un lugar donde entrenar el cuerpo y la mente. También era un lugar de paz. La montaña escondida entre la niebla, y el susurro del viento. La ausencia de ruido, era la pureza misma de aquel lugar terrenal, pero a la vez, tan por encima del mundo conocido. Arys comprendió que, aunque todos ellos, y ahora él mismo, eran guerreros, no iban allí a aprender a luchar, sino a encontrar la paz.

Arys notó que Caleb lo observaba detenidamente, y asintió, como si comprendiera que la mente del muchacho había captado aquel detalle tan importante. La instrucción de Arys ya había comenzado.

El muchacho se levantó cuando estuvo satisfecho, tomó su plato, su vaso y sus cubiertos, y los fue a lavar a la tinaja. Luego los colocó con cuidado en su lugar. Cuando volteó, vio que hasta Caleb lavaba su plato. La simple visión de aquel detalle le transmitió cierta paz.

Algún día, con el tiempo, quizá también podría encontrar aquella paz que anhelaba. Pero para eso, primero debería buscar justicia para su familia, y rescatar a Bianca.

Caleb le hizo una seña con la mano y Arys lo siguió.

Caminaron largo trecho hasta detenerse en un puente de madera. Allí, Caleb le ordenó que se vistiera, y que se protegiera con la armadura. Arys lo obedeció, y Caleb no se mostró sorprendido al ver que sabía a la perfección como colocarse el peto y los brazaes de cuero tachonado. Las espinilleras le dieron un poco de trabajo, pero finalmente logro ajustarlas a su medida. Miro al Maestro para indicarle que estaba listo y este asintió.

-Desenvaina – le ordenó Caleb, y Arys se quedó atónito.

-¿Ahora? – preguntó Arys, y Caleb volvió a asentir.

- Este camino lleva al Santuario, un lugar sagrado para la Casa del Duelo, allí reside la Cámara de los Héroes, y el siguiente pasó en tu entrenamiento. Si puedes pasar, acortarás el camino, y pasarás a una etapa superior en el entrenamiento. Intenta cruzar el puente – le ordenó el Maestro- Puedes usar cualquier técnica que sepas. Puedes intentar atacarme o defenderte o esquivarme. Como sea, intenta cruzar el puente.

Arys tomó el mango de Syranna y esta saltó de la vaina con suma facilidad, produciendo un susurro al cortar el aire. Con la armadura puesta, Arys se sintió aún más pesado, y le costaba un poco empuñar la pesada espada, así que la aferró con las manos y se enfrentó con decisión a Caleb.

-Vamos – le ordenó Caleb, y Arys, sin dudarlo, se abalanzó hacia adelante.

Antes de que pudiera saber que ocurría, dio una brusca voltereta, y cayó de espaldas sobre el puente de madera. El súbito golpe hizo que expulsara el aire de los pulmones, y se quedó boqueando en el suelo unos instantes, antes de poder recuperarse y notar que el Maestro Caleb, ni siquiera había desenvainado su espada.

-¿Co...cómo? – alcanzó a balbucear.

-De pie –ordenó Caleb, y Arys volvió a ponerse de pie con dificultad – De nuevo, intenta pasar.

Arys esta vez, midió con cuidado sus pasos. Saltó sobre la baranda del puente, e hizo equilibrio con la espada, usó la técnica que su padre le había enseñado: el andar del viento. Saltó y corrió sobre la barandilla y cuando estuvo cerca de Caleb, saltó en el aire por encima de la cabeza del Maestro, y pensó que lo había logrado, cuando sintió un fuerte tirón en la pierna derecha, y se vio arrojado hacia atrás, rodando contra el suelo, y nuevamente quedó mirando hacia el cielo.

Esta vez no necesitó una nueva orden de Caleb. Se puso de pie al instante, recuperándose con una voltereta, apuntó la espada hacia Caleb, y se lanzó en una embestida, listo para derribar al Maestro de una sola estocada. Pero la estocada siguió de largo, y Arys sintió un terrible dolor en el omoplato, que lo hizo caer de rodillas. Luego, vio como el pie de Caleb se acercaba a una velocidad impresionante hacia su barbilla, y el dolor lo cegó. La oscuridad lo invadió y sintió que los dientes le castañetearon por el impacto de la patada. Y de nuevo volvió al punto de inicio.

-Vamos, arriba – le ordenó.

Arys, apretó el mango de Syranna con fuerza. No había soltado la espada en ningún momento. Soltar la espada era el equivalente a rendirse, y Arys lo sabía bien, su padre se lo había explicado muchas veces: “deja caer la espada, solo si estás muerto”.

Se puso de pie e intentó una vez más. Y otra, y otra. Cada vez, recibía un castigo aún peor. Mientras más lo intentaba, más era rechazado por Caleb, quien seguía sin desenvainar la espada. Era humillante. Era realmente humillante. Arys trastabilló y se dio de bruces contra el suelo. Estaba magullado y herido, y seguía levantándose una y otra vez, ya sin esperar la orden del Maestro Caleb. No se rendiría. Jamás.

Así continuó el desafío del puente. Por horas, la luz del día fue mermando, y con ella, el deseo de Arys por continuar con aquella lección. Hasta que finalmente bajó los brazos, rendido, y perdió el conocimiento por unos instantes, cayó de rodillas, y luego hacia adelante. Syranna permaneció tercamente pegada a su mano, y su mano aferrada con suma obstinación a ella, como si fueran una sola cosa, como si la espada fuera un apéndice, parte de su ser.

Era débil. Por más habilidoso que fuera, estaba lleno de falencias, era como un árbol sin raíces, en medio de un huracán. Esa fue la primera lección de Caleb. Humildad. Volvió a ponerse de pie una vez más, aun sabiendo que el castigo se avecinaba. Pero para su sorpresa, Caleb le sonrió. -Suficiente por hoy - le dijo - Creo que has entendido bien la lección, y además, has demostrado una gran fuerza de voluntad. Arys asintió, sentía como el entumecimiento de los miembros desaparecía, para dar paso a un agudo dolor; por la mañana, despertaría lleno de cardenales y moretones. Caleb lo sopeso con la mirada. -Bien, ve con el maestro Lokar a que te arregle un poco. En el camino, si eres listo, quizá aprendas una nueva lección. Y dicho esto, dio media vuelta, y partió por el camino que llevaba hacia el santuario. Arys no se atrevió a seguirlo, pues, como bien sabía, no era digno de ascender aquellos escalones. Así que se limitó a hacer lo que le ordenaron. Con gran esfuerzo, y valiéndose de su espada

envainada como cayado, se puso de pie.

Trató de olvidar el dolor. Trató de pensar en su familia, enfocándose en su deseo de hacer justicia. Pensó en su hermano menor, y en su hermana. ¿Qué habría pasado con él? Le costaba recordar su rostro. El recuerdo era tan lejano, que apenas era un borrón de pelo rubicundo y una sonrisa de bobo. Pero aun así, si existía la posibilidad de volver a verle. Quizá ni siquiera estuviera vivo. Era inútil confiar en la esperanza, pero Arys se aferró a ella con el mismo fervor con el que se aferraba a la vida.

Llegó a las escaleras que llevaban a la plaza de la Casa del Duelo. El dolor de su cuerpo arremetió una vez más, y Arys cayó al suelo, soltando la espada, que rebotó y fue a parar a los escalones inferiores de la escalera de piedra. Escuchó un ruido extraño y unos pasos ligeros. Sintió la presencia de una persona, pero tenía la cara pegada al suelo y no podía levantar la cabeza ni voltearse. Sintió que unas manos lo tanteaban, pero no pudo defenderse. Unas manos pequeñas, como las de un niño. Las manos se alejaron, y Arys escuchó que los pasos repiqueteaban en la escalera. Escuchó el sonido de la vaina de Syranna al ser levantada, luego, escuchó como los pasos se alejaban.

-¡No! – balbuceó. Y la oscuridad lo envolvió.

17 – Alondra

Cuando Arys abrió los ojos, lo primero que percibió fue la luz del fuego crepitante dentro de una pequeña habitación. Volvió a cerrar los ojos, al notar el dolor que sentía en todas sus extremidades, aunque no era tan agudo ahora. Sintió las vendas que cubrían sus brazos y sus piernas, y la compresa húmeda que tenía sobre el pecho.

Balbuceó algo que ni él mismo logró entender. Tenía la cara hinchada y los labios morados.

-Shhhh – escuchó una voz familiar – Ya, ya, no trates de hablar.

Una manaza pasó por delante de su rostro y Arys sintió que le humedecían la frente con un paño mojado.

-Tamaño paliza te ha dado Caleb – dijo Lokar- Creo que se excedió.

-Caleb siempre ha sido así, Lokar – dijo la voz de Assad, desde algún lugar de la habitación, oculto a los ojos de Arys – Por lo visto falló en la primera lección.

-Aun así, se excedió un poco.

“¿Un poco?” – pensó Arys ofendido. Pero en su fuero interno, sabía que Assad tenía razón. Había fallado en su primera prueba.

Assad atravesó la habitación y se sentó en un banquillo junto al camastro sobre el que estaba recostado Arys. Lo miró fijamente y asintió.

-Creo que ahora entrenarás conmigo – le anunció con voz seria.

Arys intentó asentir pero a duras penas logró mover el cuello. En ese momento, se escuchó el chirrido de una puerta y unos pasos lentos y cautelosos.

-Ah, pasa – el vozarrón de Lokar resonó en la pequeña habitación e hizo que tanto Arys como Assad se sobresaltaran – Creo que quiere verte a ti – Le dijo el maestro guiñando un ojo.

Los pasos se acercaron lentamente y una pequeña niña entró en el campo de visión de Arys. Era la jovencita que se había lanzado a los brazos del maestro Lokar cuando llegaron a la Casa del Duelo.

-¿Y bien?- dijo Lokar arqueando una ceja -¿No vas a presentarte?

La niña no aparentaba ser más que un par de años más pequeña, pero era menuda y tenía una cara inocentona y redondeada, con una frente amplia y cubierta de rulos cobrizos. Arys notó que se frotaba las manos y lo miraba un tanto avergonzada.

-Bien – dijo el Maestro Assad – Esta es Alondra, Arys, y fue la que nos avisó que estabas herido. Le debes tu gratitud.

Arys intentó asentir y movió la mano y tateo el costado de la cama, rozando la empuñadura de Syranna, que estaba apoyada junto al camastro. Sintió una oleada de alivio indescriptible, y un atisbo de vergüenza. Le sonrió a la niña, y esta le devolvió la sonrisa.

-Maestro Lokar – dijo la niña con una vocecilla melodiosa - ¿Va a estar bien, no?

-Si Aly, le dimos de beber el Agua Mística. No tardará en sanar, gracias a ti.

La niña se puso del color de un tomate maduro y sonrió satisfecha. Luego se acercó y tomó el trapo de la frente de Arys, lo remojó en un balde de madera y volvió a humedecerle el rostro, los labios y la frente con sumo cuidado.

-Despacio, no te entusiasmes – le sugirió Assad.

-Estoy bien – respondió Arys. Ambos maestros y la niña se mostraron sorprendidos.

El muchacho respiró hondo y se incorporó en la cama. El dolor había remitido, pero aún sentía el rostro hinchado.

-¡No te levantes! – le ordenó Lokar.

-Estoy bien Maestro – respondió el joven – Maestro Assad, ¿ese entrenamiento del que hablaba, podemos hacerlo ahora?

Assad sonrió y miró a Lokar que refunfuñaba por lo bajo. Alondra permanecía de pie detrás del fornido maestro y miraba a Arys desconcertada. Puso un pie fuera del camastro, luego el otro, tomó a Syranna y se ayudó con ella para ponerse de pie lentamente.

-Estoy listo – anunció –No más descanso.

-Duro como la piedra –se quejó Lokar – Bien, entrenamiento suave Assad.

-Tan suave como pueda – Assad miró a Arys de pies a cabeza y le indicó a Alondra que lo ayudara.

La niña se acercó y tomó el brazo vendado de Arys y se lo puso sobre los hombros. Era dos cabezas más baja que él, pero aun así, tenía suficiente fuerza como para hacerle de sostén. Lo ayudó a dar unos pasos y lo sentó sobre un taburete. Luego saltó jovial y tomó unas ropas negras y rojas de una pila, selecciono unas, y otras las devolvió a la pila con suma prolijidad. Volvió hacia donde estaba Arys y le ayudó a vestirse. El muchacho tenía los brazos entumecidos, pero eso no le impidió pasarlos por las aberturas de la tela, la niña miró a los maestros y señaló las vendas de los brazos de Arys.

-Déjaselas – le ordeno Assad.

Alondra asintió y luego procedió a cerrarle los botones de la camisa a Arys, luego le puso encima el abrigo más cómodo y acolchado que Arys había tenido en su vida. No sabía de qué material estaba hecho, pero era liviano y abrigado, y cerraba en torno a la camisa con un par de cintas de tela, que la niña se apresuró a ajustar en torno a su cintura.

Arys se puso las medias y las botas solo, quería conservar algo de dignidad después de todo. Alondra no parecía satisfecha con el resultado, así que volvió hacia la pila de ropas, y rebuscó entre las prendas, hasta dar con un par bultos de tela negra. Una capa y una pañoleta. Le echo la

capa sobre los hombros y cerró el cuello. Le quedaba algo ajustada. Luego intentó envolverle la cara con el pañuelo.

-Está nevando – anunció un tanto ofuscada – Hace frío y no me gusta.

Arys le sonrió y la niña volvió a ponerse roja como una fresa.

Con la ropa puesta, Arys se sintió más a gusto, a pesar del dolor. Los maestros le habían dado algo que lo había hecho recuperarse deprisa. El Agua Mística. Arys no podía evitar preguntarse acerca de este y muchos otros secretos que la Casa del Duelo guardaba. Pero por ahora, solo le interesaba una cosa.

-Necesito cruzar ese puente – anunció a Lokar y Assad - ¿Pueden ayudarme?

Los dos maestros, sorprendidos, se miraron y asintieron.

-Ven conmigo – le llamó Assad.

18 – Escucha

Alondra lo ayudó a caminar por un rato, y Assad iba a su lado, lentamente y con paciencia, guiándolos por un sendero apartado de los demás edificios, y que parecía internarse hacia uno de los bordes exteriores de la Casa del Duelo.

La niña tenía razón. Afuera hacía un frío de muerte. Y Arys estaba agradecido de tener esas ropas tan abrigadas. Si solo hubiera tenido esas mismas ropas hace un año atrás, las cosas hubieran sido más fáciles para él, en las calles de Astur. Pero ahora, tenía un lugar donde quedarse, estaba a salvo del frío. Pero no estaba a salvo de su promesa, ni del fracaso. Tenía que aprender, tenía que hacerse fuerte, y rápido. Debía cruzar ese puente. Arys no sabía por qué, pero el corazón le decía que detrás de ese puente, hallaría la fuerza para vencer a cualquier enemigo que se le cruzara.

Cuando Assad se detuvo, Alondra lo ayudo a acercarse hacia donde estaba el maestro. Era una pequeña arcada de piedra pintada de rojo. Y detrás de la arcada de piedra, crecía uno de esos árboles extraños, con sus pétalos azulados y celestes, que caían lentamente y sin cesar, meciéndose con la brisa invernal. Assad cruzó la arcada de piedra y volteó para mirar a Arys, luego se quitó la espada del cinto y se sentó con las piernas cruzadas.

-Ven y siéntate – le ordenó – Alondra, vuelve con el maestro Lokar.

La niña asintió. Arys pudo notar que estaba un tanto ofuscada por tener que irse, pero igualmente obedeció con presteza, y volteó a mirarle una vez más, antes de desaparecer en la curva del camino. Arys suspiró y avanzó con esfuerzo, hasta llegar junto al maestro.

El suelo era de piedra, y estaba húmedo por la nevisca, pero aun así, se sentó, dejando la espada a un lado, tal y como había hecho Assad.

-Cruza las piernas así – le indicó señalándose los miembros inferiores – Relájate. Respira.

Arys asintió, e inspiró hondo. Era un ejercicio que conocía bastante. Regular el aire para serenar el corazón y la mente, y poder medir las acciones con cuidado.

-No, así no – le dijo el maestro – Inspira profundo. No es la meditación de combate. No estamos peleando. Deja fluir el aire. Siente el viento. Siente el aire a tu alrededor. Bien.

Arys volvió a inspirar. Esta vez, con mayor profundidad. Sus pulmones se llenaron con el aire límpido de la montaña. Largó el aire poco a poco, viendo como las vaharadas de vapor que emanaban de su boca ascendían y eran atravesadas por los pétalos que caían sin cesar.

-Bien, ahora, escucha con atención. Este es el Espíritu del Viento. Es una técnica antigua, y sagrada – explicó Assad – solo funciona en lugares de paz, lugares donde fluyen las corrientes de energía. Estos lugares son raros. Aprenderás a reconocerlos, y a utilizarlos – Ahora respira. Tres veces más.

Arys respiró.

-Siente en cada respiración, el viento a tu alrededor. La tierra bajo tus pies, los pétalos que caen – le indicó – Cierra los ojos. Aparta tu mente del ayer, y del mañana. Concéntrate en este instante, en este mismo momento, y en el sonido del viento a tu alrededor.

El viento soplaba con calma. Arys escuchó el sonido del eco metálico de las espadas entrechocando en las Salas de Entrenamiento. Del Martillo de un herrero golpeando sobre el yunque, moldeando una nueva hoja. El vuelo de un águila y el agudo sonido de su grito de guerra. El viento cesó y Arys sintió una leve brisa, y el sonido de las hojas al amontonarse a su alrededor, sobre la tierra.

-Bien, eso es. ¿Sientes eso? – Preguntó el maestro Assad - ¿Sientes fluir la energía?

Arys asintió. Sentía un ligero cosquilleo en las piernas y en la columna vertebral. Era una sensación extraña, y le incomodaba un poco, pero por alguna razón, su cuerpo y su mente estaban en un estado de paz que nunca había logrado antes. ¿Era este un lugar místico y especial en realidad? ¿O tan solo un buen lugar para meditar?

-Despeja tu mente de toda contrariedad – le reprendió Assad – Cuando frunces el ceño, es que estás pensando. No pienses. Respira. Escucha. Este es el Espíritu del Viento.

Y Arys escuchó. La voz de la montaña. La tormenta formándose por encima de ellos, anunciando la llegada de un feroz invierno. El cielo y las aves, y el agua que bajaba de la montaña, para encontrarse con el lago. Y el susurro de las hojas, cayendo a su alrededor.

-Escucha – repitió Assad – No puedes luchar contra todo, y tampoco puedes evitar luchar. No puedes enfrentarte a Caleb, y tampoco puedes esquivarlo. ¿Qué estás haciendo mal? ¿Cuál fue el error? ¿En qué fallaste?

Arys pensó, mientras la energía fluía a su alrededor. Y finalmente lo vio. Recordó lo que Caleb había dicho.

“Si puedes pasar, acortarás el camino, y pasarás a una etapa superior en el entrenamiento” Acortar camino. Pasar. Intentar pasar.

-Intentar acortar el camino – respondió Arys.

-Bien – asintió Assad con una sonrisa – Muy bien ¿Ahora lo entiendes no? ¿Cuál fue la primera lección de Caleb?

-Humildad – respondió Arys – No pensar que puedo saltar los pasos. Debo recorrer el camino sin tomar atajos.

-¿Y qué aprendiste en consecuencia? – Preguntó Assad – Respira. Escucha.

Arys volvió a tomar aire, y respiró suavemente. Los pensamientos fluyeron en su mente nuevamente.

-A confiar – respondió Arys- En los demás.

-Si – respondió Assad – Para caminar hacia adelante, has de apoyarte en los demás. Nunca intentes enfrentarte a algo imposible, busca siempre el camino correcto, y si debes hacerlo, siempre puedes pedir ayuda a los demás. Y esa es la lección del día. Ahora ve a ver a Lokar, y dile que te ayude con tu entrenamiento físico. Luego ve a dormir, y mañana, ven aquí

y medita una vez más. Estaré esperándote.

Assad se puso de pie y Arys lo imitó, tomando su espada y colocándosela en el cinto. Su cuerpo había sanado por completo. Se miró las manos y se palpo el rostro incrédulo. Assad sonrió y se fue, caminando por el sendero, silbando la canción del viento.

19 – Duro como la piedra

Lokar lo esperaba junto a una enorme pila de leña sin acomodar, y un hacha pequeña en la mano. Arys se acercó renovado y listo para hacer lo necesario para avanzar con el entrenamiento.

-Bien, parece que has sanado. Hora del calentamiento – le tendió el hacha y señaló la pila de leños - ¿Sabes cortar madera no? Corta y apila los leños.

-¿Todos? – preguntó Arys.

-Todos.

El joven se encogió de hombros, tomó uno de los leños más gruesos y lo asentó en el suelo. Luego puso otro encima del primero, y partió el leño por la mitad, usando el hacha. El maestro Lokar asintió y le paso otro leño.

-Continúa – le indicó – hasta que no quede un solo leño sin cortar.

El hacha subió y bajo. Una y otra vez. Pronto, Arys sintió que los brazos se le iban a caer. Pero continuó cortando la leña. Y una vez más. El hacha bajó, la madera se partió, y los leños volaron. Paso una hora. Dos. Tres. Comenzó a oscurecer.

-Listo – anunció Lokar. Arys estaba exhausto y empapado de sudor – Ahora, apílalos.

Arys asintió. Le dolían las manos, los brazos y la espalda. Pero comenzó a apilar los leños. Uno por uno. Uno junto al otro, hasta formar una pequeña pared de maderos apilados bajo un cobertizo de madera. Cuando terminó Lokar lo miró con resolución.

-Mañana, luego de meditar. Vamos a ir al bosque de la montaña. Y vamos a cortar un árbol. Usando solo las manos.

-¿Eh? ¿Cómo? – preguntó Arys sin dar crédito a sus oídos.

-Usando las manos. Así.

Lokar tomó el tocón grueso que había quedado en el suelo, y le dio un golpe con el canto de la mano. La madera resonó y se astilló, y se partió al medio, como si una enorme hacha le hubiera dado un potente golpe.

Arys lo miró boquiabierto. Y Lokar le sonrió satisfecho.

-Para ser uno con la espada. Tu cuerpo debe ser como el acero. Pero para ser acero, primero, debes ser duro como la piedra. Luego, templarte al fuego, para hacerte flexible y darte forma. Y luego veloz como el viento. Y una vez que seas así, serás como el acero.

-¿Duro como la piedra? –preguntó Arys.

-Si – respondió Lokar – Ven conmigo.

Arys siguió al Maestro por unos pasadizos entre los edificios hasta finalmente dar con un enorme edificio de forma redondeada, rodeado de columnas de piedra. Subieron por una escalinata de madera hasta un segundo piso, y desde allí entraron en el recinto.

Era una gran sala con techo abovedado, dentro de la cual había una serie de barras, aros de hierro, columnas de madera y diversos aparatos de entrenamiento. Era un gimnasio. Y estaba siendo utilizado por ocho Hermanos de la Casa del Duelo. Dos de ellos practicaban sobre un cuadrado delimitado con cuerdas, diversas técnicas de combate cuerpo a cuerpo. Otros tres peleaban contra unos postigos de madera con brazos, que giraban al ser golpeados, rotando y devolviendo los golpes. Uno estaba parado sobre un poste de madera, inmóvil, como una estatua. Los otros dos hacían flexiones de brazos sobre unas pequeñas alfombras a un costado.

-Tienes que adquirir una rutina, y trabajar todos tus grupos musculares - Lokar le indicó que lo siguiera, y se acercaron hacia el hombre parado sobre el poste - ¡Zhira! – Lo llamó el maestro – Desde hoy ayudarás a este joven en su entrenamiento físico.

-Si Maestro – respondió este, sin moverse un centímetro siquiera.

-Bien, los dejo. Ponte a trabajar Arys. Espero ver los resultados mañana.

-¿En tan solo unas horas? – preguntó Arys incrédulo.

El maestro Lokar le sonrió y le palmeo el hombro antes de alejarse; Arys no pudo hacer otra cosa más que quedarse de pie, mientras el hombre en

el poste lo observaba con detenimiento.

-Parece que piensas que tienes talento natural – le dijo de pronto.

Arys se sobresaltó al notar que el hombre estaba parado junto a él. Ni siquiera había notado su descenso.

-Lo primero que vamos a hacer es trabajar el equilibrio – le señaló uno de los postes cercanos, considerablemente más bajo que aquel sobre el que estaba parado hace un momento – Súbete y mantente arriba hasta que yo te diga.

Arys obedeció. Con gran dificultad trepó hasta la punta del poste e intentó ponerse de pie. Se tambaleó varias veces y estuvo a punto de caerse, antes de lograr un estado de equilibrio precario. Respiró suavemente, usando las enseñanzas de Assad, para calmar su mente y desacelerar su corazón. Imaginó que estaba parado sobre la chimenea de un edificio alto, de vuelta en Astur, rodeado de los ruidos típicos de una gran ciudad.

Logró un equilibrio precario, y el hombre lo miró desde abajo, claramente disconforme.

-Abajo – le ordenó, mirándolo con sus ojos ambarinos e intensos – Bastante bien, pero debes trabajar mucho la postura.

Arys asintió, y Zhira caminó hacia unas cestas de mimbre, se agachó y rebuscó entre unos objetos que tintineaban con cada movimiento. Finalmente, tomó unas anillas de hierro y volvió hacia donde estaba Arys.

-Ponte estas, luego, quiero que subas ahí arriba y vuelvas a mantenerte en equilibrio.

Arys obedeció sin rechistar, y se colocó un juego de tres anillas de hierro. No eran muy pesadas por sí mismas, pero luego de ponerse la segunda, comenzó a sentir el efecto que provocaban en sus brazos, alterando por completo su balance.

-¿Para que sirven?

-NO hagas preguntas tontas, ¡arriba! – respondió Zhira molesto.

El muchacho subió por el poste con gran dificultad. Al llegar a la cima, se tambaleó ligeramente, pero respiró y se concentró, logrando mantener el equilibrio. Luego de varios minutos las piernas comenzaron a dolerle, hasta que finalmente Zhira carraspeó sonoramente, rompiendo su concentración.

-Bien, así esta bien. Abajo.

Zhira le quitó las anillas de hierro y le examinó las manos con cuidado.

-No has peleado nunca usando las manos –le dijo

Era una afirmación, mas que una pregunta, pero aun así, Arys asintió.

- Ser un buen espadachín está bien. Ser disciplinado está bien. Ser fuerte está bien. Pero se puede ser todas estas cosas juntas, y mucho más, y eso está mejor. El balance es importante –Zhira lo miró y Arys asintió nuevamente -Desde mañana, te quiero luego de todos los almuerzos aquí. Entrenarás conmigo al menos dos horas por día, ¿está claro?

-Sí, maestro Zhira – dijo Arys.

-No maestro, simplemente Zhira.

El muchacho volvió a asentir y en ese momento su estómago produjo un sonoro gruñido. Zhira lo miró y por un instante, creyó ver un atisbo de sonrisa en su expresión, luego, el hombre le indicó que se retirara.

Arys no lo pensó dos veces, y al salir de aquel extraño recinto de entrenamiento, corrió hasta dar con la Sala Común, y luego dobló a la derecha, recordando a la perfección el camino hacia el Comedor. Al doblar en un recodo, comenzó a sentir el aroma de la comida y el murmullo de los comensales que estaban dentro.

Abrió la puerta de par en par al entrar, y en ese momento, reino el silencio. Arys avanzó sintiendo las miradas de todos clavadas en él. Ni siquiera se escuchaba el tintineo de los cubiertos, simplemente, el crepitar del fuego en un hogar, y de los braseros que estaban distribuidos por toda la sala.

Encontró un lugar libre, apartado, y se sentó. En el momento en que su cuerpo tocó el asiento, el hechizo se rompió, y lentamente volvió la conversación, y los cubiertos volvieron a sonar contra los platos y recipientes. Frente a él, un hombre robusto, con una marcada cicatriz en el rostro tomó asiento. Arys lo reconoció como uno de los que estaba peleando en el salón de entrenamiento.

-Soy Myradd –se presentó, señalándose con el pulgar – Arys, ¿verdad?

-Encantado – respondió este con una inclinación.

-¿Quieres estofado? – le ofreció el hombre, y el muchacho asintió.

Myradd le sirvió una buena porción de estofado en un cuenco, luego le dio un trozo de pan y una taza de peltre llena de un líquido con un aroma dulzón.

-Es Rocío del Alba – le informó – Se hace con los pétalos del Cyan. Es ese árbol extraño que crece en todos lados.

-Ah – Arys probó el líquido. Era refrescante y delicioso – Esta bueno.

-Claro que sí – el hombre le señalo a una mujer que caminaba entre las mesas llevando una bandeja con varias frutas – Lo hace Kara , es la cocinera – luego señalo a un hombre delgado, que vestía la túnica negra y roja de la Casa del Duelo – Ese es Nod, su esposo, es el encargado de la despensa y de las conservas.

-Todos parecen bastante ocupados aquí –dijo Arys, casi sin pensarlo.

-¡Pues claro que sí! ¿Qué creías? La Casa del Duelo funciona como una ciudad, aquí todos nos ganamos el sustento. Cada cual tiene asignada una tarea, y todos cumplen con una rutina de trabajo, además de estudiar la senda de la espada.

-¿Y qué es lo que hace usted, señor Myradd? –preguntó Arys curioso.

-Creí que nunca lo preguntarías. Soy el Emisario de la Casa del Duelo.

-¿Emisario? – Arys se metió un gran bocado de estofado y se atragantó. Tuvo que beberse todo el contenido de su vaso para no ahogarse.

Myradd le rellenó el vaso y lo miró fijamente, como si estuviera sopesando sus palabras.

-Para que la escuela pueda mantenerse, aquellos que están listos, realizan varios trabajos a cambio de una cierta recompensa. En el Salón Central de la Casa del Duelo, hay un tablero con todos los trabajos disponibles para los Hermanos del Loto Rojo. Los trabajos pueden ser sencillos o difíciles, y a veces, varios de ellos trabajan juntos. Mi trabajo consiste en encontrar dichos trabajos, y cobrar la recompensa una vez la tarea ha terminado. Cada quincena, viajo alrededor de los pueblos cercanos, donde tengo mis contactos, y ellos traen consigo la correspondencia y los pedidos de personas importantes de toda Andrade.

-Parece un trabajo interesante – le dijo Arys, mientras limpiaba el cuenco con un trozo de pan –Es interesante saber esas cosas, gracias por contármelo.

-No me lo agradezcas, joven Arys. Te lo he contado, porque necesito que

seas mi asistente.

-¿Asistente? – preguntó Arys desconcertado.

-Incluso a los niños, se les asigna un puesto como asistentes –Explicó Myradd -Tu amiga Alondra es la aprendiz de Sanadora del Maestro Lokar. ¡No voy a mentirte! Esta es una tarea complicada, e implica que viajes conmigo cada quince días y me ayudes a recolectar los pedidos. ¿Estás dispuesto intentarlo?

Arys asintió, y el hombre sonrió abiertamente. Era bastante parecido a Lokar, solo que su acento era más bien del Oeste, quizá de Caedmir. Pero algo en él le indicó que era una buena persona.

-¡Bien, queda decidido! – dijo el hombre dando un golpe en la mesa – Le informaré al Maestro Caleb sobre mi calendario. Mi próximo viaje es exactamente en doce días, y tú, jovencito, vas a venir conmigo.

-De acuerdo – aceptó Arys- Siempre y cuando llevemos de esto para beber en el viaje – le dijo rellenando la copa por tercera vez.

El hombre lanzó una carcajada y asintió.

Más tarde, esa misma noche. Mientras Arys buscaba el camino hacia su habitación, se cruzó con Caleb. El maestro lo miró con cierta indiferencia, pero no parecía estar enojado.

-Veo que te has recuperado – expresó – Espero la lección haya servido de algo.

-Sí, Maestro. Ha resultado revelador.

-¿Entiendes el porqué de la lección? ¿O solo pretendes entenderlo?

-He entendido que soy débil, y que a veces, la debilidad proviene del desconocimiento de uno mismo.

-¿Y qué has aprendido con Assad? – preguntó el maestro, satisfecho con su respuesta.

-Que debo escuchar al viento, y fluir como él.

Caleb volvió a asentir. Y le hizo una señal para que lo siguiera.

-¿Qué has aprendido con Lokar?

-Que debo pulirme para lograr ser afilado como la espada. Primero debo

ser como la piedra.

-¿Y de Zhira, que has aprendido?

-Que el balance es importante –respondió Arys, y una vez más el Maestro Caleb pareció satisfecho.

-Muy bien. Y Myradd se encargará de tus estudios sobre la sociedad y su funcionamiento. Es importante cultivar la mente, además del cuerpo. – El maestro Caleb se detuvo de pronto y miró a Arys con seriedad - Sabes leer, ¿verdad?

-Si Maestro, mi madre me enseñó – respondió este, y el dolor de un fugaz recuerdo atravesó su rostro.

-Bien – asintió Caleb mientras entraban en las habitaciones – Quiero que vayas a la biblioteca y leas. Nada en particular. Pero cultiva el placer de leer. Afila tu mente como si fuera una espada.

-¿Tenemos biblioteca? – preguntó atónito.

-Si. Está detrás del Salón Central. Myradd te mostrará mañana. Y con eso, creo que apenas te quedan unas horas libres al día. Puedes aprovecharlas como quieras.

Arys asintió, y cuando llegaron a la puerta de la habitación, Caleb se retiró, con una ligera inclinación que Arys se apresuró a devolver. El joven se desvistió, y dejó su ropa de abrigo en un pequeño armario junto a su cama. Colocó su espada con cuidado sobre el camastro, y luego se recostó sobre este. No tardó en quedarse dormido profundamente.

## Capítulo 20-Santuario

Y así, los días de Arys se llenaron con las diversas actividades que le habían asignado.

Por las mañanas, luego de desayunar, iba con el maestro Lokar a los bosques que rodeaban la montaña. El Maestro le enseñaba sobre las plantas y los animales, y luego, cortaban leña para reponerla. Lokar usaba las manos y partía los troncos como si fueran pequeñas ramas, y Arys aún no daba crédito a sus ojos, y se quedaba boquiabierto cada vez que veía al fornido hombretón, partir un tronco con un golpazo de su pesada mano.

Al regresar a la Casa del Duelo, Arys meditaba al menos una hora con Assad. A veces, el maestro simplemente guardaba silencio y meditaban juntos, bajo la sombra del árbol Cyan. Otras veces le contaba historias sobre los lugares místicos que había visitado, y sobre cómo los había

hallado, siguiendo la energía que transmitían.

Assad le enseñaba técnicas de meditación y respiración, pero también lo ayudaba a agudizar sus sentidos. Le vendaba los ojos, y se ponía detrás de él, luego, arrojaba una moneda al aire y cuando la atrapaba, le pedía a Arys que respondiera cuantas vueltas había dado antes de caer sobre su mano. Otras veces, lo hacía caminar con los ojos vendados sobre el borde de una pared.

Y también le enseñó a reconocer ciertos venenos y sus olores característicos.

Luego de estudiar con Assad, Zhira lo ayudaba a entrenar el cuerpo y la mente para el combate. Trabajaban el equilibrio sobre el poste, y diversas posturas de combate. También lo hacía trabajar con pesas y hacer flexiones de brazos. Luego de una rutina de entrenamiento físico, pasaban a entrenar técnicas de combate desarmados.

Zhira era un maestro sumamente exigente. Era más estricto que Caleb, y más de una vez, Arys abandonaba el recinto con unos cuantos magullones. Pero siempre salía de pie y con la frente en alto, sabiendo que ese día, había progresado y aprendido muchísimo sobre cómo defenderse con la mano limpia.

Las técnicas de combate sin armas eran rápidas y feroces. Zhira le mostró diferentes estilos, llamados "Jiang". Estaba el Jiang del Viento, con el que Arys se sentía bastante cómodo. Era un estilo rápido que usaba tanto las manos como las piernas para atacar a velocidades formidables. El Jiang del Fuego, un estilo explosivo y fuerte, que combinaba palancas, posturas defensivas y golpes pesados. El Jiang del Agua, era un estilo fluido, con movimientos envolventes, que usaba la fuerza del adversario para contraatacar rápidamente, y volver cualquier ataque en contra de su usuario. El Jiang de la Tierra, que era un estilo de combate bastante centrado en la defensa, y la resistencia ante los ataques. Y finalmente el Jiang del Rayo, que combinaba la velocidad del Viento y la Explosividad del Fuego, en un estilo letal, que atacaba los puntos vitales del oponente, para causarle parálisis o quebrar sus huesos, dejándolo fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

De sus entrenamientos con Zhira, salía sumamente cansado. Se tomaba una media hora para almorzar, y luego otra media hora para asearse. Luego corría a encontrarse con Lokar, quien lo sometía a diversas pruebas de aptitud física, y también le enseñaba a aplicar la fuerza en sus golpes con la espada. Le mostró una batería de armas de filo, que incluían espadas, alabardas, hachas, cuchillos y lanzas. Pero lo más importante, eran sus lecciones sobre el cuerpo, y su anatomía. Alondra se unía a ellos, y le ayudaba a estudiar como sanar las heridas, y diversas formas de

crear remedios naturales.

A media tarde tocaba entrenar con Caleb. El maestro le enseñaba diversas técnicas de la espada. Y más de una vez, Arys sorprendió demostrando conocimiento sobre ellas. Su padre lo había entrenado bien, pero Caleb, siempre tenía correcciones que hacerle. Y era importante que Arys comprendiera dichas correcciones, pues eran vitales para lograr pulir su técnica hacia un nivel superior.

Luchaban durante horas, hasta que la luz del día menguaba. Caleb se medía muy bien, y aunque Arys mostraba cierta torpeza al atacar, pronto estuvo a la altura, y el Maestro decidió aumentar el ritmo del combate, hasta que a Arys le resultó difícil defenderse de los embates. Aun así, nunca resultaban heridos, y el Maestro siempre se mostraba dispuesto a darle consejos sumamente útiles.

Arys no tardó en darse cuenta que sus lecciones con Caleb eran sus favoritas. Le recordaban mucho a su padre, y el joven no tardó en tomarle cierto cariño al Maestro, que aunque era sumamente serio y misterioso, ocultaba un lado amable y una actitud paternal sobreprotectora.

Luego de esto, Alondra lo acompañaba hasta el Salón Central, donde Myradd le esperaba. Allí, le informaba sobre todos los acontecimientos del mundo, y le enseñaba sobre contabilidad, organización de las tareas, y le mostraba sus tareas como asistente.

Los doce días pasaron a gran velocidad, y su primer viaje con Myradd ocurrió en una mañana de Invierno Cerrado. Las nieves se habían asentado sobre la montaña y los vientos fríos del norte se habían calmado.

Myradd lo llevó a recorrer los poblados cercanos. Le enseñó como guiarse usando la posición del sol, y le explicó como guiarse de noche usando las estrellas.

Cerca de la Montaña Escondida, había unos cuatro pueblos. En su mayoría eran cazadores o leñadores. Pero también había un pequeño pueblo granjero. En las posadas de los pueblos, Myradd se reunía con sus contactos. Conversaban y Arys tomaba nota de la diplomacia con la que se conducía el Emisario. Myradd le explicó que a veces sus contactos traían trabajos sumamente complicados, y en más de una ocasión, debía corresponderles cierta paga por traer la información hasta él. Otras veces, exigían favores o tareas menores.

Myradd tenía la labia de un mercader, la diplomacia de un político, el conocimiento de un erudito y la convicción de un juez. Arys estaba realmente sorprendido, y no tardó en aprender muchas cosas valiosas

sobre cómo funcionaba el mundo.

En una ocasión, un hombre se acercó a Myradd en una taberna. Tenía un aspecto sumamente sospechoso, y Myradd codeó a Arys y le instó a que prestara atención.

El hombre se acercó con un rollo de pergamino, que colocó en manos del Emisario. Myradd lo ojeó muy por encima. Luego, con cierta parsimonia, hizo un bollo con el pergamino, y se lo metió en la boca al hombre, mientras lo aferraba del cuello.

-Nunca más – le dijo con furia – La Casa del Duelo es una noble institución, no somos mercenarios.

Arys comprendió luego, que el hombre venía de parte de un duque de Caedmir, con un contrato de asesinato. Pretendía que los hermanos del Loto Rojo se hicieran cargo de un rival local, y secuestraran a su hija mayor. Una verdadera locura.

Myradd aprovechaba los momentos en los que podían tomarse un respiro para conversar con Arys y educar su mente. Le había hecho llevar unos cuantos libros de la biblioteca, y Arys leía por las noches, o mientras viajaban en las diligencias; más tarde Myradd discutía con él sobre los temas que había leído, y le explicaba aquello que no entendía.

Arys no tardó en aprender sobre Política, Religión, Leyes y Geografía de Andrade. Incluso pudo averiguar algo sobre Val Azimut, la misteriosa Ciudadela de los Magos, y sobre el poder que blandían.

El joven no tardó en comprender que un mago era un formidable adversario y un personaje con el que no convenía enemistarse. Myradd le contó que los magos eran una especie en vías de extinción, pero que igualmente, era conveniente que aprendiera como defenderse de sus artificios.

Cuando regresó de su viaje, preguntó a Assad, Lokar y a Caleb como debía luchar contra un mago. Y los maestros se apresuraron entonces enseñarle ciertas contramedidas para defenderse de la magia, e incluso, de criaturas malignas y demonios.

Assad era el que más conocimiento tenía sobre la magia y la forma de defenderse contra ella. Le enseñó diversas técnicas de meditación para proteger la mente contra posibles conjuros de control mental y maldiciones. También le enseñó como arrojar cuchillos, y como envenenar la hoja de los mismos con una sustancia extraída de unos hongos extraños, que atontaban a la víctima y alteraban la percepción, lo cual

resultaba realmente útil a la hora de inhabilitar a un hechicero.

Lokar por otro lado, prefirió enseñarle a fortalecer su cuerpo contra los elementos. El frío y el calor. Le enseñó a calentar su cuerpo en bajas temperaturas, y a protegerse contra las quemaduras en caso de un incendio.

Caleb, por otro lado, prefirió enseñarle una formidable técnica, que consistía en eliminar al objetivo de forma veloz, atacando desde un flanco, y moviéndose a una velocidad imposible de seguir con la vista.

Para esto, primero lo hizo correr sin parar hasta alcanzar un buen ritmo, luego, le enseñó a cambiar la dirección en medio de la carrera; finalmente, le enseñó a integrar los cambios de dirección y los cortes con la espada, en una serie de ataques en zigzag, que derribarían a cualquier hechicero que se le cruzara, antes de darle tiempo a lanzar cualquier conjuro.

Así pasó un mes completo. Y Arys había aprendido más en todo ese mes, que en todo un año en las calles de Astur. Había progresado considerablemente, tanto en su técnica como en su estado físico. Y el Maestro Caleb parecía sumamente satisfecho.

-Has progresado bastante Arys – le dijo una tarde, mientras practicaban – Debo reconocer que tienes talento natural.

-Gracias Maestro – respondió Arys, mientras se defendía de los ataques de Caleb.

-Pero, tienes una falencia fundamental – le dijo Caleb, mientras le lanzaba un potente contragolpe que desorientó al muchacho y lo hizo tambalearse – Confías demasiado en tus sentidos, y no en tus instintos naturales. Eso puede resultarte fatal en el futuro.

Arys suspiró. Siempre había un pero. Siempre cometía una equivocación. Nunca era lo suficientemente bueno. Agachó la vista deprimido y apretó con rabia los dientes. Caleb le echó un ojo y envainó la espada.

-No me queda más remedio –dijo de improviso –Sígueme.

Arys reaccionó cuando Caleb se alejaba a grandes zancadas, y guardó con premura la espada antes de seguirle de cerca. Fueron en dirección norte, y el muchacho no tardó en adivinar a donde se dirigían. A los pocos minutos divisó el puente de madera que atravesaba aquel arroyo tan calmado, y supo que es lo que le esperaba.

Igual que antes, Caleb se plantó en la mitad del puente y lo miró.

-intenta pasar.

-Pero...

-Solo hazlo – lo cortó en seco.

Arys se encogió de hombros y tomó la empuñadura de su espada. Miró con atención a su maestro. Y entonces se dio cuenta de algo. Jamás se le había ocurrido antes. Pero no le quedaba nada que perder, y, en el peor de los casos, acabaría por recibir un golpe de todos modos. Dejó la espada envainada y avanzó con soltura hacia Caleb. Se acercó mirándolo fijamente y se plantó frente a él.

-Permiso, ¿puedo pasar? – le dijo con naturalidad, y con un atisbo de sorna.

Por un instante, una chispa extraña atravesó los ojos de Caleb, que aferró con firmeza el puño de la espada. Pero luego, lentamente se hizo a un lado. Arys no podía creer lo absurdo de la situación, así que no reaccionó de inmediato; luego, lentamente y con cierto recelo, avanzó y cruzó el puente, pero antes de que su pie tocara el suelo pedregoso al otro lado, sintió el susurro del viento a sus espaldas, y el frío acero de Caleb asomando por encima de su hombro.

-¿Estás listo?-le preguntó con voz sumamente seria.

-¿Eh? ¿Para qué? – contestó Arys, sin pensar en las consecuencias.

-¿Estás listo? Responde: sí, o no – le instó Caleb – Estas por pisar Suelo Sagrado, y por enfrentarte a la prueba final. Muchos no han llegado tan lejos, en tan poco tiempo. Te lo preguntaré de nuevo, y, esta vez, responde con exactitud, y medita bien tu respuesta – Caleb hizo una pausa, que a Arys le resultó eterna, y luego, volvió a preguntarle - ¿Estás listo?

-Si – contestó Arys – Definitivamente – agregó, sin un atisbo de duda.

La espada desapareció de su hombro, y Arys escuchó el susurro que produjo el acero al reintroducirse en la vaina de cuero y madera. Luego, Caleb lo empujó suavemente y Arys cruzó finalmente el puente que llevaba al Santuario.

Continuaron caminando durante media hora, por un sendero sinuoso, muy parecido al que llevaba a aquel lugar recóndito y escondido de la montaña, que los hermanos del Loto Rojo llamaban "La Casa del Duelo". Aquel paraje estaba cubierto por una delgada capa de nieve, y los árboles

Cyan florecían por doquier, llenando el paisaje de sus pétalos azulados; efímeros, pero tan hermosos que quitaban el aliento con solo contemplarlos, mientras el viento se los llevaba lejos.

Al cruzar una larga curva con escalones ascendentes, Caleb le ordenó que se detuviera. Estaban en la cima de lo que parecía ser una pequeña montaña, que no destacaba mucho entre tantos picos montañosos que rodeaban aquel lugar oculto. Frente a ellos, se elevaban unas columnas destruidas. Estaban desgastadas, y marcadas por incontables heladas; testigos solemnes de el paso del tiempo, avatares de piedra de una era arcaica. Muchas de ellas estaban aún intactas, y se elevaban hacia un techo inexistente, pero, que evidentemente había estado allí antaño.

Arys las contempló maravillado. ¿Cuántos años tendrían? ¿Mil? ¿Tres mil? ¿O quizá más? No había forma de saberlo. Caleb guardaba silencio, y Arys respetó aquel silencio. Casi podía palpar la energía que aquel lugar contenía; no era de extrañarse que fuera un lugar sagrado.

Caleb lo aferró del hombro y lo obligó a avanzar. Cruzaron un arco de piedra, y siguieron caminando entre las columnas. Los trozos de roca partidos y las ruinas eran evidencia de que aquel lugar era, sin duda alguna, un edificio derrumbado. El primer edificio en ruinas que Arys veía en la Casa del Duelo. ¿Por qué no lo habían reconstruido? Arys supuso que sería trabajoso, o que algunos de los Hermanos del Loto Rojo lo considerarían una ofensa cambiar la historia de aquel lugar. No tardó en entender el porqué.

Caleb se detuvo ante un gigantesco agujero en el suelo. No era una gruta, ni una grieta, ni mucho menos una rajadura. Era como si la misma tierra hubiera abierto unas fauces monstruosas, devorando el seno mismo de aquel templo, tragándose, columnas y todo, hacia una vasta infinitud de sombras y ecos profundos. Cabía de esperar la sorpresa en el rostro de Arys, cuando Caleb se acercó al borde del abismo, y miró hacia abajo, lanzó un agudo silbido, como el grito de un halcón al vuelo. El sonido rebotó entre las paredes del abismo, y el eco tardó en desaparecer; un minuto o dos, quizá tuviera cien o doscientos metros de profundidad, quizá más. Arys calculó, pero al cabo de unos momentos, se encogió de hombros y se dirigió al Maestro Caleb.

-¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es este lugar?

-Este, mi joven Arys, es el origen mismo de la Casa del Duelo. Es un lugar espiritual y sagrado; antaño era hogar de antiguos tesoros, custodiados por nuestros ancestros, los primeros hermanos de la Casa del Duelo. Y también, el lugar donde solo aquellos considerados dignos, vienen a probarse.

Arys meditó aquellas palabras y suspiró. Intentó canalizar su energía, palpar los alrededores extendiendo sus sentidos, para intentar descubrir que era lo que aquel lugar tenía de especial. De inmediato, sintió una leve sensación de estar siendo observado, y luego, un gigantesco sobrecogimiento, como si algo lo mirara desde la profundidad de aquel agujero. Sintió pánico. Se le erizó el vello de la nuca, y se le heló la sangre. Miedo. Recordó el fuego, los gritos; la sangre de sus padres bañaba el patio donde hasta hace unas horas, había estado jugando. La vieja anciana lo ocultaba en la carreta, mientras se afanaba por ayudarlo a huir, y el lloriqueaba sin parar, oculto entre el heno.

Cuando regresó de aquel oscuro recuerdo. Se encontraba sobre el filo del precipicio, a tan solo centímetros de caer, Caleb estaba detrás de él, lo sabía. Y también sabía con certeza lo que ocurriría a continuación. Sintió el empujón de Caleb. Sintió furia, y sintió la traición, mientras su cuerpo caía hacia la negrura. Hacia la oscuridad.

Cayó. ¿Minutos? ¿Horas? Siguió cayendo. ¿Gritó? ¿Lloró? ¿Suplicó? Sintió su cuerpo quebrarse y destruirse, sintió la sangre fluir de su cuerpo. Sintió el frío del agua al tocar su rostro, y sintió como se hundía en una oscuridad total.

## 21 – El Don y La Maldición

Izran y Haru trabajaron arduamente para cumplir con las exigencias de su nuevo maestro. Era un honor poder ser educados por uno de los más grandes magos de la historia de Andrade, y, sin lugar a dudas, tendría repercusiones sumamente positivas el futuro de ambos.

Haru iba un poco atrasada en el aspecto teórico, pero compensaba con una habilidad natural para la práctica de la magia de evocación.

Izran, por otra parte, llevaba la delantera en conocimiento, pero en la práctica, tenía serias falencias que el Maestro Valandis no tardó en resaltar.

Una mañana, mientras caminaban los tres por el patio de la Academia, Valandis se detuvo en seco y llamó a Izran a su lado.

-Necesito que hagas algo por mí – le dijo con tono sumamente serio – Tengo que conseguir unos cuantos textos para la lección de esta tarde, y, dado que ahora están a mi cargo, no he podido ir a buscarlos a la biblioteca. ¿Te molestaría hacer este recado por mí? Te lo estoy pidiendo porque sé que tienes facilidad para rebuscar entre los archivos de la biblioteca.

-Desde luego, Maestro Valandis – respondió Izran entusiasmado, feliz de poder compensar de algún modo la falta de aptitud que había mostrado

en su lección práctica de aquella mañana.

-Excelente – el Maestro extrajo un pergamino enrollado y se lo tendió – Son unos treinta tomos sobre magia elemental, usarás este permiso firmado para retirarlos de la biblioteca. Si no puedes con todos a la vez, pide ayuda al Encargado de Archivos, dile que vas de mi parte.

-Sí, Maestro – respondió Izran, tomando el pergamino con reverencia.

-Ah, y una cosa más –Valandis se acercó y le dijo al oído – Si los encuentras rápido, puedes hojearlos por unas horas, tienes hasta el toque de la séptima campanada.

Izran desplegó el pergamino y quedó boquiabierto. Eran tomos sumamente raros, y difíciles de conseguir sin un permiso de un maestro, y Valandis le había permitido darles un vistazo.

-¡Gracias Maestro! ¡No le fallaré!

Y dicho esto, Izran corrió a la biblioteca, pasando por delante de una extrañada Haru, que apenas atinó a saludarlo antes de perderlo de vista. Entonces Valandis la miró y le hizo señas para que se acercara. Haru corrió a su lado y lo observó con suma atención.

-Haru, necesito que tú me ayudes con la preparación del aula magna – le dijo con aquel tono serio y demandante - ¿Te molestaría acompañarme?

-Para nada Maestro Valandis – le respondió Haru con una inclinación de cabeza – Después de usted.

Valandis respondió con una inclinación de cabeza y abrió la marcha hacia el hall central de la Academia. Tardaron bastante en llegar al salón auditorio, dado que todos los alumnos de la academia estaban en medio del cambio de horarios. Los pasillos estaban tan colmados de ruido que Valandis tuvo que trazar un glifo de conjuro de silencio sobre el marco de la puerta. Luego de eso, el auditorio quedó en silencio.

-Bien, comencemos a ordenar las mesas, mientras tanto – Valandis chasqueó los dedos, y cuatro escobas aparecieron flotando y se pusieron a barrer el piso – Bien, ahora manos a la obra.

Haru quedó fascinada con la capacidad de conjuración que el Maestro podía mantener mientras se dedicaba a mover los pupitres. Las escobas realizaban un trabajo prolijo y esperaban a que ellos pasaran antes de continuar barriendo.

Se pasaron la siguiente media hora organizando todo el mobiliario y la pizarra, hasta que finalmente Valandis volvió a chasquear los dedos, y las

escobas, junto con sus respectivos pilones de polvo, desaparecieron. En su lugar, apareció flotando una jarra con un líquido ambarino, con aroma frutal, y un par de vasos de vidrio.

-Es jugo de granadilla – le explicó Valandis - ¿gustas beber un poco? – le ofreció luego.

-Si, por favor – aceptó la niña.

Estaba sumamente sedienta, y el olor dulzón del jugo la estimuló a beberse el vaso de un trago.

-¿Quieres más? –preguntó Valandis.

-Si, por favor – respondió Haru. Por algún extraño motivo, aún tenía sed. A pesar de que el jugo era sabroso y refrescante a la vez - ¿Usted no bebe, Maestro? – le preguntó luego de unos instantes.

Valandis la miró de soslayo, y en ese momento, Haru comenzó a sentir un cosquilleo extraño en la boca. Se sintió mareada, y luego, desorientada. Se sorprendió a si misma mirando al maestro, sin recordar bien por qué estaban allí en un primer lugar. Luego, los parpados comenzaron a cerrársele, y finalmente el sopor se hizo insoportable.

Se desplomó en el suelo con un ruido sordo. Valandis la observó y con un movimiento de la mano, hizo desaparecer los artículos flotantes.

-Bien, comencemos – dijo con voz siniestra.

Y con un chasquido de los dedos, la puerta del salón auditorio quedó sellada con un potente encantamiento.

Izran estaba por terminar con la lista, y aún no había tocado la quinta campanada. Le quedaban dos horas para leer y rebuscar a gusto entre los treinta y tantos tomos de magia elemental, muchos de los cuales, estaban prohibidos para alumnos de su nivel. Pero gracias al permiso especial del Maestro Valandis, él podía adelantar años de estudio, en tan solo unos minutos, copiando las transcripciones y el material más importante.

Muchos de los volúmenes contenían explicaciones áridas y desactualizadas, pero cuatro de ellos, los volúmenes sobre “Principios avanzados de la Magia Elemental”, eran justamente lo que Izran necesitaba.

Contenían muchos consejos sobre cómo aislar los principios elementales. Como contener la magia y como moldearla. Y, principalmente, como preparar la mente para lograr el estado de concentración necesario para la evocación. Esto era en lo que Izran venía fallando. Su falta de

concentración, sumada a la molestia ocasional que le generaban las runas de sangre grabadas en su brazo, lo habían retrasado demasiado con respecto a Haru.

Se levantó la túnica, y observó los brillantes trazados. La piel había cicatrizado y, gracias a los cuidados de Haru, su estupidez no había dejado secuelas permanentes en la movilidad del brazo. Pero aún existía el problema sobre el verdadero origen del trazado.

Izran ya había experimentado con varios hechizos, y se había dado cuenta, que los trazados producían una especie de disrupción en las corrientes de magia. Llamarlo anti magia sería dramático, pero el muchacho había logrado deshacer conjuros avanzados, destruir barreras mágicas con tan solo un roce de sus dedos, y abrir cerraduras en pequeños arcones, que Haru le había ayudado a encantar.

Ahora que había encontrado cierta utilidad para los grabados rúnicos, solo le faltaba descubrir cómo revertir el principio activo del grabado, para poder utilizar al máximo su potencial. Mientras tanto, la magia que el grabado iba drenando de cada conjuro que deshacía, acumulaba cierto potencial residual. Cuando la magia residual se hacía demasiada, o cuando muchas personas utilizaban la magia en un lugar cerrado donde Izran estaba presente, el dolor regresaba, y el muchacho debía correr en búsqueda de un lugar apartado, donde lanzar algún conjuro potente. A veces destruía piedras en los terrenos aledaños a los jardines. Cuando lograba llegar a tiempo, se ensañaba con los muñecos de blanco en el patio de prácticas. Pero a veces, no lograba llegar a tiempo, y sentía que el brazo le iba a estallar.

Solo que eso no sucedía, en cambio, la magia se diseminaba por su cuerpo, y el dolor se disparaba por todos lados, volviéndolo loco. Y lo que es peor, en aquellas ocasiones, Izran notaba como los grabados se expandían por su brazo, como una especie de enfermedad mágica. Entonces, la piel comenzaba a escocerle, y alguna nueva runa aparecía, brillante y amenazante.

Izran se había propuesto evitar que esto sucediera, y encontrar rápidamente la solución a su equivocación. Aunque quizá, no fuera tan grave como Haru creía. Se miró el brazo de un lado y del otro; las runas parecían estables aquel día, y tan solo le habían producido una pequeña molestia.

De pronto, las runas parpadearon con un fulgor violáceo, y un terrible dolor ascendió por su brazo, hasta llegarle al pecho. Izran se tambaleó y cayó de la silla, intentándose aferrar de la mesa sin mucho éxito. Se sentía pesado y tenía una sensación desagradable, como si presintiera que

algo malo estaba pasando.

Por alguna extraña razón, Haru apareció en su mente. Izran sintió que había algo que andaba mal, algo oscuro, y cuando pensó en Haru una vez más, las runas titilaron con furia. Era eso, definitivamente algo malo le había ocurrido a su amiga. Miró los libros que el Maestro Valandis le había encomendado, y no lo dudó ni un instante.

Corrió, a pesar del grito de advertencia de los custodios de la biblioteca. Corrió hasta que sus pulmones estuvieron a punto de estallarle. Corrió ignorando a la gente que pasaba, o derribaba o simplemente esquivaba, en un intento desesperado por llegar al aula magna, donde Valandis y Haru estaban.

Cuando finalmente llegó, plantándose delante de la puerta de doble hoja de la sala auditorio, percibió el encantamiento que bloqueaba la entrada. Era un encantamiento poderoso, cuyo origen le era desconocido. Pero si pudo intuir quién lo había puesto allí. Sintió la sangre agolpándose en su rostro, y el cosquilleo de una vena latiéndole en el cuello. El corazón galopaba raudo dentro de su pecho, furioso, desbocado. Y su brazo palpitaba, estremeciéndose, ansioso por consumir aquel encantamiento.

Acercó la mano al pomo de la puerta, y cuando las yemas de sus dedos rozaron el metal, sintió algo quebrándose dentro de él. La magia fluyó, incontrolable, impía, desatada, y las runas de su brazo la absorbieron hasta saciarse. El dolor fue incomparable, pero ya nada le importaba. Estaba ciego, poseso. Una extraña sensación recorría su cuerpo, como si un invisible titiritero manipulara los hilos que pendían sobre él, controlando cada paso que daba. Empujo la puerta y penetró dentro de la habitación, y allí, sobre una de las mesas de trabajo, yacía Haru.

Camino sin pensarlo, lentamente, con la vista fija en la cascada de cabellos rubios que se desparramaban por los costados del mueble. Haru estaba inmóvil, dormida, o peor. Izran se detuvo ante ella, indeciso. Lentamente acercó su mano a una mejilla, y sintió la tibieza de su piel. Estaba viva, solo inconsciente. Pero, ¿por qué? ¿Dónde estaba Valandis? En ese instante escuchó voces, que provenían de la habitación que se encontraba al fondo del aula magna. Dejó a Haru sobre la mesa, y se acercó a hurtadillas, con cuidado de no hacer ni el más mínimo sonido. Se arrimó a la puerta de la habitación, y escuchó dos o tres voces, que discutían con aspereza.

-¡Esta es tu última oportunidad! – Decía una de las voces - ¡Tienes que resolver esto de inmediato, Valandis!

-Sí, maestro –respondió el aludido – Pero lo cierto, es que ha habido

algunos progresos.

- ¿Ah, ¿sí? – Otra voz hizo eco en medio de aquel murmullo – Y cuéntenos Illkadam, ¿qué tal el muchacho?

-Pues es claro que mi teoría era correcta, Ermyon- le espetó Valandis, esta vez su voz estaba cargada de un desprecio, y un odio puro, vibrante –El muchacho es portador de la Maldición, y ya he tomado medidas para ralentizar el proceso.

-¿Y la niña? – preguntó la otra voz, que parecía totalmente ajeno al conflicto que había entre Valandis y el tal Ermyon.

-Ella posee el Don, tal como la profecía indica, ya ha comenzado a suceder – explicó Valandis – Y es solo cuestión de tiempo, pronto, ambos se volverán tan poderosos, que serán capaces de cosas inimaginables.

-Y según tu teoría – continuó la voz siniestra – Ambos se atraen, con una fuerza que es imposible de explicar. Quiere decir que si los separamos, su poder no aumentará.

Izran no necesitaba oír nada más. Sin pensarlo siquiera, empujó la puerta de par en par. Y se encontró cara a cara con aquellos hombres que, obviamente, no tramaban nada bueno. Valandis parecía sorprendido, y también el tal Ermyon, un hombre calvo y con nariz ganchuda, que vestía el uniforme de los maestros de la academia. El tercer hombre, un anciano encorvado y de pálidas facciones, sonrió al verlo llegar.

-Bien, bien – dijo con sorna – ¿Qué tenemos aquí, Valandis? ¿Un joven espía, quizá?

Izran lo fulminó con la mirada. No había pensado cuando se había revelado, y quizá ahora le parecía una idiotez. Pero ya era tarde para arrepentirse. Rápidamente, supo que decir sin siquiera detenerse a pensar.

-Sé que hablaban de nosotros –le espetó a Valandis – Y quiero saber que sucede.

-Ah, pero tenemos un jovencito curioso – espetó Ermyon con voz venenosa – Me parece que es hora de que disciplines a tu pupilo, Valandis.

-Cierra la boca Ermyon – le censuró este – Escúchame Izran, puedo explicar todo lo que sucede aquí...

-¡No! – lo cortó en seco el muchacho. Sentía quemar un fuego por dentro, algo que jamás había sentido antes. Lo llenaba de valor y arrojo, y sentía

que nada podía detenerlo – Quiero que me conteste él – señaló al viejo siniestro - ¿Qué es esta conspiración? No pienso colaborar, a menos que me revelen de qué se trata.

El viejo siniestro sonrió y silenció tanto a Valandris como a Ermyon, y luego, avanzó lentamente hacia Izran.

- ¿Y por qué piensas que te diremos todo lo que quieres saber? –le preguntó.

Izran lo miró sin inmutarse, el viejo estaba frente a él, y podía sentir emanar de su cuerpo un aura mágica formidable. El brazo derecho palpito de dolor, e Izran se armó de coraje una vez más y le clavó la mirada al anciano.

-Porque me necesitan – respondió Izran - Y, si me dejan participar, colaboraré con lo que sea. A cambio, quiero que dejen a Haru fuera de esto, o al menos, que no le hagan daño.

-¿Son esas tus únicas exigencias, muchacho? – preguntó el viejo, y al ver que Izran asentía sonrió – Bien. Déjame que me presente. Mi nombre es Tol'Vor Lund, Archimago del Círculo de Plata, y Gran Maestro de cierto grupo selecto de magos. Ahora voy a hacerte una pregunta. ¿Qué estarías dispuesto a hacer, para salvar al mundo de un gran peligro?

La pregunta tomó por sorpresa a Izran. Pero supuso lo que el viejo quería oír, así que respondió.

-Lo que sea.

-¿Incluso darías tu vida, si eso significara salvar la vida de muchos otros?

-Desde luego – respondió sin dudar. Después de todo, era Izran Valyant, el nombre de su familia significaba Valiente, en la antigua lengua.

El viejo volvió a sonreír y aplaudió satisfecho.

-Bien, jovencito. Pues entonces.... Bienvenido a la Orden del Dragón Rojo.

Valandris y Ermyon se miraron atónitos, pero cuando el viejo los miró, asintieron sumisos. Izran inclinó la cabeza en señal de respeto. No podía entender lo que había hecho en aquel momento, ni el precio que le costaría. Solo sabía una cosa: pasara lo que pasara protegería a Haru a toda costa.

Epílogo – En la oscuridad

Arys despertó sobresaltándose. Tosió y sus pulmones expulsaron el agua que había tragado. Cuando los espasmos cesaron, se encontró a si mismo arrastrándose por el fango en la oscuridad más absoluta. Sus ojos escocían, y su cuerpo dolorido por el impacto con el agua tardaría en recuperarse. Pero afortunadamente, no tenía ningún hueso roto, ni herida de consideración.

Por alguna extraña razón, había caído en el lugar justo, en una zona de aquel lago subterráneo donde no había piedras, ni estalactitas afiladas. Pero había tenido que nadar hacia una de las orillas sin tener la certeza de alcanzarla en medio de la penumbra. Afortunadamente lo había logrado, y Arys sabía que esto se debía en parte al arduo entrenamiento, y las enseñanzas que sus maestros le habían impartido.

El pensar en Caleb le trajo un amargo recuerdo, y le lleno de furia. Se aferró a eso, y se obligó a ponerse de pie en medio del fango. Pocos instantes después, tanteó en la oscuridad, sintió la vaina de su espada a un costado. Syranna aún estaba ahí, y eso era un alivio. Sería una deshonra perder aquella espada y más aún, sabiendo lo que significaba el hecho de que se la hubieran confiado.

Confianza. Eso es lo que lo había traído hasta aquel agujero fangoso. Había bajado la guardia, y aquel instinto de supervivencia que lo había mantenido a salvo durante tanto tiempo en las calles de Astur, ahora le recriminaba el haber confiado tanto en aquellos hombres, que se decían sus maestros.

“No” – pensó – “Esto no es más que otra de las pruebas de Caleb, y voy a demostrarle que puedo superar cualquier cosa que se interponga en mi camino...”

Escuchó con atención, agudizó sus sentidos, y, lentamente, dio un paso. Luego, dio otro. Finalmente caminó con confianza, siguiendo el susurro que había percibido. Una corriente de aire, un cambio en el flujo de la energía, el sutil perfume de los arboles Cyan, y el goteo lejano del agua cayendo sobre la roca.

Pronto, sus ojos se adaptaron a la oscuridad, y, cuando hubo recorrido cierta distancia, notó que había cierto resplandor verdoso en medio de aquel pozo sin luz. Las paredes y algunas estalactitas comenzaron a hacerse visibles, hasta que finalmente, Arys descubrió la fuente de aquel resplandor.

Eran hongos bio-luminiscentes, que crecían sobre las paredes, y en el suelo. Aquel resplandor lo guio por un túnel estrecho, pero por el cuál, Arys había sentido la corriente de aire, que sin lugar a dudas, lo llevaría de vuelta hacia el exterior. Aferró a Syranna con fuerza y caminó resulto a salir de aquel lugar en un tiempo asombrosamente corto, para así superar

las expectativas de sus maestros.

No tardó en llegar a una bifurcación, y, sin dudarlo, tomó el camino que llevaba por la derecha. El túnel se hizo un tanto más estrecho, y finalmente, tuvo que caminar agachado para no darse golpes con las estalactitas que pendían sobre su cabeza. Así pasó largo rato, caminando a rastras, y a veces, deslizándose entre los crecimientos de estalagmitas y estalactitas, hasta que finalmente, llegó a un espacio abierto, donde el aire olía raro. Era como una mezcla entre las flores de los árboles y azufre.

Se abrió paso entre las piedrecillas sueltas del suelo de la cueva, y trepó hacia una elevación de piedra, sospechosamente similar a un altar. Cuando estuvo por encima, contempló maravillado la inmensidad de aquella cueva, y la cantidad de hongos verdeazulados que crecían por doquier, iluminándolo todo con aquel resplandor verdeazulado.

Dicho resplandor, le permitió apreciar la antigüedad de aquella caverna. Las líneas dibujadas en torno a la roca, eran testigos inequívocos de la existencia de un antiguo sistema lacustre subterráneo, muchas de ellas serpenteaban a lo largo de toda la pared rocosa, creando un anillo de extraordinarios patrones. Arys se maravilló de la belleza de aquel lugar, las paredes parecían cobrar vida y moverse con cada vistazo que daba, y los colores eran grandiosos. Verdes, rojos, dorados y celestes, como las hojas y las flores del árbol de Cyan.

Pero, ¿le estaba engañando la vista? Las sombras parecían estar jugándole una mala pasada, y creyó ver, por un instante, como una de las enormes líneas dibujadas en la piedra, se movían como una gran rueda grisácea y verdeazulada. También percibió destellos de dorado entre aquel singular espejismo. Aguzó la vista, y entonces, se le erizó el vello de la nuca. Sintió su cuerpo estremecerse, y se le puso la carne de gallina. Con un movimiento relampagueante, desenvainó la espada, que osciló con una floritura delante de él, y enfrentó a la enorme criatura que se desenroscaba y descendía por la pared, directamente hacia él.

¿Era esta la prueba máxima de la casa del Duelo? ¿Era acaso un espejismo sobrenatural lo que veían sus ojos?

La cabeza de la bestia se alzó, con sus ojos ambarinos centelleando en la oscuridad. Había cierta belleza en la constitución de aquel titánico ser, similar a una serpiente. Su rostro en cambio, parecía extrañamente expresivo, casi humano, si Arys lo miraba con atención. Incluso tenía barba, y cejas, y se parecía más a una extraña clase de perro, que a un reptil. La criatura le clavó aquellos ojos amarillos. ¡Era enorme! Se alzó en toda su magnificencia, y Arys tembló. Percibió los destellos dorados y verdosos de su coraza, y supo que la espada de nada le serviría contra aquel enorme ser. Y entonces, la criatura habló. Su voz retumbó en la

soledad de aquella caverna, como un eco de un pasado distante, como el sonido del trueno lejano que anuncia la tempestad que se avecina. Habló, y Arys volvió a estremecerse.

-“No temas” –le dijo el dragón –“No voy a hacerte daño, Arys”

El joven lo miró extrañado.

-Mi nombre, es Sai´Ron´Yin – le dijo con suavidad – Y soy el guardián de esta Montaña.

-¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó Arys atónito.

-Del mismo modo en que sé muchas cosas – le dijo el dragón - cosas sobre el pequeño, llamado por su padre “Viento de Acero”. Cosas del pasado, del presente, y del futuro. Cosas sobre la Casa Valyant, y sobre el heredero de una antigua dinastía, que ahora se encuentra, finalmente ante Sai´Ron´Yin, como estaba escrito en la piedra, y en el agua del río, y en el viento que acaricia la cara de la montaña, donde duerme la tempestad.

-¿Puedo confiar en ti, Sai´Ron´Yin? – preguntó Arys, sin saber bien porqué, o sin saber el sentido de sus palabras.

- ¿Puedes? – le preguntó entonces el dragón - ¿Puede acaso la mosca confiar en que la araña no la atraparé? ¿O puede la oveja dormir en el cubil del lobo, sin temor a ser devorada? –Sai´Ron´Yin negó con su enorme cabeza – No, joven Arys Valyant, no puedes confiar mas que en lo que fue, y en lo que es, para poder atisbar un reflejo de lo que será. Y si es así, si el joven hace honor a su Gran Linaje, y guarda su espada, si es así, entonces podemos hablar. Podemos conversar.

Arys guardó entonces la espada. No estaba en condiciones de negociar con la antigua y noble criatura, y tampoco podía contradecir su extraña lógica.

-Acompáñame, joven Valyant- le dijo el dragón, serpenteando hasta darle la espalda – Acompáñame, y conoce más sobre las cosas, que fueron, y que son, y que serán...

La criatura entonces trepó por la piedra, y se deslizó por una abertura. Arys notó entonces que su cuerpo tenía unas pequeñas patas sobre las cuales se impulsaba. Era enorme, y terrible. Pero también era misterioso, y de una belleza singular.

Sin saber cómo, juntó el coraje necesario, y siguió a aquel ser tan formidable, hacia las profundidades de lo desconocido, hacia la oscuridad. Haciendo honor a su nombre: Arys Valyant, el heredero de la casa del

Valor.

Fin.